

A man with a beard and a woman with long blonde hair and sunglasses are shown in a close embrace. The man is kissing the woman on the cheek, and she is smiling. They are both wearing white t-shirts. The background is a blurred outdoor setting, possibly a balcony or terrace.

Quiero
TENERTE

Trilogía Conquistame 1

MARCOS A. C.

Quiero
TENERTE

Trilogía Conquistame 1

Quiero
TENERTE

Trilogía Conquistame 1

Primera edición.

Quiero tenerte. Trilogía *Conquistame* n°1

©Marcos A. C.

©Octubre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Primera edición.

Quiero tenerte. Trilogía *Conquistame* n°1

©Marcos A. C.

©Octubre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

Capítulo 1



Cuando tienes dieciocho años, y toda la vida por delante, solo piensas en comerte el mundo.

Pero la vida, en ocasiones, junto al caprichoso destino, se empeña en arruinar muchos de nuestros sueños, o en quitarnos aquello que más queremos.

Mi nombre es Cloe, y a pesar de haber nacido en el seno de una familia muy acomodada, no fue fácil para mí llegar hasta donde estoy hoy en día, a mis veintiocho años, siendo una de las mejores abogadas de Sevilla.

Y es que a veces eso del apellido familiar no ayuda, por mucho que la gente crea que sí.

Que no es lo mismo apellidarse Pantoja y querer seguir una carrera musical, que apellidarse Rodríguez y hacerse cargo del taller de coches que fundó tu abuelo, por poner un ejemplo.

En mi caso el apellido Hidalgo, va ligado al mundo del derecho, y es que, desde que el abuelo de mi padre, el gran Jesús Hidalgo, fuera el primero de su familia en ejercer la abogacía, cada primogénito que nacía seguía los pasos de sus antecesores.

Así, mi abuelo Rodrigo fue el segundo abogado de renombre, mi padre, Fernando, el tercero y, por ende, yo, la cuarta generación de abogados de la familia Hidalgo.

Un jovencísimo Fernando, recién licenciado, conoció a la hermosa Lorena, tres años menor, de la que acabó enamorado hasta las trancas, que se dice ahora, y a quien no dejó escapar, y eso que mi señora madre tuvo pretendientes a raudales.

Mi abuelo materno, Federico, quería un hombre de bien para su niña, barajaba la posibilidad de casarla con el hijo de un político, amigo suyo, pero el amor pudo a la razón, mi madre cortó lazos con su familia y se casó con el abogado que no iba a tener ningún futuro, según palabras de Federico.

Allá donde Dios lo tengo en su gloria, Federico debe estar tirándose de los pelos al ver éxito que tiene mi padre.

Dueño de su propio bufete, cientos de casos ganados desde que empezara a ejercer como abogado, ocho abogados a su cargo, junto con su socio, y dos hijas que lo aman por encima de todo.

Lo siento, me he desviado un poquito de la línea, pero ahora mismo sigo.

Contaba Fernando con veintisiete años cuando yo nací, llenando la casa de alegría, tal como solía decirme él.

Mi madre a sus veinticuatro se convirtió en la mujer más feliz del mundo, y con el tiempo quiso ampliar la familia, pero no llegaban los hijos, a pesar de ambos estar sanos.

La sorpresa me la dieron al día que cumplí dieciséis años, después de tanto esperar, mi madre por fin volvería a ser madre de nuevo, así que podéis imaginaros la felicidad que se respiraba en casa.

Ya tenía yo los diecisiete cuando nació Ana, esa preciosa muñequita que me miró, sonrió, y supe que tendríamos una más que bonita relación.

Todo eran alegrías en casa de la familia Hidalgo, hasta hace diez años.

Como decía, la vida se puede interponer en aquello que queremos conseguir, y cuando menos lo esperamos, nos quita lo que más amamos.

Había empezado a estudiar derecho, tenía claro que era lo que quería hacer, no solo porque así me tocara por cumplir con las normas de la familia, sino porque era lo que quería, lo que me gustaba, y es que cuando mi padre llegaba a casa diciendo que había ganado el caso y así ayudaba a la gente, yo quería poder sentirme igual que él.

Esas Navidades mi madre comenzó a sentirse mal, le hicieron pruebas y dieron con un tumor en el cerebro que, dado el lugar en el que se encontraba, no había posibilidad de operación.

Le dieron semanas de vida, como mucho, cuatro o cinco meses, y eso nos dejó a todos desbastados.

Mi hermana aún era pequeña y crecería sin su madre, sin el amor que solo ellas saben darnos, pero nuestra querida madre se encargó de que la grabáramos durante dos meses, a diario, para dejarle un mensaje a su pequeño milagro, y es que así llamaba a mi hermana.

Decía que, aunque había tardado tanto tiempo en llegar a nuestras vidas, Ana era ese milagro que Dios quería que pudiera tener antes de que la llamara para partir.

Yo no quería entender que, siendo tan joven, tuviera que dejarnos solas a mi hermana y a mí, a pesar de que

estuviéramos con mi padre.

Y se fue, como habían dicho los médicos, cuatro meses después del fatídico diagnóstico.

Con dieciocho años, me vi siendo hermana y madre de una niña de tan solo un año de vida, ayudando en la casa a mi padre, y estudiando por las noches para conseguir sacar las mejores notas para acabar la carrera de derecho.

Y la acabé, por supuesto que conseguí ser abogada, y entré de lleno en el bufete de mi padre, empezando desde abajo como becaria y ayudando a todos los abogados en sus casos.

Hasta que por fin mi padre y Alberto Soler, su socio, además de mejor amigo, a quien mi hermana y yo teníamos como si fuera nuestro tío, me dieron mi primer caso.

Conseguí sacarlo adelante, gané y me hice un sitio entre los abogados de la ciudad, al punto de que, según avanzaba en mi carrera y ganaba un caso tras otro, decían que enfrentarse a mí en los tribunales era peor que hacerlo con mi padre.

¿Tan buena era yo en lo mío? Pues sí debía serlo, sí, y mi padre estaba muy orgulloso de ello.

Alberto y su esposa Thais tenían una hija de mi edad, Lucía, quien siempre había sido mi mejor amiga, como una más de nuestra familia y que en vez de tirar por la rama del Derecho, decidió poner su propio salón de belleza, así que es a quien acudimos su madre y yo, cuando hay que ir a una cena de abogados.

Pero no estamos solas, somos cuatro amigas, como lo fueran D'Artagnan y los tres Mosqueteros.

Patricia, a quien siempre hemos llamado Pati cariñosamente, estudió con Lucía y conmigo y nos hicimos inseparables, éramos las mosqueteras, sin ninguna duda. Ella siguió los pasos de sus padres, tíos y abuelos, y se hizo policía.

Y como nuestro D'Artagnan particular, tenemos a Gabriel, Gabi para nosotras, a quien conocimos hacía ya cuatro años en un evento de moda al que nos invitó Lucía, a Pati y a mí, y se convirtió en nuestro mejor amigo.

a

Es estilista, muy atractivo y de esos hombres a quien no te importaría meterlo en tu cama una noche, o dos, o tal vez tres, pero juega en otra liga distinta a la nuestra, y es que él siempre ha sido más de plátano que de pomelo, as nos lo hizo saber el día que le conocimos, pues era gay.

—Tierra llamando a Cloe —miré hacia arriba y ahí estaba Sofía, la secretaria del bufete, sonriendo.

—¿Qué pasa?

—Llevo ahí tres minutos esperando que me hicieras caso, y nada, tú en tu mundo.

—Lo siento, pensaba en... —mejor dar la callada por respuesta, y es que a menudo me sorprendían algo despistada y era porque pensaba y recordaba a mi madre. Habían pasado diez años, pero aún la echaba de menos.

—Tienes una llamada del abogado de la parte contraria de tu caso, dice que quieren llegar a un acuerdo.

—Ah, mira qué bien, eso es que se ha dado cuenta de que no va a ganar, y yo sí —sonreí, batiendo las pestañas de un modo de lo más inocente.

—Desde luego, si pones esa carita en los juzgados, es normal que ganes siempre, chiquilla.

Aquello me hizo reír, y vi a Sofía salir del despacho cuando me disponía a atender la llamada.

—Buenos días, Ramiro —saludé a Ramiro Estévez, dueño del bufete Estévez y Asociados.

—Buenos días, joven Hidalgo —noté que sonreía, y es que ese hombre ya me conocía desde antes de que yo fuera abogada. Siempre había sido la parte contraria en los casos de mi padre, y ahora no solo tenía que vérselas con él, sino también conmigo.

—Me ha dicho mi secretaria que quieres llegar a un acuerdo.

—Así es, espero que estés de acuerdo con lo que te voy a ofrecer, se lo dices a tu cliente, y hablo con el juez para que ponga fecha de nuevo.

—Venga, dame una alegría, Ramiro —sonreí, y escuché con atención lo que tenía para ofrecerle a mi cliente.

La verdad es que resultó ser un trato de lo más suculento, por lo que no tuve dudas en aceptar sin siquiera hablarlo con mi cliente, ya habíamos comentado que, si querían llegar a un acuerdo, se aceptaría si a mí me parecía beneficioso, por lo que al día siguiente me mandaría notificación con la fecha para el nuevo juicio.

El resto de la mañana se me pasó entre los expedientes de casos que habían cogido mi padre y Alberto, fui seleccionando los que mejor veía para cada uno de nuestros abogados y abogadas, y yo me quedé con un par de ellos que me llamaron la atención.

Recogí todo, repartí las carpetas en cada despacho con sus correspondientes post-it y notas, y me marché para casa.

;

1

)

Capítulo 2



Me había independizado, dos años antes, dejando a mi padre en la casa familiar a cargo de mi hermana, pero no estaba solo, que desde que Ana tenía dos años, habíamos contratado a Manuela, que ya contaba con cincuenta años, quien se encargaba de ella, así como de todo lo relacionado con la casa.

Y cuando llegaba el viernes, era el día en que yo me dejaba caer por la que había sido mi casa, comía con la familia y me iba a mi apartamento cargada con más tappers que un repartidor de comida a domicilio.

Claro, que esos mismos era los que llevaba de vuelta.

—¡Cloe! —gritó mi hermana, nada más verme entrar en la cocina.

—¿Cómo estás, bichito? —La abracé con todas mis fuerzas, y es que la quería con locura.

—No me llames así, que ya soy mayor.

—Hija, aunque tengas veinte años, para tu hermana siempre serás su bichito —escuché que decía Manuela a mi espalda.

—Aquí te traigo los tappers, nana —sonreí, y ella volteó los ojos.

—Toda la mañana cocinando me tienes, para que te vayas bien cargada de comida.

—Pero, si no me dejas que cocine yo sola en mi casa —protesté.

—Mientras esté yo, ni falta que te hace.

—Así me ha salido de consentida la mayor, y no digamos la pequeña —me giré al escuchar a mi padre.

—No hemos salido tan consentidas —arqueé la ceja.

—Es verdad, poco pedís para como son los hijos de algunos amigos míos.

—¿Qué tal el juicio de hoy? —le pregunté, dándole un abrazo.

—Bien, pero es un caso de lo más complicado. Alberto y yo estamos dando palos de ciego. Cada vez que creemos que tenemos todo atado, hay una prueba nueva en contra de nuestro cliente.

—Siempre se lo dije, señor Hidalgo, es difícil ser abogado defensor de gente que tiene negocios un poquito turbios.

—Manuela, el día que dejes de llamarme señor Hidalgo, te doy un beso de película, de verdad.

—Huy, huy, eso quiero verlo yo —dije, cogiendo un palito de zanahoria para comerlo.

—Eso no va a pasar nunca, hija, ya te lo digo yo.

—Manuela, no digas nunca jamás, que eso no lo sabes —contestó mi padre.

—Y yo que siempre he visto que vosotros hacéis buena pareja —dije—, además, saltan chispas cuando estáis en la misma habitación.

—Lo que me faltaba por oír, vamos —respondió Manuela, volteando de nuevo los ojos.

—Llevas doce años viuda, no tienes hijos, ni más familia que nosotros. Mujer, no sería raro que te hubieras enamorado de mi padre —me encogí de hombros, cogiendo otro palito de zanahoria.

—¿Quieres dejar de picotear? Luego no tendrás hambre —me riñó.

—Esto es sano, ni que estuviera comiendo patatas fritas de bolsa —resoplé.

—Cloe, ¿me vas a llevar este fin de semana a la playa? —preguntó mi hermana, mirándome con esa carita de cachorro que hacía que no pudiera decirle que no a nada.

—No lo he hablado con los demás, cariño —contesté.

—Pero, puedes hablar ahora. Venga, porfí dime que sí, que ha empezado ya el verano.

Llevar a Ana el fin de semana a la playa, significaba coger el coche y hacernos un breve viajecito de poco más de dos horas para llegar a Tarifa, donde Gabi tenía una casa a pie de playa y a la que nos había invitado más de una vez.

La verdad es que hacía tiempo que no nos íbamos allí a pasar el fin de semana, así que no era mala idea, solo que, al llevar a la niña, no podríamos ser nosotros ni hacer según qué locuras de las que tantas veces habíamos hecho.

—Voy a poner un mensaje en el grupo y a ver qué me dicen, ¿te parece?

—¡Sí! Verás como te dicen que se vienen todos —sonrió, y yo hice lo mismo, mientras negaba. No podía con ella

Cloe: *Buenas tardes ya, locuelos míos. A ver, que mi hermana quiere ir a la playa, ¿quién se apunta?*

En el caso de que no pudiera venir ninguno, pues no pasaba nada, pues yo tenía llaves de la casa, igual que el resto.

Pati: *¡Hola, guapa! Pues yo no puedo, tengo turno completo el finde, esto de atrapar a los malos me quita la vida, jajaja. Pasadlo bien, bonitas. Un besazo a mi niña Ana.*

Lucía: *¡Uf! Si me lo hubieras dicho a principios de semana, te habría dicho que sí, pero ya, imposible. Este finde tengo un evento de moda y estoy más liada que todas las cosas. Para otro me apunto, que necesito unas mini vacaciones a la de ya. ¡Os quiero!*

Gabi: *Me hago la bolsa para dos días y os recojo a las siete, ¿te va bien, reina mora? Dile a mi futura esposa que su Gabi hace por ella lo que sea, ya lo sabe.*

Me eché a reír, y es que no podía con ese hombre, de verdad que no. Quería a mi hermana más que yo, y eso era difícil, pero así era. Se había proclamado su protector y no dejaba que la soplara ni una mijita de aire, vamos, que ya podrían tener cuidado los chicos dentro de siete años, porque ese hombre iba a ser peor que mi padre, y ya era decir.

Cloe: *Perfecto, nos vemos a las siete, guapísimo.*

—Después de comer prepara tu bolsa —dije, mirando a mi hermana, que sonreía—, nos vamos a preparar la mía y esperamos allí a Gabi, que nos vamos los tres.

—¡Bien! —contestó, dándome un abrazo.

—Pues ahora te hago unas tortillitas para que os llevéis y así tenéis la cena lista, hija —dijo Manuela, y yo asentí.

Nos sentamos a comer los cuatro, y es que Manuela no era solo la asistente de la casa, sino una más de la familia. Como dije antes, ella no tenía a nadie más que a nosotros tres, y tanto mi hermana como yo, le habíamos cogido un cariño impresionante, al punto de que, si mi padre nos dijera que la quería como novia, nos daría una alegría a las dos, de eso estaba más que segura.

Mi padre recibió una llamada mientras comíamos y fue a su despacho a hablar, sería algo de trabajo así que no podríamos molestarlo hasta que no saliera.

.. Cuando acabamos de comer las tres, recogimos y mientras Manuela nos hacía las tortillas, además de un poco de pescado frito, Ana y yo preparamos su bolsa.

—El padre de mi mejor amiga está enfermo, como lo estuvo mamá —me dijo, mientras guardaba las cosas.

—¿El de Jimena? —pregunté, puesto que no me sonaba que tuviera otra mejor amiga, y es que ella lo era desde que empezaron juntas en primaria.

—Sí. La pobre está muy triste, y le he dicho que tú sabes lo que es esa enfermedad. Que si necesita hablar...

.. —Puede contar conmigo, claro que sí. ¿Es muy grave, cariño? —La abracé, al ver que se le escapaban algunas lágrimas.

—Siempre me dijisteis que mamá vivió cuatro meses más después de que se lo dijeran, pero a su padre le han dicho que solo serán dos. Va a ser el último verano que pase con él.

—Cariño —volví a abrazarla, y es que, para mi hermana, el padre de Jimena era también como uno para ella, al igual que Lucía y yo, mi hermana y su amiga habían estado en una u otra casa los fines de semana, y se querían con locura.

—Me da mucha pena, es tan joven.

—Mamá también lo era, mi niña.

✓ —Lo sé.

—Venga, que nos vamos a la playa.

—¿Se puede venir Jimena? Le irá bien despejarse un poco.

—Si sus padres la dejan, no hay problema. Ten —dije, dándole mi móvil—, llámala.

Tras secarse las lágrimas, llamó a su amiga y sonrió al ver que la dejaban venir a la casa de Tarifa con nosotros. Los padres de Jimena me conocían de sobra, sabían lo responsable que era y siempre me había hecho cargo de ambas niñas, así que sabía que no pondrían impedimentos.

Le mandé un mensaje a Gabi para que supiera que seríamos una más, y dijo que no había problema, que donde dormían tres, dormían cuatro.

Nos despedimos de nuestro padre y de Manuela, les prometí que traería de vuelta a mi hermana el domingo por la tarde, y nos marchamos a mi casa a preparar mi bolsa y esperar que nos recogiera Gabi, después saldríamos a buscar a Jimena.

—Si sus padres la dejan, no hay problema. Ten —dije, dándole mi móvil—, llámala.

Tras secarse las lágrimas, llamó a su amiga y sonrió al ver que la dejaban venir a la casa de Tarifa con nosotros. Los padres de Jimena me conocían de sobra, sabían lo responsable que era y siempre me había hecho cargo de ambas niñas, así que sabía que no pondrían impedimentos.

Le mandé un mensaje a Gabi para que supiera que seríamos una más, y dijo que no había problema, que donde dormían tres, dormían cuatro.

Nos despedimos de nuestro padre y de Manuela, les prometí que traería de vuelta a mi hermana el domingo por la tarde, y nos marchamos a mi casa a preparar mi bolsa y esperar que nos recogiera Gabi, después saldríamos a buscar a Jimena.

Capítulo 3



Estábamos ya cogiendo las bolsas para bajar a esperar a Gabi, cuando me llegó un mensaje diciendo que estaba en la puerta de mi edificio.

A puntual no le ganaba nadie, tanto, que siempre llegaba a los sitios diez minutos antes, menos mal que le conocía y lo sabía más que de sobra.

—Aquí están mis chicas. Pero, ¡qué guapas, por favor! —dijo, dándonos un abrazo de oso a las dos a la vez.

Para guapo, él, que tenía una planta y un porte... de esos de galán de cine, vaya.

Era moreno, de ojos marrones, algo más de metro noventa de altura y con un cuerpo bien definido. A mí me recordaba mucho a Ben Affleck, cuando hizo la peli de Pearl Harbor, alguna vez se lo había dicho y Gabi bromeaba con que igual su madre había tenido un lío con el padre del actor y era su hermano sevillano perdido. Para matarlo.

—Tú sí que estás guapo, hijo mío. ¿Has hecho un pacto con el demonio o algo así? —reí.

—¡Qué va! No me deja el Padre Marcos, dice que yo tengo que seguir siendo uno de los corderos de su rebaño.

—Con lo que nos quiere ese cura a los cuatro, y la de disgustos que le damos.

—Desde luego, solo a nosotros nos confiesa por parejas.

—No sé cómo no deja la iglesia, con la de cosas que le hemos contado —sonreí, negando, y es que ese hombre, con lo joven que era, además de guapete, no nos pegaba a ninguno de los cuatro para ser sacerdote. Como decía el refrán, si el quisiera y nosotros nos dejáramos... otro gallo cantarí.

—Gabi, ¿no te importa que venga mi amiga Jimena? —preguntó mi hermana cuando subimos al coche.

—No, preciosa, no me importa en absoluto —le hizo un guiño y ella sonrió agradecida.

Cuando le dije que seríamos cuatro, preguntó quién más venía y le comenté un poco por encima la situación. Él no tenía padres, se había quedado huérfano con seis años y lo criaron sus abuelos maternos hasta que también los perdió a ellos a causa de la edad, así que estaba metido como uno más de la familia, tanto en la mía, como la de mis amigas, por lo que conocía a Jimena.

Al llegar a casa a recoger a la niña, nos estaba esperando con la puerta abierta, en cuanto nos vio, se despidió de sus padres con un beso y un abrazo y salió corriendo hacia mi hermana, que la recibió con los brazos abiertos y uno de esos grititos de felicidad.

¹ —Cloe, no queremos que sea una molestia que te lleves a Jimena —me dijo Rosa, su madre.

¹ —No te preocupes, que es el primer fin de semana de muchos que pasaremos en la playa. Esta vez solo vamos nosotros, pero en los próximos también irán Lucía y Pati, y ya sabes cómo es Pati, saca a la policía a relucir a la mínima de cambio —reí.

—Bueno, pero que no te sientas obligada.

—Rosa, mi hermana me ha contado lo de tu marido —contesté, mirando hacia la puerta que era donde estaba él —. Solo queremos que la niña se distraiga un poquito. Ya vendrán tiempos difíciles para ella.

—Gracias, porque esta no está siendo la mejor semana para él —confesó, dejando escapar alguna lágrima que seque yo antes de que nadie pudiera verla.

—Tranquila, que para la próxima estará con más fuerzas y seguro que querrá llevarse a la niña a algún lado. Este fin de semana, disfrutad los dos solos, sé de lo que hablo —la abracé y ella se derrumbó a llorar, no quería que su hija la viera así, por lo que la mandé a la casa y nos despedimos de ellos desde el coche.

Comenzamos nuestro fin de semana y lo hicimos cantando todas y cada una de las canciones que sonaron en la radio, pero todas, desde las más románticas, hasta las más marchosas.

Cualquiera que nos viera en el camino a grito pelado, pensaría que estábamos locos. Pero en ese momento, tanto Gabi como yo haríamos lo que fuera por sacarle más de una sonrisa a Jimena.

¹ —Ya estamos en Tarifa, precias —dijo Gabi, bajando el volumen de la radio.

Jimena miró por la ventana y sonrió al ver la playa, le gustaba tanto como a mi hermana, y a veces la habíamos llevado con nosotras un fin de semana.

En cuanto llegamos a la casa, ni lo pensamos, ocupamos solo dos habitaciones, una para las niñas y otra para Gabi y para mí. Éramos como hermanos, así que no había problema por dormir juntos.

o

Colocamos las cosas y fuimos a cenarnos las ricas tortillas que Manuela nos había preparado.

La casa era de ensueño, tenía un jardín enorme con piscina simulando una playa, palmeras, camas balinesas, una caseta como bar donde nos habíamos tomado más de una copa todos juntos, cinco habitaciones, todas con cuarto de baño, salón, cocina y un baño.

Yo estaba enamorada de esa casa y le decía a Gabi que, si cumplía los treinta y dos y no me había casado, me casaría con él, para que me dejara esa casa en herencia. Se moría de risa, a pesar de que yo lo decía completamente en serio.

—Mañana salimos a desayunar fuera, que no hemos pasado ni al super a comprar —dijo Gabi, mientras recogíamos la mesa.

—Guay. ¿Chocolate con churros, Gabi? —mi hermana sonrió, y es que ella sabía de sobra que, con él, hacía lo que quería, igual que conmigo.

—Claro que sí, preciosa. Lo que mis niñas quieran. Y ahora, ¿un bañito en la piscina?

—¿De noche? —preguntó Jimena.

—Claro, que hace calor, chiquilla.

Las niñas se miraron y, riéndose, salieron corriendo a ponerse los bikinis. Diez minutos después, estaban metidas en la piscina riendo y jugando a la pelota.

—Gracias, Gabi —dije, abrazándolo por la espalda.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Por ser como eres.

—Oye, que yo digo que mi futura esposa será Ana, pero que me caso antes contigo, no lo dudes.

—Pero si siempre me has dicho que no.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Eres la mujer que todo hombre querría para pasar el resto de su vida a tu lado.

i

—Amore mío, que eres gay —reí.

—Por ti me hago hetero, ya lo verás.

—Anda, no me seas bobo.

—¿Qué tal con Miguel? —preguntó, llevándome hasta una de las camas, donde se sentó conmigo entre sus piernas.

—Como siempre, ya sabes —me encogí de hombros.

Miguel, abogado, treinta y ocho años, un rubio de ojos azules que quita el sentido, con quien me había enfrentado en más de un juzgado, en ocasiones ganaba él, y en otras ganaba yo. Pero cuando coincidíamos en un lugar concreto, el trabajo quedaba fuera de las cuatro paredes que nos cobijaban, donde ambos dábamos rienda suelta a la pasión.

No había nada entre nosotros, tan solo era sexo, como podíamos tener con otras personas si nos apetecía. No había exclusividad ni fidelidad ni nada por el estilo. Si a uno de los dos nos apetecía, quedábamos el día y a la hora que nos convenía, teníamos un tórrido encuentro y adiós, hasta la próxima.

—Ese hombre quiere algo más y lo sabes —dijo Gabi, acariciándome el brazo.

—Pero yo no, también lo sabe él. Cuando supe quién era, lo dejé claro, y me aseguró que nunca diría dónde nos habíamos conocido, ni lo que pasaba en aquella casa.

—El día que se te declare oficialmente, perderé a mi futura esposa. Ese hombre a ti también te gusta.

—Que me guste, no quiere decir que me vaya a casar con él, Gabi. No siento esas mariposillas en el estómago, ni los nervios de cuando ves a la persona que te hace sonreír de manera tonta y te quedas sin poder hablar.

—No es tu alma predestinada, pero después de tres años, siento algo por ti.

—Pues no es recíproco, y lo siento por él.

Me levanté, me quité el vestido y me metí en la piscina en ropa interior, total, parecía un bikini.

Las niñas me recibieron riendo y acabamos jugando las tres, hasta que Gabi se unió a nosotras y allí nos dieron algo más de las doce.

Nos fuimos a la cama, Gabi me abrazó como había hecho en alguna otra ocasión, y así me quedé dormida, pensando en que aún no había conocido a ese hombre que me hiciera vibrar en la cama porque sintiera amor además de placer, pues ninguno antes de Miguel había conseguido que me enamorara tanto, como para sentirme una adolescente.

Manuela decía que ya me llegaría, y que ese día, lo sabría. Que solo bastaría que me mirara una vez, para que no pudiera dejar de pensar en él ni un solo día.

Nos fuimos a la cama, Gabi me abrazó como había hecho en alguna otra ocasión, y así me quedé dormida, pensando en que aún no había conocido a ese hombre que me hiciera vibrar en la cama porque sintiera amor además de placer, pues ninguno antes de Miguel había conseguido que me enamorara tanto, como para sentirme una adolescente.

Manuela decía que ya me llegaría, y que ese día, lo sabría. Que solo bastaría que me mirara una vez, para que no pudiera dejar de pensar en él ni un solo día.

Capítulo 4



Nos levantamos temprano y, tras darnos una ducha, fuimos a desayunar a la mejor churrería de la zona.

Allí nos recibió Samanta, la hija del dueño y que nos conocía mejor que bien, pues anda que no habían sido pocos los domingos que acabábamos allí la velada después de una noche de sábado de cena, copas y bailes hasta altas horas.

—Buenos días, sevillanos míos. ¿Lo de siempre? —preguntó.

—Sí, que seguimos siendo cuatro —contesté.

—Ya veo, no me digas que Lucía y Pati, ahora cumplen años hacia atrás, como Benjamin Button —dijo, señalando la mesa donde nos esperaban las niñas.

—No, mujer, son mi hermana Ana y su amiga Jimena —reí.

—¡Uf! Qué susto me habías dado, que ya veía yo a la mayoría de la población masculina de Tarifa entrando en depresión.

Gabi y yo nos echamos a reír, y es que esa mujer tenía un desparpajo, que hasta cuando soltaba alguna de las suyas de lo más seria, acababas por reírte a carcajadas.

Pero razón no le faltaba, que nuestras amigas iban por libre y vivían su vida como les daba la real gana.

Tenían un amigo de esos con derecho a roce, como yo, en Sevilla, pero cuando venían aquí, no había fin de semana que no se liaran con alguno de la zona, o con algún turista.

Desayunamos mientras hacíamos la lista de la compra, y es que solo íbamos coger algo para el desayuno y comida del domingo, además de la cena para hoy, ya que Gabi había dicho que nos invitaba a comer en uno de los chiringuitos de la playa.

Nos despedimos de Samanta, fuimos al super y llenamos el carro con lo indispensable para esos días.

Regresamos a la casa para colocarlo todo, nos pusimos la ropa de baño y salimos para la playa, que había ganitas de un baño.

—Mira, Jimena, allí están los que hacen surf —dijo Ana, y a ambas se les iluminó la cara.

Me miraron con esos ojitos de querer, pues yo sabía que a ellas les gustaba mucho el surf, así que fuimos hacia aquella zona y acabaron convenciéndome para dar una clase.

—Tened mucho cuidado, por Dios, que no quiero volver a casa con ninguna lesionada, ¿eh? —les pedí, y escuché una risa ronca a mi espalda— ¿Es que te he hecho gracia, guaperas? —pregunté, cruzándome de brazos.

Y en qué momento me giré para mirarlo. Madre mía de mi vida. ¿Aquel hombre existía de verdad?

Pelo castaño, ojos azules, metro noventa, sonrisa de infarto y, como llevaba el traje de neopreno bajado, dejando el torso descubierto, pues se veía que se cuidaba y hacía deporte.

—Lo siento, es que me has recordado a mi madre cuando yo tenía la edad de ellas. Siempre temiendo que me hiciera daño ahí subido —señaló una de las tablas, y yo sentí que el corazón me iba a mil por hora.

—Reina mora, respira que te vas a poner azul —susurró Gabi a mi lado.

Lo miré y fue cuando me di cuenta de que no estaba sola, vamos que, al ver a ese surfero del demonio, me había olvidado de todo lo demás.

—No te preocupes, que Chris es muy bueno en lo suyo y no dejará que les pase nada a vuestras hijas —sonrió el surfero, terminando de vestirse antes de coger su tabla y marcharse hacia el agua.

Yo me había quedado atontada perdida, vamos, sin palabras, ni siquiera le rebatí.

—Creo que se te ha caído la braga del bikini —dijo Gabi, y yo como tonta, fui y miré hacia el suelo—. Madre mía, qué empanamiento te ha quedado, hija.

—¿Estás tonto? No se me ha caído al suelo —protesté.

a

—Poco te ha faltado. Joder, si hasta yo me he puesto cachondo al ver a ese hombre. ¿Quién es? ¿De dónde ha salido? Con la de veces que hemos venido a que hicieran surf las niñas, y no lo hemos visto nunca.

—¿Y yo qué sé quién es? ¿Crees que soy periodista del corazón y me conozco a todo el mundo? Vamos, ni que fuera yo la vecina cotilla del barrio que se sabe la vida y milagros de todo quisqui, por Dios.

—Oye, pues el ojazos está bueno, ¿eh? Si me da señales, me lanzo a por él.

—Tú aquí quieto, que se cree que somos un matrimonio bien avenido con dos hijas.

—¿Tú te estás oyendo, pedazo de loca? ¿Yo, padre de dos niñas? Oye, que no me importaría, pero vamos, que a mis diecinueve y tus diecisiete, no teníamos intención de ser padres, ¿verdad?

—No sabe la edad que tenemos —me encogí de hombros.

—Cariño, que a ti te ven y se creen que tienes veinte años, ¿o ya no te acuerdas que aquí aún te piden el carnet en alguna discoteca?

—Porque están ciegos, vamos, por Dios.

—Anda, vamos a ver cómo surfean las olas nuestras hijas —dijo, echándose a reír.

—Tú ríe, ríe, pero, que, si me caso contigo, en el pack entran un par de hijos, y nada de que me inseminen, ¿eh? Tú me tienes que echar un par de polvos como Dios manda.

—Qué cruel eres, de verdad.

Nos sentamos por allí a tomarnos un café frío mientras las niñas disfrutaban de un poco de surf, les hice algunas fotos que mandé a mi padre y los padres de Jimena y todos dijeron lo mismo, que cuidara bien de sus tesoros.

Pero yo no podía dejar de mirar al hombre que me había hecho quedar sin habla por primera vez en mi vida.

Tenía algo que... no sabía muy bien cómo definirlo, pero se me había erizado toda la piel cuando noté sus ojos puestos en los míos.

Me estaba entrando un calor de mil demonios, así que me quité el vestido y me quedé con el bikini blanco que me había regalado Gabi un par de semanas antes. Ese hombre siempre tenía un modelo nuevo para cada una de nosotras.

Fui a sentarme, cuando me sentí observada de nuevo. Miré hacia el agua, y ahí estaban esos dos ojos azules mirándome y haciendo que me estremeciera.

El surfero sonrió de medio lado, sabiendo que lo había visto, y comenzó a bracear sentado en la tabla, dirigiéndose hacia la orilla.

—Creo que tienes un admirador —me dijo Gabi, al ver que, tabla en mano, ese hombre caminaba hacia nosotros.

—Te lo dije, Chris no dejaría que le pasara nada a las niñas.

—Lo sé, lo conocemos desde hace años, y ellas también. De lo contrario, no habría estado aquí tan tranquila mientras mis niñas se enfrentan a esas olas.

—Ya imagino. Me llamo David, por cierto —extendió la mano, y me corté tanto, que fue Gabi quien se la estrechó.

—Yo soy Gabriel, y ella, Cloe.

—Sois un matrimonio joven, debisteis tenerlas muy pronto.

—No...

—Sí, sí —me adelanté a lo que Gabi fuera a decirle—. La juventud, que a veces nos hace cometer alguna locura y... ya ves, aquí estamos con las mellizas de once añitos. ¿Verdad, amor? —sonreí, agarrándome al brazo de Gabi.

—¿Eh? —Me miró sin entender, pero un pellizco mío bastó para que reaccionara— Oh, sí, sí, claro. Quién me iba a decir a mí que llevaría ya trece años con esta bellísima mujer. Las mellizas tienen once, así que, puedes imaginarte la reacción de nuestras familias al enterarse de que sus niños de dieciséis y dieciocho años iban a ser padres, y de dos, nada menos.

—Erais jóvenes, desde luego, pero si os queráis.

—Mucho —sonreí—, Gabriel no me cambia por ninguna otra.

—Eso está bien. Bueno, os dejo que paséis el día en familia. Ya nos veremos por aquí, supongo.

—Claro, claro. Que vaya bien, adiós.

Apoyé la cabeza en el hombro de Gabi, mientras David aún estaba ahí, mirándonos, y yo ya estaba de los nervios porque ese hombre no dejaba de mirarnos a uno y otro alternativamente.

eCuando al fin se fue, Gabi empezó a reírse.

—Creo que no se ha tragado que somos pareja —dijo.

—Normal, si es que mientes fatal, de verdad.

—Oye, ¿por qué demonios hemos mentido? Ese hombre te miraba como si quisiera conocerte más... a fondo.

—¿Otro para echar un par de polvos y ya? No, gracias, no es mi estilo. Bastante tengo ya con Miguel.

—No creo que fueras solo sexo, pero bueno. Yo de eso no entiendo, como me dices siempre, ¿verdad?

—Cierto, me gusta que vayas aprendiendo.

—Contigo no me queda otra, hija. Anda, vamos a sacar a las niñas del agua antes de que empiecen a salirles escamas, y vayamos a comer.

Eso hicimos, llamar a las niñas y decirles que nos íbamos al chiringuito a comer.

Allí pasamos el día hasta la hora de cenar. A cada rato, miraba a mi alrededor buscando a David, sin saber muy bien por qué.

¿Qué tenía ese hombre que me había llamado la atención de ese modo? Porque sí, me parecía guapo, pero mi amigo Gabi también y no por eso me había hecho estremecer alguna vez.

Cuando llegamos a casa, mientras Gabi preparaba las fajitas mejicanas que íbamos a cenar, me quise quitar de la cabeza al surfero del demonio, pero algo me decía que sería una empresa titánica, algo difícil de conseguir, y eso que estaba convencida de que no volvería a verlo nunca más, puesto que yo era de Sevilla, y el de Tarifa.

Nuestros caminos se habían cruzado, y de nuevo se volvían a separar en esa playa.

Cuando al fin se fue, Gabi empezó a reírse.

—Creo que no se ha tragado que somos pareja —dijo.

—Normal, si es que mientes fatal, de verdad.

—Oye, ¿por qué demonios hemos mentido? Ese hombre te miraba como si quisiera conocerte más... a fondo.

—¿Otro para echar un par de polvos y ya? No, gracias, no es mi estilo. Bastante tengo ya con Miguel.

—No creo que fueras solo sexo, pero bueno. Yo de eso no entiendo, como me dices siempre, ¿verdad?

—Cierto, me gusta que vayas aprendiendo.

—Contigo no me queda otra, hija. Anda, vamos a sacar a las niñas del agua antes de que empiecen a salirles escamas, y vayamos a comer.

Eso hicimos, llamar a las niñas y decirles que nos íbamos al chiringuito a comer.

Allí pasamos el día hasta la hora de cenar. A cada rato, miraba a mi alrededor buscando a David, sin saber muy bien por qué.

¿Qué tenía ese hombre que me había llamado la atención de ese modo? Porque sí, me parecía guapo, pero mi amigo Gabi también y no por eso me había hecho estremecer alguna vez.

Cuando llegamos a casa, mientras Gabi preparaba las fajitas mejicanas que íbamos a cenar, me quise quitar de la cabeza al surfero del demonio, pero algo me decía que sería una empresa titánica, algo difícil de conseguir, y eso que estaba convencida de que no volvería a verlo nunca más, puesto que yo era de Sevilla, y el de Tarifa.

Nuestros caminos se habían cruzado, y de nuevo se volvían a separar en esa playa.

Capítulo 5



Después de un fin de semana de descanso, tocaba volver a la rutina.

Estaba lista para afrontar una nueva semana y empezar a revisar esos dos casos en los que iba a centrarme.

Salí de mi apartamento a la hora de siempre, pasé por la cafetería a por uno de mis cafés favoritos para llevar, hice una parada en la panadería de la calle antes de llegar al bufete y, como siempre, cogí unos bollitos de crema para el desayuno de todos.

—Buenos días, Cloe —Sofía era la primera persona que todo el mundo se encontraba nada más entrar en nuestro despacho de abogados, *Hidalgo y Soler*.

—Buenos días. ¿Qué tal el fin de semana?

—Muy bien, vino mi hermana de visita con el niño —sonrió.

—Tiene que estar precioso, y grande.

—Tiene seis meses y es un muñequito, no dejo de darle mordisquitos en los mofletes.

—Uf, sí, aún recuerdo cuando mi hermana era bebé, me pasaba el día así.

—Buenos días —me giré al escuchar la voz de un chico joven—. Traigo una notificación para Cloe Hidalgo.

—Soy yo —sonreí, dejando la bandeja de bollitos en el mostrador de Sofía.

Cogí el sobre que me entregaba el mensajero, firmé el papel y me despedí amablemente.

Cuando lo abrí, vi que era la notificación con la nueva fecha para el juicio del caso que aún llevaba.

Sofía se encargó de dejar los bollitos en la sala del café y yo fui al despacho para llamar a mi cliente.

—Buenos días, letrada. Dime que tenemos buenas noticias, por favor —me pidió Raúl, en ese tono meloso que le caracterizaba, haciéndome sonreír.

—Buenos días, señor Hernández. Tenemos buenísimas noticias, sí. El viernes me llamó el abogado de la parte contraria, querían llegar a un acuerdo, y acepté lo que ofrecían. Hoy me ha llegado la fecha para el nuevo juicio, que se celebrará en dos semanas.

—Perfecto. ¿Qué condiciones aceptaste?

—Al tratarse de robo con violencia, te devolverán el dinero que se llevó, además de cumplir dos años de cárcel, y una indemnización económica para tu camarera, ya que ella resultó herida, y perdió su bebé.

¿

—Sabes que no es por el dinero, Cloe, pero lo que le ha pasado a Angie...

—Lo sé, Raúl, pero va a pagar por ello.

—Bien, entonces, te veo en dos semanas. Gracias por todo.

—No hay que darlas, me pagas por ello. Aunque acepto que un sábado me invites a un par de rondas de chupitos con mis amigas —reí.

—Eso está hecho, sabes que siempre tienes barra libre en mi local.

—Cuídate, guapo.

Colgué sonriendo, y es que por mucho que Raúl y yo quisiéramos tratarnos de usted, no nos era posible.

Raúl Hernández fue el primer hombre con el que estuve después de que mi novio del instituto y la universidad decidiera que yo no era suficiente para él y se marchara a New York a vivir para trabajar allí junto a su tío y encontrar a la mujer de su vida.

Y lo hizo, aunque la mujer de su vida le duró tres años, un matrimonio de dos y un par de gemelos que se quedó é cuando ella se marchó con su entrenador personal a vivir la vida a Brasil.

El karma, dicen.

Raúl había sido un rollo de unos meses, pero reconozco que, de todos los hombres que conocí después, fue el que mejor me hacía sentir, hasta que apareció Miguel en mi vida.

Estaba revisando algunas cosas del primer caso que iba a llevar, cuando recibí un mensaje de Lucía.

Lucía: *Se dice, se comenta, que te quisieron ligar el sábado y no te dejaste.*

Lo que me faltaba, que Gabi ya hubiera ido de chismoso con ella.

Cloe: *No es verdad, pero ese loco de Gabi puede inventarse lo que le dé la real gana. ¿Comemos juntas?*

Lucía: *Uf, imposible, tengo mucho trabajo hoy. Lo dejamos para otro día. Y eso de que no te quiso ligar el surfero, se lo cuentas a otra. Según Gabi, te miraba como si él fuera el lobo, y tú Caperucita. Vamos, que te podías haber dejado comer.*

Cloe: *Te recuerdo que ya me comen un par de veces al mes, o tres, depende del agobio que llevemos él o yo.*

Lucía: *A ver si aceptas que te coma otro más, porque ese hombre solo te llama cuando le interesa.*

No volví a escribirle, porque eso requería de una llamada de teléfono, así que marqué su número.

—Te recuerdo que yo también lo llamo cuando me interesa, ese es el acuerdo al que llegamos —dije, sin darle tiempo siquiera para que me saludara.

—Hola a ti también, amiga. Eso de que tú lo llamas, es cierto, pero, ¿cuántas veces te ha dicho eso de “hoy no puedo, nena”?

—Tiene mucho trabajo, y yo lo entiendo.

—Mira, sé que Gabi dice que ese hombre quiere algo más contigo, pero yo no lo veo así. Creo que se asegura el tenerte en su cama cuando se le antoja, mientras se folla por ahí a otras, y tú no. Que te entiendo, de verdad que sí que tú no quieres ser una descocada como Pati y yo —me tuve que reír, porque por muy seria que quisiera poners Lucía, no lo conseguía—, pero, Cloe, por el amor de Dios, llevas tres años con ese tío en plan follamigos y nada más, y si él no puede ir a la casa, te quedas en el apartamento y no nos acompañas.

l

—Bueno, bueno, tranquila que ya iré como acompañante, aunque solo sea para tomarme una copa.

—Y follar, niña, que te van a salir telarañas ahí en la cueva a este paso. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con Miguel? ¿Hace cuatro meses? Al menos dime que has usado el conejito que te regalamos Pati y yo, por favor.

El conejito al que se refería mi querida y mejor amiga, no era otra cosa que un pequeño vibrador que estimulaba e clitoris y daba unos orgasmos magistrales, según sus palabras, porque yo no lo había probado aún.

Vi a Sofía asomarse por la puerta de mi despacho, así que me despedí de Lucía y quedamos en vernos una noche de la semana para cenar y tomar algo con Pati.

—Tu padre quiere verte —me dijo Sofía cuando colgué.

—Ahora mismo voy, gracias Sofía.

Dejé la carpeta del caso y fui al despacho de mi padre, que estaba hablando por teléfono, me senté a esperar y cuando acabó, me sonrió.

—He visto que has repartido varios casos a los chicos.

—Sí, el viernes dejé todo listo para estas dos semanas.

—Bien, ¿con qué vas a ponerte tú?

—La hija del presidente del banco en el que tenemos las cuentas, ha denunciado a su marido por maltrato.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que el yerno de Vicente pega a su hija?

—Sí, no lo pude creer cuando vi de quién se trataba. Estoy revisando todo para llamarla y hablar con ella.

—Si necesitas ayuda, dímelo.

—Tranquilo, lo haré.

—Vale. Otra cosa, en un par de semanas tendremos una cena todos los del bufete. Alberto y yo, vamos a presentaros al nuevo abogado del equipo.

—¿Habéis contratado a alguien más? —pregunté, levantando ambas cejas.

—Sí, y no. Es un primo de Alberto que ha vuelto de Madrid donde vivía desde hace años, y buscaba un bufete para trabajar.

—Ah, bueno, si es primo de Alberto, seguro que es un buen abogado.

l

—Eso seguro, en Madrid no querían que se fuera, incluso le pidieron que llevara una subsele del bufete en el que estaba, aquí en el sur.

—Nada, nos lo quedamos nosotros, que necesitamos a los mejores —reí.

—Os llevaréis bien, seguro.

—Eso espero, no me gustaría que llegara para pisarme en el trabajo y quitarme casos importantes.

—Tranquila, sabe que eres mi heredera y no va a pasar nunca por encima de ti.

—Genial. Pues me voy a ver si puedo llamar a la hija de Vicente y quedamos para vernos mañana.

Le di un beso a mi padre, salí de su despacho y regresé al mío para llamar a nuestra clienta, tal como le había dicho.

Me confirmó que sí, que podíamos vernos al día siguiente sobre las once en la cafetería que había junto al banco de su padre, y así quedamos.

Revisé la documentación que teníamos y se me puso la piel de gallina al ver las fotos que habían adjuntado a la denuncia que pusieron en la policía.

Múltiples contusiones, el ojo hinchado, el labio partido, así como una costilla rota y moratones por todo el cuerpo

No sabía cómo no había perdido el bebé que esperaba, después de semejante paliza.

Cuando llegó la hora de irme, recogí todo, me despedí de mi padre y Sofía, y fui al apartamento a comerme uno de esos platos que con tanto cariño me había preparado Manuela el viernes.

Desde luego, si no fuera por esa mujer, hacía tiempo que habría muerto de hambre.

—Ah, bueno, si es primo de Alberto, seguro que es un buen abogado.

—Eso seguro, en Madrid no querían que se fuera, incluso le pidieron que llevara una subsele del bufete en el que estaba, aquí en el sur.

—Nada, nos lo quedamos nosotros, que necesitamos a los mejores —reí.

—Os llevaréis bien, seguro.

—Eso espero, no me gustaría que llegara para pisarme en el trabajo y quitarme casos importantes.

—Tranquila, sabe que eres mi heredera y no va a pasar nunca por encima de ti.

—Genial. Pues me voy a ver si puedo llamar a la hija de Vicente y quedamos para vernos mañana.

Le di un beso a mi padre, salí de su despacho y regresé al mío para llamar a nuestra clienta, tal como le había dicho.

Me confirmó que sí, que podíamos vernos al día siguiente sobre las once en la cafetería que había junto al banco de su padre, y así quedamos.

Revisé la documentación que teníamos y se me puso la piel de gallina al ver las fotos que habían adjuntado a la denuncia que pusieron en la policía.

Múltiples contusiones, el ojo hinchado, el labio partido, así como una costilla rota y moratones por todo el cuerpo.

No sabía cómo no había perdido el bebé que esperaba, después de semejante paliza.

Cuando llegó la hora de irme, recogí todo, me despedí de mi padre y Sofía, y fui al apartamento a comerme uno de esos platos que con tanto cariño me había preparado Manuela el viernes.

Desde luego, si no fuera por esa mujer, hacía tiempo que habría muerto de hambre.

Capítulo 6



A la hora acordada, estaba esperando en la cafetería a que llegara Nina, la hija de Vicente, nuestra clienta.

Tenía todas las preguntas apuntadas, la grabadora del móvil preparada, y la esperanza de que no viniera sola, porque sería muy duro para ella volver a revivir todo lo acontecido una semana atrás.

—Cloe, ¿cómo estás, jovencita? —miré hacia arriba y sonreí al ver a Vicente, eran muchos años ya los que llevábamos conociéndonos.

—Muy bien, Vicente, ¿y tú? —contesté, poniéndome en pie para saludarlo con un par de besos, como de costumbre— Hola, Nina.

—Hola, Cloe.

Nina era de mi edad, llevaba cuatro años casada con su novio de toda la vida, y habían esperado hasta finales del pasado año para plantearse y comenzar a ampliar la familia, ahora estaba embarazada de cinco meses.

—Sentaos, por favor —dije, señalando las sillas que había frente a la mía.

—Creí que tu padre le asignaría el caso a alguno de los abogados que tenéis, no a ti.

—Bueno, soy yo quien veo los casos y los reparte entre todos. Este quería llevarlo yo —sonreí.

—En ese caso, gracias —contestó Vicente.

—Bien, tengo algunas preguntas. Sé que esto va a ser duro para ti, Nina, pero necesito que me contestes para poder tener toda la información posible.

—Claro, no hay problema.

—Genial. Lo primero, ¿cómo te encuentras? ¿Y el bebé?

—Estamos bien, por suerte mi pequeña no sufrió ningún golpe.

—Me alegro. ¿Cuándo comenzó todo?

Se le formó una sonrisa triste en el rostro antes de empezar a relatarme toda la historia. Al parecer, el primer golpe lo recibió la noche del primer aniversario de casados. Vi a Vicente cerrar los ojos y apretar los dientes, nunca antes supo nada del asunto hasta que recibió una llamada del hospital diciéndole que su hija había recibido una paliza casi de muerte.

Nina lo había llevado en el más estricto secreto, hasta que tuvo que pensar no solo en ella, sino también en su bebé.

Recopilé información y quedé en que los llamaría cuando tuviera noticias, tenía que hablar primero con los abogados del marido, puesto que lo primero era conseguir el divorcio para Nina, así como una orden de alejamiento y todo lo que fuera necesario para que dejara vivir a su mujer, y su futura hija.

Cuando llegué al bufete miré el expediente del caso y no me podía creer que Miguel fuera quien se hiciera cargo de la defensa.

Bueno, poco había que defender cuando las pruebas eran más que contundentes.

Respiré hondo y lo llamé.

—Hola nena, ¿cómo estás? Iba a llamarte para ver si podíamos vernos esta noche.

—Va a ser que no, tenemos un caso común.

—¿Un caso común? ¿Otra vez? Dime el número de expediente, por favor —se lo facilité y, cuando vio de qué caso se trataba, no tardó en decirme lo que yo ya sabía—. Lo tienes más que ganado, no voy a comerme mucho la cabeza por ese tío. Las pruebas hablan por sí solas, y no era la primera vez que le pegaba, aunque no hubiera denuncias previas. Esa pobre mujer ha vivido un infierno, créeme. Ese tío está loco.

—Si te escuchara tu jefe... —volteé los ojos— Ah, no, que eres tú propio jefe.

—Ventajas de serlo. Bueno, hablaré con el juez para que pongan fecha para el juicio, pero ya te digo que tienes concedido el divorcio, la orden de alejamiento y la renuncia por escrito a la paternidad del bebé. No tiene antecedentes, por lo que no pisará la cárcel, pero el padre de ese loco me ha asegurado que lo va a mandar a

trabajar con su hermana a la empresa familiar, y que se harán cargo de que no vuelva a casarse ni estar con una mujer en su vida.

—Yo, personalmente, le habría metido en un monasterio con los monjes.

—Y yo, nena, te lo aseguro. Ya que estamos hablando, ¿cuándo podemos vernos?

»

—Pues, no sé, este sábado si te va bien a ti.

—El sábado, sí, perfecto. ¿A la misma hora?

—Ajá. Y el mismo vestido, no te preocupes.

—Me encanta que me complazcas en ese sentido. ¿Sabes? Creo que seríamos el matrimonio perfecto.

—Miguel, eso nunca ocurrirá —contesté sonriendo, pero era la primera vez que me decía algo así, y yo debía darle la razón a Gabi.

—Bueno, llevamos tres años juntos, no sé, tal vez podríamos pensarlo.

—No hay nada que pensar, en serio. Nos vemos el sábado.

—Hasta el sábado, entonces.

Colgué y empecé a preparar el caso de Nina. La verdad es que esta vez había sido algo muy fácil, normalmente cuando mi padre tenía un caso como este, podíamos estar mucho más tiempo. Podría decirse que había tenido mucha suerte, pero mucha.

Gabi: *Hola, ángeles.*

Leí el mensaje que Gabi había mandado al grupo, y me sacó una sonrisa.

Cloe: *¿Ahora eres Bosley, de los Ángeles de Charlie?*

Gabi: *Mira, pues no está mal. Para la próxima fiesta de disfraces a la que vayamos, esa será la peli que escojamos.*

Pati: *Cloe, el día que te des un puntito en la boca, cariño, me harás la mujer más feliz del mundo, de verdad te lo digo. ¿Qué quieres, Gabi?*

Cloe: *¿Tengo yo la culpa de que nuestro loco favorito salude así?*

Lucía: *Es que puede habernos saludado de ese modo porque ha recibido la llamada del señor, y quiere hacer los votos para entrar en un convento, mira que si ahora se nos hace cura.*

Gabi: *La única llamada de la iglesia a la que haría caso, sería si nuestro querido y buenorro Padre Marcos colgara la sotana. ¡Ay, señor! Con ese hombre sí que me haría yo un Pájaro Espino.*

Cloe: *Si ese cura dejara la iglesia, seguro que se casaría con una mujer decente.*

Gabi: *Seguro que es gay, pero no lo confiesa. Mira, en la próxima reunión en el conde del Padre Marcos, le sonsacamos quién le gusta más de los cuatro.*

Pati: *Gabi, pareces una adolescente. En serio, ¿qué has desayunado hoy?*

Lucía: *No desviaros del tema, que tengo una clienta en plena sesión de cera. ¿Qué quieres, Gabi?*

Gabi: *El sábado cenamos en mi apartamento, y después nos vamos de copas.*

Cloe: *No puedo, guapísimos míos, he quedado con Miguel.*

Lucía: *Genial, ¿ya te ha llamado después de tanto tiempo? Plántale, por favor.*

Cloe: *En realidad, he tenido que llamarlo yo por trabajo, y ya pues me ha dicho de vernos.*

Lucía: *Claro, porque después de cuatro meses le pica el asunto al señorito. Mira, cada vez le aguanto menos.*

Pati: *Lucía, basta, ella sabrá lo que tiene que hacer y lo que no. Cloe, tú disfruta y quítale las telarañas a la cueva hija, que ya es hora. Eso sí, después del sábado, yo me encargo de buscarte otro que te dé lo tuyo todas las semanas, ese hombre no te merece ni como follamiga.*

Cloe: *Vale, se acabó, no pienso volver a hablar de mi escasa o abundante vida sexual con vosotros.*

Lucía-Gabi-Pati: *Escasa más que abundante, cariño.*

Que los tres enviaran al mismo tiempo ese mensaje, ya era el colmo. Si es que parecían trillizos, de verdad. ¿Se habían puesto de acuerdo para buscarme otro tío con quien tener sexo de vez en cuando? Perfecto.

Me despedí de ellos y terminé mi trabajo, no me apetecía ir a mi apartamento así que fui a casa para ver a mi hermana.

—¿Qué tal las vacaciones? —pregunté, sentándome en el sofá con ella, mientras esperábamos que llegara nuestro padre para comer todos juntos.

—Bien, papá me ha comprado un libro de actividades, así que estoy repasando todo lo que hemos estudiado en este curso.

—Uf, no sé la de libros de actividades que tuve que hacer yo durante los veranos. Bueno, sí, todos y cada uno de ellos hasta que cumplí dieciséis.

—¿Todavía me quedan cinco años para hacerlos? Qué horror.

—¿De qué habláis, niñas? —preguntó Manuela, entrando al salón.

—De los libros de actividades.

—Ana, ya sabes que eso es para que no se te olvide nada de lo aprendido durante el curso.

—Ya lo sé, nana.

—¿Qué tal el día, hija? —Manuela se sentó a mi lado, y me pasó el brazo por los hombros.

La verdad es que desde que esa mujer llegó a nuestras vidas, nueve años atrás, se había convertido en esa madre que Ana necesitaba y que yo tanto echaba de menos.

—Bastante bien. Papá me ha dicho que pronto se incorporará al bufete el primo de Alberto, al parecer ha vuelto de Madrid y buscaba trabajo.

—¿Y tienes miedo de que te eclipse en los casos? Eres de las mejores en los tribunales.

—No, para nada, al contrario. Supongo que tendrá más años de experiencia que yo, así que, espero aprender mucho de él.

—Seguro que sí, siempre fuiste muy buena alumna.

—¡Ya estoy aquí! —gritó mi padre, como siempre, al entrar en casa.

—¡Y nosotras aquí! —contesté, haciendo que se riera a carcajadas.

Cuando entró, nos saludó a Ana y a mí, con un beso en la frente, como de costumbre, y pasamos a la mesa a esperar a que Manuela regresara con la comida. Había preparado paella, como si algo en su interior le hubiera dicho que iba a ir a comer con ellos.

Tras pasar la tarde en familia, haciendo planes con mi hermana para ir al parque acuático el domingo a pasar el día, me despedí y regresé a mi apartamento, donde me esperaba la soledad, la paz y la tranquilidad, para disfrutar de una copa de vino y un buen baño.

e

o

—¡Y nosotras aquí! —contesté, haciendo que se riera a carcajadas.

Cuando entró, nos saludó a Ana y a mí, con un beso en la frente, como de costumbre, y pasamos a la mesa a esperar a que Manuela regresara con la comida. Había preparado paella, como si algo en su interior le hubiera dicho que iba a ir a comer con ellos.

Tras pasar la tarde en familia, haciendo planes con mi hermana para ir al parque acuático el domingo a pasar el día, me despedí y regresé a mi apartamento, donde me esperaba la soledad, la paz y la tranquilidad, para disfrutar de una copa de vino y un buen baño.

Capítulo 7



Llegó el sábado, el día en que iba a volver a encontrarme con Miguel, y no en los juzgados, precisamente.

Como cada noche que habíamos compartido juntos en estos últimos años, nos veíamos en la casa de Miranda, una amiga de Lucía que tenía ese lugar como un selecto club del sexo.

Sí, allí acudían cientos de personalidades importantes de la ciudad, y de otras cercanas, cada fin de semana para tener sexo con otras personas.

Miranda era clienta habitual del salón de Lucía, allí acudía a hacerse los tratamientos más caros que tenía mi amiga, y una de esas veces, hacía ya cinco años, la invitó a una fiesta en su casa, a la que Lucía nos llevó a Pati y a mí.

Cuando vimos lo que ocurría tras esas paredes, en sus múltiples habitaciones, así como en la piscina o el jacuzzi, nos quedamos todas boquiabiertas y sin saber qué hacer. Hasta que Lucía, en un momento de sabiduría popular, dijo aquello de “allí donde fueres, haz lo que vieres”, y se mezcló con la gente. Aquella noche, acabó acostándose con un banquero al que volvió a ver alguna vez más, hasta que el hombre se casó un año después.

Desde hace tres años, igual que yo, Lucía está liada con Jaime, un compañero de trabajo de Pati, a quienes nos encontramos en esa casa por casualidad, junto con Edu, otro policía que ya le tenía el ojo echado a nuestra amiga Pati y a quien no ha soltado desde entonces.

Ellas dirán lo que quieran, y tendrán toda la libertad para estar con otros hombres, igual que ellos con otras mujeres, pero tanto mis amigas como ese par de polis, saben que ellos sí que acabarán siendo dos matrimonios de abuelitos de lo más adorables.

Había mandado un mensaje en el grupo que tenía con las chicas y Gabi, para saber si vendrían esta noche a la casa, pero todos habían dicho que no, que cenarían en el apartamento de Gabi.

No hice por quedar con ellos para el domingo, porque ese día lo había reservado por entero para mi hermana, y

para Jimena, que también se vendría al parque acuático con nosotras.

Cuando llegué a la casa, situada a las afueras de la ciudad en una urbanización de lo más exclusiva y lujosa, Miranda sonrió al verme.

—Creí que ya no vendrías por aquí, cariño —dijo, entregándome una copa.

—Bueno, la verdad es que he estado algo liada por trabajo, y supongo que Miguel también.

—Mira, yo no soy quién para meterme, pero no me gusta lo que está haciendo contigo. Él sí que ha venido y ha estado con otras mujeres.

Aquello sí que no me lo esperaba, la verdad, pero bueno, si no me lo había dicho él mismo, tendría sus motivos.

—Bueno, lo nuestro sabe que es un acuerdo sin más ataduras, solo sexo y ya está —me encogí de hombros.

—Por ahí viene el abogado. Yo no te he dicho nada, ¿de acuerdo?

—Tranquila, soy una tumba, Miranda.

a

—Estás preciosa, como siempre —susurró Miguel, dejando un beso en mi cuello.

Vale que nunca había sentido nada del otro mundo cuando tenía ese tipo de muestras de cariño conmigo, pero, después de saber lo que me había contado Miranda, aquel gesto me dejó como si nada.

—¿Me echabas de menos, nena? —preguntó, pegándose a su pecho mientras dejaba la mano en mi vientre.

—¿Y tú a mí? Han pasado varios meses sin vernos.

—Mucho, ya lo sabes. Vamos a tomar una copa —y me besó en la sien.

Eso ya sí que era una prueba más de que lo nuestro, fuera lo que fuese lo que hubo en estos años, estaba muerto por completo.

Nos sentamos en una de las salas que Miranda había dejado en la casa como zona de bar, Miguel cogió dos copas de vino y nos las tomamos mientras charlábamos.

¿De qué hablaban dos abogados? Pues del trabajo, de qué si no.

Lamentable, de verdad que sí, porque después de cuatro meses sin sexo, yo debería estar ya que me subía por las paredes y con ganas de que ese hombre me metiera de todo, menos miedo. Pero no, no era el caso.

Sí, me apetecía tener sexo con él, esto estaba claro, porque siempre que lo hacíamos me quedaba muy satisfecha, pero es que hoy no me soportaba ni a mí misma.

—Miguel, dime una cosa y quiero que seas sincero, por favor —le pedí, dejando la copa en la mesa.

—Te has puesto muy seria, ¿estás bien? —preguntó, cogiéndome la barbilla con dos dedos para que lo mirara.

—¿Has estado acostándote con otra persona en este tiempo?

Se le abrieron los ojos ante la sorpresa, no era la pregunta que esperaba ni mucho menos, así que al menos en eso le había pillado por sorpresa.

—¿Por qué crees eso?

—Bueno, en cuatro meses no nos hemos visto ni una vez, y me resulta raro, ya que por norma eres tú el que más me ha buscado siempre, desde que empezamos esto hace tres años. No te preocupes, que lo entenderé y no te montaré un número. Es más, creo que esta será nuestra última noche.

Y de pronto me vino a la cabeza una vieja canción que suele escuchar mi padre, *La última noche*, de Diego Torres.

«Ay de mí, que es la última noche que voy a sufrir por este amor»

Que no es que lo que tuviera con Miguel pudiera llamársele amor, pero, era lo más parecido a una relación que había tenido en esos años y, quisiera o no, sentía un gran cariño por ese hombre que alguna que otra vez había estado al otro lado del teléfono para levantarme el ánimo, hacerme reír o, simplemente, escucharme si había tenido un mal día en el trabajo.

—¿Estás diciéndome que...?

—Sí, Miguel, que lo que había acaba hoy.

Se quedó callado un momento, asintió y me tomé lo que me quedaba en la copa de un trago.

—Pues acabemos con esto —dije, poniéndome en pie y cogiéndole de la corbata para mirarlo a los ojos—. Eso sí,

haz que sea apoteósico, por si alguna vez cuando te vea por aquí, quiero que me folles como lo hiciste la última noche.

Lo vi tragar con dificultad, se puso en pie y, al ver que miraba hacia algún punto detrás de mí, miré y vi una pelirroja que parecía enfadada.

—¿Es ella? —pregunté, y él asintió. Me acerqué a la mujer sin perder la sonrisa, le acaricié la mejilla y mirándola a los ojos, le hablé a ella directamente— Tranquila, que esta es mi última noche con él, la despedida. Después es todo tuyo.

Por suerte para todos en este lugar, un antifaz cubría nuestros ojos, de modo que nadie podía saber quién era la persona con la que hablaba, a no ser que en la intimidad cada uno quisiera dejarse ver.

Eso, y el momento en el que me encontraba, me dio la valentía de hacer algo que jamás antes había hecho. Le di un beso rápido en los labios a esa mujer, mostrando una seguridad y una versión de mí misma, que no existía.

Miguel me miró sin creer lo que había pasado, me rodeó la cintura y fuimos hacia una de las habitaciones que aún estaban libres.

—¿De verdad es la última noche, Cloe? —preguntó, abrazándome por detrás, antes de que entráramos.

—Sí, lo es.

haz que sea apoteósico, por si alguna vez cuando te vea por aquí, quiero que me folles como lo hiciste la última noche.

Lo vi tragar con dificultad, se puso en pie y, al ver que miraba hacia algún punto detrás de mí, miré y vi una pelirroja que parecía enfadada.

—¿Es ella? —pregunté, y él asintió. Me acerqué a la mujer sin perder la sonrisa, le acaricié la mejilla y mirándola a los ojos, le hablé a ella directamente— Tranquila, que esta es mi última noche con él, la despedida. Después es todo tuyo.

Por suerte para todos en este lugar, un antifaz cubría nuestros ojos, de modo que nadie podía saber quién era la persona con la que hablaba, a no ser que en la intimidad cada uno quisiera dejarse ver.

Eso, y el momento en el que me encontraba, me dio la valentía de hacer algo que jamás antes había hecho. Le di un beso rápido en los labios a esa mujer, mostrando una seguridad y una versión de mí misma, que no existía.

Miguel me miró sin creer lo que había pasado, me rodeó la cintura y fuimos hacia una de las habitaciones que aún estaban libres.

—¿De verdad es la última noche, Cloe? —preguntó, abrazándome por detrás, antes de que entráramos.

—Sí, lo es.

Capítulo 8



Nada más entrar, ni siquiera esperé a que él hiciera algo. Me giré, le quité el antifaz y comencé a besarlo como si hiciera años que no le veía. A eso le siguió la corbata y, poco a poco, lo desnudé por completo.

Me tocó el turno a mí. Se deshizo de mi antifaz, así como del vestido y la ropa interior, dejándome tan solo con los zapatos de tacón puestos.

Sin darme tiempo a nada, me giró pegándose a su pecho y comenzó a bajar la mano por mi vientre hasta llegar a ese punto que él bien sabía cómo tocar para hacer que me excitara.

Comenzó como siempre, con un dedo entre mis labios, yendo despacio hasta el clítoris, donde con tan solo un leve roce, hizo que cerrara los ojos y me estremeciera.

Con la otra mano masajeaba uno de mis pechos, pellizcándose el pezón levemente y dando algún que otro tirón para estimularme más.

Empezó a deslizar el dedo sobre mi clítoris en un movimiento lento y decadente que conseguía que yo quisiera más, que fuera más rápido, más fuerte, que me hiciera alcanzar aquello que deseaba en ese instante.

Pero no, Miguel no era así, no me daba lo que quería en el momento que lo necesitaba, sino cuando él veía que estaba mucho más lista y preparada para dejarme llevar por el orgasmo que me alcanzaría.

La mano abandonó mi pecho y fue subiendo poco a poco hasta mis labios, rozó el inferior con el pulgar y después se hizo un hueco en ellos con el índice, de modo que acabé mordisqueándolo y succionándolo, con los ojos cerrados, mientras él empezaba a penetrarme al tiempo que movía las caderas hacia delante y me rozaba en la parte baja de la espalda con su más que evidente erección.

Me hizo separar un poco más las piernas, me penetró aún más rápido y comencé a gritar cuando noté que, poco a poco, se formaba ese orgasmo en mi interior.

Miguel me llevó a la cama, recostándome en ella de cintura para arriba, boca abajo, de modo que seguía con las piernas separadas, bien expuesta para él.

Poco después, noté que se colocaba entre mis piernas, sujetándome por las nalgas, y comenzaba a lamer todo mi sexo sin parar, a un ritmo rápido y fuerte. Mis gemidos resonaban en la habitación mientras él, no dejaba de saborearme y yo, enloquecida y dejándome llevar por el placer, movía las caderas yendo al encuentro de esa boca que en apenas unos instantes consiguió que me corriera, chillando como una loca, y agarrada a las sábanas con todas mis fuerzas.

Miguel me dio un beso en el muslo antes de levantarse, yo no tenía fuerzas, estaba exhausta, con la respiración entrecortada y los ojos cerrados.

Me dejé hacer, no podía con el temblor de piernas que tenía, así que Miguel se encargó de tumbarme bocarriba en la cama y comenzó a pasar la punta de su lengua por todo mi cuerpo.

No dejó un solo resquicio de piel sin lamer, mientras me acariciaba el clítoris despacio para estimularme de nuevo.

—Así que quieres que nuestra última noche sea apoteósica, ¿verdad, nena? —susurró, mientras se colocaba entre mis piernas, rozando la entrada de mi sexo con su miembro erecto.

e

—Sí, por si alguna vez necesito que me quites el estrés del trabajo —contesté.

—Pues prepárate, porque esta noche va a ser muy larga.

Me besó al mismo tiempo que me penetraba, de una certera embestida y llegando a lo más hondo de mi ser.

Me agarré a sus brazos con tanta fuerza, que juraría que le había clavado las uñas, pero Miguel no se quejó, aguantó como un jabato en ese momento, en el que me penetraba una y otra vez, sin parar, rápido y fuerte, colmándome por completo.

Los gemidos que dejábamos escapar tan solo eran silenciados por el sonido del golpeteo que hacían nuestros cuerpos al encontrarse.

Mientras él movía las caderas de adelante atrás, yo llevaba las mías a su encuentro, de modo que sentía aún más cada penetración.

Noté que estaba cerca de alcanzar mi propio clímax, y sentí que él también. Miguel se sentó sobre sus piernas en la cama, llevándome con él y colocándome sobre ellas, nos miramos fijamente a los ojos y fue así como nos dejamos ir hasta donde ambos queríamos en ese momento.

Culminamos en un brutal orgasmo que nos dejó a ambos casi sin respiración, abrazados, sudorosos y jadeantes.

—Gracias por estos años, Miguel —dije, siendo sincera, porque ese hombre había aceptado mis condiciones, esas de que no habría nada más que sexo entre nosotros.

—Te he fallado, Cloe —contestó, besándome el cuello—. Durante cuatro meses he estado cada semana acostándome con otra mujer, porque he sido un gilipollas.

—No digas eso —lo miré, cogiéndolo por las mejillas—. No eres gilipollas, solo te has cansado de mí —me encogí de hombros.

—No, no me he cansado de ti. Es que... —cerró los ojos, sonrió y negó antes de volver a mirarme— Me enamoré de ti y quería ver si podía olvidarte metiéndome en la cama con otra mujer.

—¿Lo has conseguido? —pregunté, esperanzada.

—No, te me has metido bien hondo, y sé que es imposible que estemos juntos, bien claro me lo dejaste desde el principio.

—Pues sí, y tienes que olvidarme, Miguel. Esto acaba aquí.

—No, ya te he dicho antes que la noche es muy larga, ya sabes que me recupero pronto —me hizo un guiño, me besó y volvió a recostarme en la cama.

Durante unos minutos, me besó, acarició y contempló como si quisiera guardar esa visión en su mente para siempre.

Después nos pasamos varias horas ahí encerrados, entregándonos el uno al otro por última vez, haciendo aquello para lo que sí estábamos más que compenetrados.

El sexo era lo que nos había unido tres años atrás, y era lo que hoy nos separaba.

Sabía que Miguel no era el hombre de mi vida, como yo no era la mujer de la suya. Ni siquiera podía asegurar que esa fuera la pelirroja que se había quedado en la sala enfadada porque me llevaba a su actual acompañante de juegos, pero seguro que, en algún lugar del mundo, había una mujer esperando que Miguel la encontrara y la amara el resto de su vida.

Tras varias horas de sexo, con el que sin duda había recuperado el que no había practicado en esos cuatro meses,

estaba en la cama contemplando a Miguel, que dormía plácidamente.

No olvidaría nunca esos encuentros que habíamos compartido en estos años. Enredé los dedos en su pelo y sonreí al recordar la de veces que había hecho eso mismo.

Le besé por última vez, me vestí y, cogiendo la libreta y un boli que siempre llevaba en el bolso, escribí una nota rápida que dejé sobre la almohada para que la viera cuando se despertara.

“Nos vemos en los tribunales, señor letrado. Espero que encuentres a tu alma gemela. Te quiero, amigo mío”

Salí sin mirar atrás, me crucé con Miranda en el pasillo y cuando me preguntó si todo estaba bien entre Miguel y yo, le confesé que habíamos acabado con nuestro acuerdo.

—Lo siento, cariño.

—No te preocupes, hay más hombres en el mundo. Algún día encontraré al que está destinado a ser el amor de mi vida —contesté, aceptando el abrazo que me daba.

—De eso no tengo dudas. Aunque ya no vaya a verte aquí con él, espero que sigas viniendo, al menos para tomar una copa con una vieja amiga.

—Lo haré, no te preocupes. Dudo mucho que Lucía, Pati o Gabi, me dejen sola en casa a partir de ahora.

—Bueno, nos vemos cuando quieras, cariño. Hasta entonces, cuídate, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

Regresé a mi apartamento, ese que siempre sería mi mayor refugio. Me di una ducha rápida antes de acostarme y puse el despertador, al día siguiente tocaba día de chicas con mi hermana y Jimena, y no quería dormirme por nada del mundo.

Mis niñas eran lo primero.

estaba en la cama contemplando a Miguel, que dormía plácidamente.

No olvidaría nunca esos encuentros que habíamos compartido en estos años. Enredé los dedos en su pelo y sonreí al recordar la de veces que había hecho eso mismo.

Le besé por última vez, me vestí y, cogiendo la libreta y un boli que siempre llevaba en el bolso, escribí una nota rápida que dejé sobre la almohada para que la viera cuando se despertara.

“Nos vemos en los tribunales, señor letrado. Espero que encuentres a tu alma gemela. Te quiero, amigo mío”

Salí sin mirar atrás, me crucé con Miranda en el pasillo y cuando me preguntó si todo estaba bien entre Miguel y yo, le confesé que habíamos acabado con nuestro acuerdo.

—Lo siento, cariño.

—No te preocupes, hay más hombres en el mundo. Algún día encontraré al que está destinado a ser el amor de mi vida —contesté, aceptando el abrazo que me daba.

—De eso no tengo dudas. Aunque ya no vaya a verte aquí con él, espero que sigas viniendo, al menos para tomar una copa con una vieja amiga.

—Lo haré, no te preocupes. Dudo mucho que Lucía, Pati o Gabi, me dejen sola en casa a partir de ahora.

—Bueno, nos vemos cuando quieras, cariño. Hasta entonces, cuídate, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

Regresé a mi apartamento, ese que siempre sería mi mayor refugio. Me di una ducha rápida antes de acostarme y puse el despertador, al día siguiente tocaba día de chicas con mi hermana y Jimena, y no quería dormirme por nada del mundo.

Mis niñas eran lo primero.

Capítulo 9



Cuando sonó el despertador, me levanté de lo más tranquila, no me había dormido, gracias a Dios.

Me puse el bikini, un short vaquero, camiseta de tirantes anchos, las deportivas, y tras recogerme el pelo en una coleta alta, estaba lista para ir a por las niñas.

Mi padre me había enviado un mensaje la tarde anterior, Jimena se quedaba a dormir en casa y solo tenía que ir allí y recoger a las dos.

Cuando llegué, Manuela me tenía preparado un desayuno completo en la mesa, y es que no me había parado ni a tomar un café rápido antes de salir.

—Pero cómo me cuidas, nana —dije, dándole un abrazo de los míos.

—Si no te cuido yo, dime quién lo iba a hacer. Anda, desayuna que te espera un día de lo más ajetreado —sonrió.

—¿Y las niñas?

—Terminando de vestirse, llevan despiertas desde las ocho y ya han desayunado.

—Madre mía, esta noche van a dormir como bebés.

—La madre de Jimena nos pidió, si podíamos quedarnos con ella esta noche también, así que las traes aquí a las dos, ¿vale?

—Vale, sin problema.

Mientras desayunaba, me llegó un mensaje de Pati en el grupo.

Pati: *Buenos días, señorita Cloe. ¿Tiene usted planes para hoy, o puede comer con sus amigas?*

Cloe: *Me voy al parque acuático con las niñas, por eso no os dije de hacer planes con vosotros hoy.*

Gabi: *Pues nos apuntamos a eso, ¿verdad, chicas? Piscinita que es verano.*

Lucía: *¡Sí! Venga, en una hora pasamos por tu apartamento.*

Cloe: *Estoy en casa de mi padre, salimos desde aquí.*

Gabi: *Genial, pues esperadnos allí y vamos juntos. Te queremos, petardita nuestra.*

Sonreí dejando el móvil en la mesa, y es que no me extrañaba que me quisieran, si estábamos los cuatro igual de locos, no había ni uno sano, todos para que nos encerraran, pero éramos buena gente.

—¿Nos vamos ya, Cloe? —preguntó Ana.

—No, vamos a esperar a que vengan Gabi y las chicas, que se han apuntado al día de piscina.

—¡Bien! Nos lo vamos a pasar en grande, ya verás, Jimena.

—¿No os vais aún?

—No, nana, en una hora o así.

—Ah, pues, me podíais acompañar a la iglesia a llevar estos tupperes de comida y algunas bolsas de ropa, hice limpieza el otro día.

—Vale, vamos.

Cogimos todo lo que había preparado Manuela, y salimos las cuatro en mi coche para ir a llevarlo a la iglesia del barrio.

Los domingos, el Padre Marcos daba de comer a muchas personas que tenían pocos recursos, además de que se encargaba de llenar el carro de la compra de quien necesitara algo de comer para el resto de la semana.

Muchas de las mujeres que iban allí a sus misas, colaboraban con lo que podían, y nosotros además le dábamos un dinero todos los meses para que comprara lo que necesitara para ayudar a esa gente.

Era todo de manera altruista, y es que hoy eran ellos, pero, ¿quién sabía si algún día nos tocaría a nosotros pasar por algo así?

—Buenos días, Padre Marcos —dijo Manuela, cuando entramos en la sacristía.

—Manuela, buenos días. Pero, ¡sí es Cloe! Me alegra verte por aquí, hija mía.

—Padre, no me llame usted así, que no podría ser su hija, como mucho, una hermana pequeña, o una prima.

—Desde luego, esta niña nunca cambiará, Manuela —sonrió.

—Es que es usted muy joven, si le conozco desde que bautizamos a mi hermana —contesté.

—Y ya tengo once años, Padre Marcos —dijo Ana, encogiéndose de hombros.

—¿Tanto tiempo ha pasado ya? —preguntó él, rascándose el cuello.

—Sí —contestamos Ana y yo, echándonos a reír después.

—Aquí tiene, comida para servir hoy, y ropa que aún está nueva para que pueda darle a alguien que la necesite —Manuela le dio las bolsas y él, sonrió dándole las gracias—. No tiene que darlas, Padre, esto ya no lo usan en casa y aún pueden sacarle provecho.

—Manuela, si no fuera por familias como la vuestra, esa gente no tendría nada, de verdad.

—Bueno, toda ayuda es poca, ya lo sabe. Niñas, ¿venís a encender una velita a quienes ya no están? —les dijo a Ana y Jimena, que asintieron y fueron a acompañarla.

—¿Cómo está una de mis cuatro ovejas descarriadas? —preguntó el Padre Marcos, haciéndome reír.

—Muy bien, Padre, no se preocupe, que San Pedro me estará esperando en las puertas del cielo con los brazos abiertos.

—¿Estás segura? Mira que yo veo más a Lucifer por ahí abajo haciéndote un hueco.

1—A ver, que, si es el de la serie de televisión, mañana mismo hago las maletas y me instalo, que ese hombre tiene un buen repaso.

—Te recuerdo que estás en la casa del señor.

—Y no he dicho nada malo, ¿o me ha escuchado usted decir que me lo follaría, padre?

—Por el amor de Dios, no puedo contigo —volteó los ojos y empezó a reír.

Que el cura de toda la vida, tuviera algo más de una década que yo, era bueno para mí, porque había una confianza que no podría tener con un cura de la edad de mi padre, o de setenta años.

—Te voy a poner penitencia por eso, lo sabes, ¿verdad?

—Venga, dígame cuántos padres nuestros, que me los rezo antes de llevarme a las niñas al parque acuático.

—Si es que después haces esas cosas tan bonitas de hermana mayor por ellas, y se me olvida que has blasfemado en esta casa —protestó.

—Confíeselo, Padre, de todo su rebaño, soy su favorita, a pesar de ser una oveja descarriada, como usted dice.

—Negaré haberlo dicho, pero sí, me tienes ganado, hija mía.

—Ya lo sabía yo —me acerqué y le di un beso en la mejilla, aprovechando que no me veía nadie, y mientras él resoplaba, yo salí de la sacristía corriendo muerta de risa.

—Cloe, hemos encendido una vela por mamá, por el marido de Manuela, y por el papá de Jimena.

—Pero tu papá aún no está en el cielo —dije, abrazándola.

—Ya, pero quiero que Dios me lo deje un poquito más aquí, al menos, hasta después de Navidades.

—Cariño —abracé a Jimena aún con más fuerza, y noté que estaba llorando.

Cuando conseguí calmarla un poco, nos marchamos de nuevo a casa y llegamos al mismo tiempo que Gabi y las chicas.

Saludaron a Manuela, entramos a por las mochilas de las niñas y la mía, además de la comida que ella había preparado para que nos lleváramos, y pusimos rumbo al parque acuático.

Una vez allí, buscamos una zona donde dejar nuestras cosas, que estuviera cerca de alguna de las muchas piscinas y toboganes, y las niñas fueron corriendo a darse el primer chapuzón.

—¿Qué tal anoche? —pregunté.

—Bien, cenamos, bebimos, bailamos, y nos hemos levantado con una resaca, que, si nos quedamos dormidos al sol, despiértanos, no sea que acabemos rojos como cangrejos —contestó Gabi— ¿Y tú qué tal con Miguel?

a—Acabé con él, no volveremos a vernos.

—¡Hostias! ¿Y eso? —preguntó Pati.

Les conté todo, lo que me había dicho Miranda, que Miguel no lo había negado cuando se lo pregunté, el motivo por el que él lo había hecho, y que fui yo quien decidió que esa fuera nuestra última noche.

—Ya te decía yo que ese hombre quería algo más contigo, cariño.

—Sí, pero yo con él, no.

—¿Estás bien? —Pati me acarició la espalda, la miré y asentí mientras sonreía.

—No pienses que te vas a quedar en tu apartamento, sola, comiendo helado y patatas fritas, mientras nosotros vamos a casa de Miranda —dijo Lucía—. A ti te llevamos, aunque sea de los pelos.

—Tranquila, que no hará falta que me obliguéis, mujer. Claro que voy a ir, aunque solo sea para tomar una copa con ella mientras vosotros hacéis cochinadas.

—¡Mira! Se pensará que la vamos a dejar que se vuelva monja, ni hablar, bonita —contestó Gabi—, que tú vas a ser una folladora de la pradera igual que estas dos.

—¡Oye! Que nosotras en la pradera no hacemos eso —protestó Pati.

—Porque os detendrían por escándalo público y tú eres poli, que, si no...

Nos echamos a reír y en cuanto vinieron las niñas, cambiamos el chip a personas adultas y responsables.

Aunque no faltaron los momentos de risas cuando estábamos solos.

Capítulo 10



Levantarte un lunes con la llamada de uno de tus compañeros de trabajo diciendo que no podía ir al juzgado para la primera vista del caso que llevaba, porque tiene que llevar a su madre al hospital de urgencia, no es la manera en la que esperaba comenzar la semana.

¿Por qué me lo decía a mí, y no a la secretaria o a mi padre? Pues porque al ser yo quien reparte los casos, me los estudio un poquito antes de hacerlo y sé de qué van todos.

Ni café, ni desayuno, ni tan siquiera un vaso de leche rápido, y por suerte la noche antes me había dado un buen baño cuando llegué de pasar el día con las chicas y las niñas.

Me vestí tan rápido como pude, pasé por el bufete a coger los papeles del caso que Kike me había dicho, y salí escopeteada para el juzgado.

Rezando iba todo el camino para que no me encontrara con mucho tráfico, ni me saltara un semáforo. Solo me faltaba que le llegara una multa a mi padre al bufete.

Llegué justo a tiempo para cogerme un café en la máquina, no estaba tan bueno como los que yo me preparaba en casa, pero algo había que meter en el cuerpo.

Eché un vistazo rápido a las notas de mi compañero, me hice una idea de por dónde llevaría la defensa del caso, y me fui para la sala en la que tendría lugar el juicio.

Allí encontré a los clientes esperando en la puerta, me presenté y excusé a Kike, les puse al corriente de todas las anotaciones que él tenía, y ultimamos los detalles antes de entrar.

La jueza que llevaba el caso era una con la que había coincidido ya varias veces, y por suerte, en el tema que nos ocupaba, solían ganar quienes demandaban, como era nuestro caso.

Esto tan solo era una primera vista, por lo que expusimos todas las pruebas, hicimos las pertinentes alegaciones

cada abogado, y la jueza dio fecha para una segunda vista un mes después.

Les aseguré a nuestros clientes que para entonces ya sería Kike quien se encargara de todo, me despedí de ellos y salí para ir al bufete.

Tenía un hambre de esos que, o comes, o acabas desvaneciéndote cuando menos lo esperas, así que antes de entrar en mi trabajo, pasé por la cafetería a disfrutar de un rico y merecido desayuno.

En ello estaba, cuando me sonó el teléfono.

—Buenos días, Kike. ¿Cómo está tu madre? —pregunté, nada más descolgar.

—Hola, jefa. Bien, pero menudo susto. Acabo de dejarla en casa, algo que cenó anoche y no le sentó bien.

—Bueno, me alegro que no sea grave.

—¿Qué tal la vista? Siento no haber podido ir.

—No te preocupes, todo ha ido bien, ya sabes, recopilación de pruebas y alegaciones. La segunda vista será en un mes.

—Vale, pues voy ya para el bufete.

—Ok, nos vemos en un rato, estoy desayunando en la cafetería.

—Qué bien vives, jefa.

—Te invito si llegas antes de quince minutos.

—Eso está hecho.

Colgué riéndome, y es que Kike era tremendo, era el más divertido de todo el bufete con diferencia, y siendo sincera, el chiquillo estaba de muy buen ver.

Moreno, ojos marrones, metro ochenta, treinta y cinco años, simpático, amable, cariñoso y soltero. Un caramelo para cualquier mujer, fuera la edad que fuera la que tuviera.

Diez minutos después de hablar, ya estaba sentándose conmigo en la mesa, no sin antes darme un beso en la mejilla, y es que ese había sido su saludo desde que entré en el despacho. A él, eso de que yo fuera la jefa, como

siempre me llamaba, le importaba un pimiento y medio, decía que a sus amigas las saludaba con un beso, y así iba a hacer también conmigo.

—Tan guapa como siempre —sonrió.

r—Tú, que me miras con muy buenos ojos.

—Los que tengo —se encogió de hombros—. De todos modos, te hago ojitos desde hace años, y no quieres nada conmigo —hizo un puchero, y yo acabé riéndome.

Kike negó, llamó al camarero para pedir su desayuno y después atendió una llamada.

Por lo que hablaba, deduje que eran los clientes con los que yo había estado poco antes, quedó con ellos en llamarles en una semana y dio un trago a su café.

—No sé por qué te ríes, si es cierto lo que te he dicho.

—Anda, no me tomes el pelo, que no soy tonta —sonreí.

—Cloe, que no te estoy tomando el pelo. ¿En serio que no te has dado cuenta de que me gustas?

Aquello me dejó fuera de juego unos instantes. ¿Estaba hablando en serio ese hombre? No podía ser, vamos, que se estaba riendo a mi costa para empezar bien la semana.

Cuando vi que se ponía demasiado serio, como que noté que no estaba de broma.

—Ay Dios mío —me llevé las manos a la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Kike, que no, que nosotros no podemos liarnos.

—¿Por qué no? No te estoy pidiendo que te cases conmigo, pero, no sé, conocernos fuera del trabajo.

—A ver, Kike, que me quede claro. ¿Tú quieres sexo conmigo y ya?

—Mujer, así, sin tomar una copa, cenar, ir al cine, vamos, lo que se ha hecho toda la vida cuando empiezas a verte con alguien.

1

—Ay la leche —me reí.

—Ahora me llamarás antiguo, lo veo —rió él.

—No, pero, no sé, ¿ir al cine? —no podía dejar de reírme.

—Esto de ser el payasete del bufete, no mola —frunció los labios.

—Lo siento, ya paro —contesté, tranquilizándome un poco—. Es que me choca, no sé. Salir con un compañero de trabajo... sería raro.

—¿Por qué no probamos una vez y nos dejamos llevar? Lo que tenga que ser, será. Digo, si quieres. A ver, que, seguro que hay alguien en tu vida y estoy yo aquí haciendo el pringado diciéndote que me gustas.

—No, no hay nadie.

—¿Ves? Dos corazones solitarios buscando amor.

—¿Amor? —volví a reír.

—Vale, vale, nada de amor por el momento. ¿Cariño? ¿Una bonita relación de amistad y lo que surja?

—Kike, pareces un comercial de algo.

—Si ya lo decía mi madre, que me podría haber dedicado a la teletienda. En fin. ¿Qué me dices? Te invito a cenar el sábado, tomamos algo y vemos qué tal nos llevamos siendo solo Kike y Cloe, dos personas normales fuera del trabajo.

—Madre mía, en lo que me estoy metiendo yo solita —me tapé los ojos, y él me retiró las manos.

—Dime una cosa, y sé sincera, por favor.

—Venga, ya de perdidos...

—¿Te gusto, aunque solo sea un poquito? —preguntó, acompañando a sus palabras el gesto de juntar dos dedos.

2

—No te voy a negar que eres guapete.

—Ajá —levantó el pulgar.

—Simpático —Kike sonrió y levantó el índice—, divertido —levantó un tercer dedo—, siempre hay un tema de conversación entre nosotros —asintió y levanto un cuarto dedo—, no eres un asesino en serie, que es un buen punto a tu favor —eso le hizo reír a carcajadas y levantó dos dedos, de modo que ya tenía seis—. Y... bueno, no sé, puede que tengas algo más como para ser el tipo de hombre que me gusta.

—Perfecto, siete puntos sobre diez, eso merece una cena y que nos conozcamos fuera del bufete.

—Estás loco, ¿lo sabías?

—Me va el riesgo —se encogió de hombros.

—Solo necesito que me asegures una cosa —dije.

—Píde lo que quieras, que yo, gustoso te lo concederé.

—Ni que fueras el genio de la lámpara.

—Bueno, si me frota un poquito...

—¡Kike! —reí, al captar enseguida el doble sentido con el que había dicho eso.

—Lo siento, lo siento, prometo ser mucho más caballeroso. Venga, ¿qué quieres que te asegure?

—Que, si no acabamos juntos, de ninguna manera, haremos como si no hubiera pasado nada, ¿de acuerdo? Llevas mucho tiempo trabajando con mi padre y Alberto, y no quiero que pierdan a uno de los mejores abogados de la ciudad, por mi culpa.

—Tranquila, que, si no soy el hombre que tiene que ocupar tu corazón, lo entenderé y me quedaré al margen, solo como amigo, palabrita del Niño Jesús.

—Creo que le ibas a gustar al cura de mi barrio, le caerías bien.

—Eso suma puntos para conquistarte, si me gano al cura, lo tengo más fácil —me hizo un guiño y empecé a reírme de nuevo. Anda que no sabía nada el bueno de Kike, con lo modosito que me parecía al principio.

Terminamos de desayunar y, no sé por qué, pero comencé a mirarlo con otros ojos, le veía como hombre, y no

solo como un compañero de trabajo.

Tal vez, esos tres años que había estado con Miguel, de manera inconsciente, no quería fijarme en otros hombres para no sentir que traicionaba al que tenía al lado.

Eso, o que siempre había visto a Kike, pero ahora le veía mucho más.

solo como un compañero de trabajo.

Tal vez, esos tres años que había estado con Miguel, de manera inconsciente, no quería fijarme en otros hombres para no sentir que traicionaba al que tenía al lado.

Eso, o que siempre había visto a Kike, pero ahora le veía mucho más.

Capítulo 11



Los días iban pasado y ya estábamos a miércoles.

Recién llegada al bufete, y tenía a Kike entrando en mi despacho para dejarme un café y recordarme que el sábado teníamos una cena, y lo que surgiera.

Me eché a reír, porque bien claro tenía yo que no me iría a la cama con un tío en la primera cita, que una era moderna, pero no tan descocada.

Miguel me llamó para hablar sobre el juicio que teníamos pendiente, el de Nina, la hija de nuestro banquero, y me comentó que había hablado con el juez para llegar a un acuerdo y que no tuviera que enfrentarse ella, a ver de nuevo al que ya era su ex marido, tan solo a falta de firmarlo todo, así que se anuló el juicio y se llevaría todo con él y conmigo, que, al ser los representantes legales de ambos implicados, podíamos hacernos cargo de todo.

Se lo agradecí, porque yo tampoco quería hacer pasar a la pobre Nina por todo aquello.

No había hablado con las chicas y Gabi desde el domingo, así que mandé un mensaje al grupo a ver si podían quedar a cenar esa misma noche.

Gabi: *¡Hombre! Pero si está viva, la señora letrada. Hija, te vendes más cara que los diamantes.*

Lucía: *Deja a la chiquilla, que en el bufete andan muy liados, lo sé por mi padre. Yo me apunto a la cena, y luego una copa, por favor.*

Pati: *Por mí, genial, tengo libre hasta el lunes, así que, a quemar Sevilla.*

Cloe: *Te recuerdo que tú eres policía, tienes que dar ejemplo y no puedes ser detenida por actos vandálicos.*

Pati: *Y tú abogada, me puedes sacar de la cárcel en un periquete, alegas enajenación mental transitoria, y arreglado.*

Cloe: *No pienso ser cómplice de un delito.*

Gabi: *Ya estoy con las palomitas, aquí esperando a que la marquesa y la condesa del papo moreno, terminen de desvariar.*

Pati: *Te recuerdo que soy rubia, querido.*

Gabi: *Y yo que me alegro, fijate. Va, ¿a qué hora quedamos, petardas?*

Cloe: *A las nueve en el restaurante de la plaza. Después ya veremos dónde acabamos, aunque no muy tarde, que yo mañana trabajo.*

)

Lucía: *Perfecto, pues allí nos vemos. Os dejo, que tengo una depilación masculina.*

Me eché a reír, y es que cuando Lucía tenía que depilar a un hombre, la muy loca se lo tomaba con toda la calma del mundo, sobre todo si era de esos con cuerpo bien definido y trabajado en el gimnasio.

: Volví al trabajo y, a media mañana, mi padre se pasó por mi despacho.

—¿Qué tal, cariño?

—Bien, papá, ¿y tú?

—Bien —sonrió—. Oye, he pensado en cogerme estos días de descanso y llevarme a Ana y Manuela a algún sitio ¿qué te parece?

—Por mí perfecto, seguro que a la niña le hará ilusión que la lleves de vacaciones.

—Sí, bueno, ya sabes que se va a incorporar el primo de Alberto, y quiero estar aquí para guiarle si lo necesita, as^o que... Solo que se va a atrasar un poco más, le ha surgido un asunto que tiene que solucionar, y al menos hasta dentro de dos semanas...

—Papá, mañana mismo te las llevas a algún sitio, y te quedas con ellas hasta el próximo viernes. Te vas nueve días a descansar y no te preocupes por nada más que Alberto y yo, nos las arreglaremos bien por aquí.

—Desde luego, no sabes cuánto me recuerdas a tu madre —sonrió.

—¿Por lo guapa e inteligente que soy?

—Y por lo mandona, hija, y por lo mandona. Bueno, ¿me puedes mirar algún sitio donde pueda llevarlas?

—Claro, pero ya te digo que tengo una idea que a las dos les encantará.

—¿Dónde?

—Disneyland París, que Ana lleva queriendo ir allí, desde que tenía cinco años.

—Es verdad, pues búscame vuelo y alojamiento, que mañana mismo nos vamos.

Me hizo un guiño y se fue, sonreí y me puse manos a la obra. Sabía que mi padre no me pondría pegas a la hora de hacer las reservas y pagar, por lo que pagué todo con su tarjeta y le mandé un mensaje para decirle que ya tenía todo.

Le imprimí los billetes de ida y vuelta, la reserva del hotel en el mismo Disneyland, y lo metí todo en una carpeta que le llevé al despacho antes de irme.

—Aquí tiene, jefe —dije, y él sonrió.

—¿De verdad que les gustará estar por allí nueve días?

—Papá, que no solo tenéis que estar en el parque, podéis visitar París. A Manuela le encantaría conocer la Torre Eiffel —le hice un guiño y, si me había entendido por dónde iba, tal vez de ese viaje a París, volvían los dos un poquito más enamorados.

Porque sí, yo sería joven y todo lo que el mundo quisiera, pero que entre ellos había una química de lo más palpable, y que me gustaría que dieran ese paso, todo sea dicho.

Seguí con el trabajo hasta la hora de irme, Kike me hizo un guiño desde la puerta de su despacho cuando me vio pasar, sonreí y me marché a casa donde me esperaba un tupper de comida de los que me había dado Manuela.

Después de comer, y de un buen café, me fui un rato a la cama, quería descansar un poco por si la noche se nos iba de las manos, pero, apenas si había cerrado los ojos, cuando me llamó mi hermana.

—¡Papá nos lleva a Disneyland! —gritó, sin darme tiempo a saludarla.

—¡No me digas! Qué suerte.

—¿Tú no vienes?

—No cariño, tengo que trabajar, me quedo a cargo del bufete.

—Jo, pues yo pensaba que ibas a venir.

—Tú pásatelo súper bien, y así otro día nos podemos ir las dos solas, ¿te parece?

—¡Vale! Nos vamos mañana. ¿Vendrás a despedirte luego?

—Claro, cariño, me voy a acostar un ratito, que esta noche salgo a cenar con las chicas, y antes de ir con ellas, me paso por casa.

—Vale, se lo digo a papá para que lo sepa.

—Muy bien, mi niña. Te quiero.

—Y yo.

Sonreí mientras dejaba el teléfono, desde luego que no me había equivocado cuando le dije que le haría ilusión ir allí.

Acabé durmiendo más de tres horas, me di una ducha, escogí algo cómodo y veraniego que ponerme, y fui a ver a mi hermana, que me recibió dando saltitos y gritos de alegría.

Ya tenía la maleta hecha y eso que no saldrían hasta las doce del día siguiente hacia París.

—Me tienes que traer algo de las princesas, no te olvides —le dije, a modo de broma.

—Claro, de tu favorita, que era Rapunzel, ¿verdad?

—Sí, sí, que eso de andar trepando por los árboles como ella, me gustaba a mí de pequeña —reí.

Tras un ratito de charla con ella y Manuela, que decía que no entendía por qué la invitaba mi padre a ella a esas vacaciones, fui a despedirme de mi padre y le aseguré que a su vuelta el bufete seguiría en su sitio.

Salí para la plaza, donde había quedado con Gabi y las chicas, y me senté en una de las mesas del restaurante a esperarles.

Me llegó un mensaje de Kike que me hizo sonreír, y es que el muy loco decía que estaba contando las horas que faltaban para vernos el sábado. No tenía guasa ni nada el chiquillo.

—¿Llevas mucho esperando, preciosa? —preguntó Gabi, dándome un beso en la mejilla.

—No, no mucho.

—Ya era hora de que te viéramos, que, desde el domingo... —se quejó Lucía.

—Anda, que me vais a ver más a menudo, si ya estamos en verano.

—Vamos a pedir, que tengo hambre.

—Pati, de verdad, ¿dónde narices echas todo lo que comes? Ojalá yo no engordara tanto, madre mía.

—Lucía, te recuerdo que me tengo que machacar mucho en el gimnasio.

—Uf, qué pereza.

Nos reímos todos, pedimos y mientras nos tomábamos un vino me fueron contando cómo les había ido estos días.

Gabi tenía un evento de moda en un par de semanas al que también tenía que ir Lucía, así que nos habían invitado a Pati y a mí, a ir con ellos. Aceptamos encantadas y ya estábamos pensando en qué modelitos podríamos comprarnos.

—Se me declaró Kike el lunes, bueno, más o menos —dije, dejando mi copa en la mesa.

—¿Kike el abogado? —preguntó Gabi.

—El mismo, a no ser que conozcamos a otro Kike, y yo no me haya enterado.

—No, no, solo conocemos a ese Kike. Pero, espera, ¿cómo que se te ha declarado? —contestó Lucía.

Les conté lo que habíamos estado hablando, que quedamos para cenar y tomar una copa el sábado, y que, si de ahí salía algo bien y sino, pues que no habría problemas.

En un principio se sorprendieron, pero al final me dijeron que hacía bien en aceptar salir con alguien, que me

abriera a la posibilidad de conocer a un hombre que, tal como ellos sabían al igual que yo, era una buena persona.

Pati estaba de acuerdo conmigo en que tal vez no me había querido fijar en otros hombres mientras estaba con Miguel, pero que era hora de pasar esa página de mi vida.

Terminamos de cenar y nos fuimos directos a nuestro local de copas por excelencia, el de Raúl, mi cliente del bufete.

—Buenas noches, preciosa —me saludó Raúl, con un par de besos.

—Vengo a por esas rondas por lo del juicio —le hice un guiño, y nos echamos a reír.

—Lo que sea por mi letrada favorita. Invita la casa.

Nos quedamos allí en la barra los cuatro tomando chupitos y algún que otro mojito, y es que eran la especialidad de uno de sus camareros.

La música invitaba a bailar, y eso hicimos los cuatro, hasta que se nos unieron Jaime y Edu, los polis y compañeros de Pati, quienes ya formaban parte de nuestra pequeña pandilla.

—¡Cuidado, que acaba de llegar el cuerpo de policía! —gritó Gabi.

—No estamos de servicio —sonrió Edu.

—Mejor, así os tomáis unas copitas con nosotros.

—Estos tienen una suerte, se han cogido estos días de permiso igual que yo. Qué mal llevo eso de que seamos compañeros los tres, parecen mi sombra —protestó Pati, pero de lo más sonriente cuando Edu la agarró por la cintura para darle un buen beso.

Hubo un momento en el que creí haber visto al surfista de tarifa, pero debía ser solo mi imaginación que me jugaba una mala pasada en ese instante, porque era imposible que ese hombre estuviera en Sevilla, un miércoles de junio, a las dos de la mañana.

—¡La leche! —grité, llevándome la mano a la frente y con los ojos muy abiertos,

—¿Qué pasa? —preguntó Lucía, que estaba abrazada a Jaime.

—Que se me ha ido la noche de las manos —reí—. Me marchó, o mañana seré un zombi entrando en los

juzgados.

Me despedí de todos, quedando en que hablaríamos, y me marché a casa, necesitaba dormir y reponer fuerzas, que el jueves tenía pinta de que iba a ser de lo más movido, igual que el viernes.

juzgados.

Me despedí de todos, quedando en que hablaríamos, y me marché a casa, necesitaba dormir y reponer fuerzas, que el jueves tenía pinta de que iba a ser de lo más movido, igual que el viernes.

Capítulo 12



¿Podría ser posible que estuviera nerviosa por ir a cenar con Kike?

Pues sí, lo estaba y mucho.

Y no tendría que tener motivos, ya que le conocía desde hacía años, éramos compañeros de trabajo y nos llevábamos bien.

Además, no era más que una cena, ¿por qué estaba nerviosa?

Porque no era una cena solo de amigos y ya, que desde que me había dicho días atrás que le gustaba, me sentía como en una nube rara.

Si es que hasta en la oficina me salía una sonrisilla tonta cuando venía a verme al despacho, y no digamos si además aparecía con uno de mis cafés favoritos de la cafetería.

Para matarme, de verdad que sí.

Si hasta había ido esa mañana a comprarme un vestido nuevo, por el amor de Dios.

Azul, a la altura de las rodillas, de una tela con mucho vuelo en la falda, sin mangas y con dos tiras largas a modo de lazo en la parte del cuello que caía por la espalda.

Fue vérmelo puesto, y pensar que ese era mi vestido, sí, o sí.

Lo acompañaba con unas sandalias blancas de tacón, unos pendientes de aro en plata y una pulsera blanca que me regalo Lucía el verano pasado. Iba yo de lo más mona para mi súper cita.

Porque sí, eso era una primera cita con Kike en toda regla, así que a ver por dónde salía la cosa después de esta noche.

Justo a la hora que habíamos quedado, me llegaba un mensaje al móvil para que bajara, que ya estaba esperándome en la puerta.

Cuando salí a la calle y lo vi, apoyado en su coche, con vaqueros y una camisa blanca, me quedé sin habla.

Yo estaba acostumbrada a verlo con los trajes del trabajo, pero es que el aire informal que lucía en ese momento, me encantaba. No tenía nada que ver con el hombre serio que se ponía delante de un juez en los tribunales.

—Vaya pedazo de morena me va a acompañar esta noche. Estás preciosa, Cloe —dijo, recibéndome con un abrazo.

—Tú también estás muy guapo, no parece que tengas treinta y cinco así vestido.

—Hombre, gracias por llamarme viejo.

—No, tonto, viejo no. Es que estoy tan acostumbrada a que lleves traje, que así, con vaqueros, pues se me hace raro.

—Pero estoy muy guapo, eso has dicho, ¿verdad? —sonreí mientras asentía— No hay más preguntas, señorita.

Abrió la puerta del coche para que me sentara y cuando volvió a cerrarla, me llegó un mensaje al móvil. Lo saqué del bolso y vi que era de Pati, en el grupo que teníamos todos, diciéndome que me lo pasara bien y que dejara que todo fluyera, que pasara lo que tuviera que pasar.

No, si yo eso lo sabía, pero no me iba a quitar nadie los nervios que llevaba encima.

—¿Dónde me llevas a cenar? —pregunté, cuando vi que estábamos casi a las afueras de la ciudad.

—Al restaurante de uno de los clientes del bufete. He ido varias veces y se come muy bien.

—¿Y después?

—A tomar una copa a un local cerca de mi casa.

—No me voy a quedar a dormir contigo —reí.

—Ya lo sé, tampoco pretendía que lo hicieras.

—Ah, ¿no?

—¿Quieres quedarte? Tengo una habitación libre, no te molestaría para nada.

—No, no, mejor me llevas a mi casa.

Kike me hizo un guiño y siguió conduciendo hasta que llegamos a un restaurante precioso, todo acristalado y con una terraza al aire libre que tenía palmeras. Era como si estuvieras en medio de una playa del Caribe.

—Esto es precioso —dije, sentándome en la mesa a la que nos habían acompañado.

—Me alegro de que te guste. Espero que la comida, también sea de tu agrado.

—Seguro que sí —sonreí, cogiendo la carta que nos entregaba el camarero.

Kike pidió un vino blanco espumoso que me gustó mucho, era como de sabor afrutado y dulce, estaba buenísimo.

Miré la carta y acabamos pidiendo lo que él me recomendó, un poco de marisco y la especialidad de la casa, carne a la brasa.

—¿Qué tal llevas eso de estar a cargo del bufete? —preguntó, cogiendo una ostra.

—Bien, espero que no os parezca una jefa muy severa —reí.

—No, tranquila. ¿Sabes?, eres igual que tu padre en ese aspecto, muy responsable y organizada. Cuando él se encargaba de repartirnos los casos, siempre les echaba un vistazo antes, se hacía algunas anotaciones y más de una vez nos ha ayudado a todos.

—Bueno, creo que no está demás saber de qué tratan los casos que tenemos entre manos.

—Cierto.

Seguimos cenando mientras hablábamos de nosotros, algo que pudiéramos contar que no tuviera relación con el bufete.

Él me dijo que vivía solo desde hacía cinco años, que antes estuvo viviendo con su novia durante tres años, pero la cosa se fue a pique porque ella era periodista, viajaba mucho por trabajo, y acabó conociendo a un actor del que se enamoró y con quien ahora llevaba unos años casada.

Su madre era viuda desde hacía diez años, tenía setenta y, aunque estaba como una rosa y muy ágil, se preocupaba

mucho por ella porque ya había tenido un par de caídas en casa y le daba miedo que pudiera seguir pasándole.

—Por eso algunas veces voy a cenar con ella, y con la excusa de que se me hace tarde y no le gusta que coja el coche de noche, aunque solo vaya a tardar quince minutos en llegar a mi casa, me quedo a dormir con ella.

—Eso es muy bonito, te honra como hijo. Yo decidí independizarme no hace mucho, pero sigo yendo a casa a comer, y así estoy un rato con mi hermana pequeña.

—Yo soy hijo único y llegué por casualidad —rio.

—¿Y eso?

—Porque mis padres creían que no podían tener hijos, me presenté por sorpresa y después, no volvieron a quedarse embarazados.

—Ah, tú eres su bebé milagro, entonces.

—Debe ser. Fui el espermatozoide más listo, eso seguro.

Me eché a reír, y es que no había parado en toda la noche. Sabía el sentido del humor que tenía Kike, pero en el bufete no mostraba más que un poquito, esta noche se estaba soltando de lo lindo.

Terminamos de cenar y, tal como había dicho, me llevó a un local de copas cerca de su casa.

¶ Pedimos un par de mojitos y como las mesas estaban todas llenas, nos quedamos ahí mismo en la barra a tomarlos.

Comenzó a sonar *Deja que te bese*, de Alejandro Sanz y Marc Anthony, una canción con la que se me iban solos los pies, empezaba a bailar allá donde estuviera, y esa ocasión no iba a ser menos.

Kike me siguió, pegándose a mi espalda mientras entrelazaba nuestras manos y me abrazaba.

Comenzamos a bailar y me sorprendió ver lo bien que se movía ese hombre, era pura sensualidad.

¶ Pero cuando le escuché cantarme al oído parte del estribillo, con una voz de lo más melosa, acompañando así a
▷ Alejandro Sanz, se me erizó la piel por completo.

—*Deja que te bese, deja que lo intente, deja que te invite a que te enamores de esta noche, una noche aquí entre*
¶ *miles.*

Cerré los ojos y noté que Kike me daba un beso en el cuello. Me abrazó con fuerza y siguió meciéndonos a los dos en ese primer baile que compartíamos.

Cuando acabó la canción pedimos otra copa y seguimos así, abrazados mientras las canciones iban sonando una tras otra.

Me sentía cómoda, esa era la verdad, y es que era la primera vez, en mucho tiempo, que no quedaba solo con un hombre para tener sexo y ya.

A lo largo de la noche, Kike me dio algún que otro beso en la mejilla, incluso hubo un par de veces que me besó demasiado cerca de la comisura de los labios. Yo le miré enfadada, pero al ver ese gesto de inocencia que ponía mientras se encogía de hombros, acababa riéndome.

—¿Quieres que te lleve ya a casa? —preguntó, a eso de la una de la madrugada.

—Si tú quieres que nos quedemos un poco más... —contesté.

—No, está bien para ser la primera cita —sonrió, y entonces sí, me besó.

Fue un beso rápido, pero ahí estaba, lo había hecho al final, y no pude reaccionar de otro modo que sonriendo.

Me pasó el brazo por los hombros y así fuimos hasta su coche. No me sentía incómoda con él, de verdad que no, y los nervios del principio de la noche se habían ido hacia horas.

En el camino a casa no me soltó la mano, esa que de vez en cuando me acariciaba con el pulgar.

Cuando llegamos a mi calle y paró el coche, nos quedamos unos instantes callados, yo no sabía si invitarle a subir o no, eso dejaba claro los años que hacía que no tenía una primera cita.

—Bueno —dijimos los dos al unísono, y acabamos riéndonos.

Bajé del coche y él hizo lo mismo, me quedé apoyada en él cuando cerré la puerta, y Kike vino a abrazarme.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó, apoyando su frente en la mía.

—Sí, muy bien.

—¿Aunque me haya atrevido a besarte?

s—Ajá —sonreí, y esa vez fui yo la que le di un beso rápido.

—Entonces, ¿repetiremos otro día?

—Repetiremos —dije, volviendo a besarle—. Vete a casa, que es tarde, y a tu madre no le gusta que conduzcas de noche.

—No se lo digas, que es capaz de castigarme sin postre una semana —me hizo un guiño, me besó y nos reímos.

Kike esperó hasta que entré en el portal para marcharse, subí a mi apartamento y cuando estaba sola, me pegué a la puerta con los ojos cerrados y pensé en lo que había pasado esa noche.

Sonreí al recordar el modo en que me había besado, no fue buscando nada más allá de un beso y me pareció de lo más inocente.

Me metí en la cama y antes de cerrar los ojos me llegó un mensaje, era de él.

Kike: *Nunca he tenido tantas ganas de besar a una mujer en la primera cita, como esta noche, y no digamos querer dormir con ella, y otras cosas, además de dormir. Descansa, preciosa, nos vemos el lunes.*

¿Era normal que yo también hubiera querido que se quedara a pasar la noche en mi casa? Porque, si era sincera / conmigo misma, no me habría importado que así fuera.

—Ajá —sonreí, y esa vez fui yo la que le di un beso rápido.

—Entonces, ¿repetiremos otro día?

—Repetiremos —dije, volviendo a besarle—. Vete a casa, que es tarde, y a tu madre no le gusta que conduzcas de noche.

—No se lo digas, que es capaz de castigarme sin postre una semana —me hizo un guiño, me besó y nos reímos.

Kike esperó hasta que entré en el portal para marcharse, subí a mi apartamento y cuando estaba sola, me pegué a la puerta con los ojos cerrados y pensé en lo que había pasado esa noche.

Sonreí al recordar el modo en que me había besado, no fue buscando nada más allá de un beso y me pareció de lo más inocente.

Me metí en la cama y antes de cerrar los ojos me llegó un mensaje, era de él.

Kike: *Nunca he tenido tantas ganas de besar a una mujer en la primera cita, como esta noche, y no digamos querer dormir con ella, y otras cosas, además de dormir. Descansa, preciosa, nos vemos el lunes.*

¿Era normal que yo también hubiera querido que se quedara a pasar la noche en mi casa? Porque, si era sincera conmigo misma, no me habría importado que así fuera.

Capítulo 13



No eran ni las ocho de la mañana, cuando estaban llamando al portero.

Yo me iba a cagar en mis amigas, que solo a ellas se les ocurría hacer algo así un domingo.

Abrí sin preguntar siquiera, para qué, si en cuanto entraran en casa las iba a matar.

Fui a la cocina y me tomé un vaso de zumo con una pastilla para la cabeza, no es que hubiera bebido mucho la noche anterior, pero vamos, que me quería evitar el dolor que pudiera darme.

—¿Abres a todo el mundo que llama sin preguntar quién es?

Escupí el zumo que estaba bebiendo en cuanto escuché la voz de Kike a mi espalda. ¿Qué hacía él en mi apartamento?

—Eso es un no —dijo, y empezó a reírse.

—¿Qué haces...? —no terminé de preguntar, y es que había traído un papelón de churros y una de esas botellas de chocolate caliente.

—Traigo el desayuno para mi letrada favorita —me hizo un guiño, se acercó y, cogiéndome por las caderas, me dio un beso rápido en los labios—. Buenos días. ¿Me has echado de menos

—¿Y tú a mí?

—Yo he preguntado primero.

—Un poquito —contesté.

—Pues yo, un muchito.

—Anda ya —reí.

—Venga, vamos a desayunar, luego te das una ducha, te pones guapa, y nos vamos por ahí.

—En un segundo me has llamado apestosa y fea, eso resta puntos de los siete que tenías —arqueé la ceja.

—No, no, para nada. Pero, a ver, imagino que no querrás ir despeinada y con ese mini pijama a la calle, ¿o sí?

Me miré el pijama, uno de Snoopy que era la mar de mono, pero de pantalones muy cortos y camiseta de tirantes finos que quedaba holgadita y se me podría salir un pecho. Genial.

—Vale, tú ganas —dije, cogiendo un churro.

—Que conste, que a mí me gustas mucho así, ¿eh?

—No me seas zalamero, que no me voy a la cama con un hombre, al menos, hasta la quinta cita.

—Vale, hoy tenemos la segunda. Mañana comemos juntos, y cuenta como tercera, te invito a comer el miércoles, y el viernes cenamos, ahí ya son cinco —contestó, haciéndome un guiño mientras cogía un churro y le daba un buen bocado.

Madre mía, ¿dónde me estaba metiendo yo con ese hombre? Es que no me reconocía, de verdad. Claro que, si echaba la vista atrás unos años, tampoco pensé que pudiera ser capaz de acostarme con un completo desconocido en una casa donde se celebran fiestas para gente que quiere sexo sin compromiso.

e

Desayunamos entre miradas, sonrisas, tanteos y algún beso que me robaba el muy pillín.

Cuando acabamos, lo dejé en el salón viendo la televisión mientras me duchaba y me vestía con vaqueros y camiseta, igual que había venido él.

Una vez estuve lista, salimos de casa y me llevó a un mercado que ponían en el barrio de su madre. Allí había todo tipo de frutas, verduras, carnes y pescados, todo fresco, y se hizo con una buena compra.

—Y ahora, a mi casa, que te voy a preparar el pescado al horno del que me dio mi madre la receta.

—¿Qué dices? Pensé que solo iríamos a tomar un vino a algún sitio, y después, me dejarías en casa.

—¿Tomar un vino es una segunda cita?

—Supongo —reí, encogiéndome de hombros.

—Pero, ¿desde cuándo no sales con chicos, chiquilla?

—Unos añitos, pero no preguntes.

—Bueno, si quieres que nos sinceremos, yo hace mucho que tampoco salgo con nadie. Desde que me dejé mi novia y me independicé, solo he tenido sexo, sin compromiso, con algunas mujeres a las que no he vuelto a ver, bueno, a algunas sí.

—Vamos, que eres un ligón de discoteca.

—No he dicho que fuera allí. Te cuento algo, pero prométeme que no te vas a escandalizar.

—Mientras no me digas que te va el sexo a lo Grey, por mí, no hay problema.

—No, eso no, pero sí he hecho algún trío.

—La cosa se pone interesante —dije, cuando llegamos a su casa.

Resultó que Kike vivía en un edificio de lo más lujoso, en un ático con dos habitaciones, salón, cocina, tres cuartos de baño, un despacho, y una preciosa terraza solárium de la que me había enamorado.

—Cuéntame más —sonreí, mientras cogía una zanahoria de las que Kike estaba troceando.

—Voy a una casa donde puedes tener sexo con quien quieras, sin más ataduras.

Empecé a toser, casi me ahogo con la zanahoria, y es que eso me había dejado descolocada.

—¿Estás bien? —preguntó, frotándome la espalda cuando dejé de toser, y me dio un vaso de agua.

o

—Sí, sí. O no, no estoy segura.

—¿Qué te pasa?

—¿Conoces a Miranda?

—Espera, ¿la conoces tú?

—Es amiga y clienta de Lucía, la hija de Alberto. Y, bueno, una noche hace años la invitó a una fiesta, nos llevó a otra amiga y a mí, y...

—Vale, vale, me hago una idea. ¿Por eso no has tenido citas con ningún hombre?

—Sí. He pasado tres años quedando con un mismo hombre en esa casa.

—Joder —juraría que hasta se estaba poniendo blanco por momentos, y es que se había sentado mientras se pasaba la mano por el pelo.

—Nunca nos hemos visto por allí, ¿verdad?

—Pues, si te digo la verdad, alguna vez creía que te había visto, y ahora va a ser que sí que lo hice —rio, mirándome mientras me cogía por la cintura para atraerme hasta él—. Madre mía, qué pequeño es el mundo.

—Ni que lo digas —sonreí.

—¿Y si nos hubiéramos visto por allí alguna vez?

—¿Quieres saber si me habría muerto de vergüenza? Pues sí, lo habría hecho —reí, apoyando la frente en su hombro.

—Me habría gustado que me vieras a mí primero, y no a ese otro —susurró, besándome el cuello.

—Madre mía, la de cosas que has tenido que hacer tú allí, que había gente que hacía tríos, y cuartetos y...

—Orgías, sí —rio.

—Dios mío.

—Eh, que yo orgías no hice nunca. Tríos, sí.

—¿Con mujeres?

—Con dos mujeres, y con un hombre y una mujer.

—Ay madre, que me vas a querer compartir con otro —reí, muerta de vergüenza.

—No, a ti no te comparto por nada del mundo, preciosa.

—¿De verdad? Mira que, una vez que alguien prueba esas prácticas, suele hacerlo más veces.

—Y lo he hecho, pero contigo no lo haré. Si quieres que tengamos una relación, seremos solo tú y yo —contestó, cogiéndome ambas mejillas y mirándome a los ojos.

Tenía un brillo en los ojos que me decía todo cuanto necesitaba saber, y en ese momento era que Kike quería besarme, y yo quería que lo hiciera.

Me acerqué a él, cerré los ojos y lo besé.

No tardó en corresponderme y acabamos dejando que nuestras lenguas se unieran en ese beso también.

Tal vez estaba loca, quizás me dejaba llevar demasiado pronto, pero conocía a Kike desde hacía tanto tiempo, que sentía que esto era lo correcto.

—Será mejor que paremos, o creo que nos quedamos sin comer —dijo, con la frente pegada a la mía, tiempo después.

—Yo no tengo hambre —sonreí.

—Cloe, no me provoques, o no respondo.

—Pues no respondas —contesté, mientras llevaba la mano por debajo de su camiseta, tocándole el torso.

—Cloe...

—Kike... —sonreí, él hizo lo mismo, y acabó volviendo a besarme.

Me atrajo hacia él y no tardó en quitarme la camiseta para después besarme de nuevo.

Yo le quité la suya, se puso en pie y, cogiéndome en brazos, me llevó hasta su habitación.

Terminó de desnudarme, me recostó en la cama y se quedó mirándome unos segundos.

—Dime que no estoy soñando, por favor —dijo, colocándose entre mis piernas.

—Si tú estás soñando, yo también.

—¿Estás segura de esto, preciosa?

—Ajá, muy segura.

—Nos hemos saltado tres citas —arqueó la ceja.

—Te conozco desde hace años, hemos comido juntos varias veces, creo que eso puede valer.

—Si para ti está bien, para mí es perfecto —contestó, me besó y comenzó a acariciarme por todo el cuerpo.

Apenas unos minutos después ya estaba completamente desnudo, jugueteando con mi clítoris y lamiendo cada rincón de mi cuerpo.

Me penetró con dos dedos y me llevó a un orgasmo de lo más intenso.

Sin dejar que me recompusiera, me colocó en la cama de modo que le daba la espalda a él, me elevó las caderas y de una certera estocada, me penetró haciéndome gemir.

Me tenía abrazada por la cintura, penetrándome una y otra vez, sin descanso, mientras con la otra mano me masajeaba el pecho y pellizcaba el pezón.

Poco después ambos llegábamos al clímax, dejándonos caer sobre la cama, abrazados y exhaustos.

—¿Todo bien? —preguntó, besándome la mejilla.

—Ajá.

—¿Tienes hambre ahora?

—No, estoy agotada.

—¿Dormimos un rato?

—Sí, mejor —sonreí, dejé que me abrazara, y poco después estaba dormida.

—Sí, mejor —sonreí, dejé que me abrazara, y poco después estaba dormida.

Capítulo 14



Me desperté notando que me acariciaban la espalda, había perdido la noción del tiempo y, además, no sabía dónde estaba.

—Tenemos que levantarnos, dormilona, que no hemos comido nada en todo el día —susurró Kike, dejándome un beso en la mejilla.

—¿Qué hora es? —pregunté, girándome para mirarlo.

—Casi las ocho.

—¿Qué? Madre mía, pero, ¿cuánto hemos dormido?

—Todo el día —sonrió antes de besarme.

—Al final no me has hecho la famosa receta de pescado de tu madre.

—Bueno, la puedo hacer para cenar —me hizo un guiño, volvió a besarme y se levantó.

Cuando lo vi desnudo de pie, delante de la cama, sentí que me sonrojaba, pero bueno, tenía que quitarme esa vergüenza como fuera, de verdad que sí.

Se puso un bóxer y salió de la habitación, yo me tapé con la sábana y grité sin que me oyera. ¿De verdad me había acostado con Kike, el abogado a quien mi padre tenía como si de un hijo se tratara?

Sí, mi padre lo quería mucho porque había sido su pupilo desde que entró en el bufete a trabajar con él, hacía ya bastante tira de años, y a mí me conocía de toda la vida, vamos, que me había visto pasar de niña a mujer, como cantara el señor Julio Iglesias.

Madre mía, mi padre se iba a quedar loco, para una vez que me deja sola nueve días a cargo del bufete, voy yo y

me lío con su abogado favorito. Había que joderse.

Me puse la braguita, la camiseta de Kike, que me quedaba como si fuera un vestido, y salí para ir a la cocina con él.

—¿Te ayudo? —pregunté, dándole un beso en la espalda.

—No, yo me encargo. Tu teléfono ha sonado varias veces —dijo, señalando mi bolso.

Lo saqué y vi que tenía varios mensajes de Gabi y las chicas en el grupo.

Gabi: *Cloe, ¿estás viva, o tenemos que denunciar al abogado por asesinato?*

Lucía: *Mira que como no des señales de vida, me presento mañana con Pati en el bufete y se la liamos al morenc ese.*

Pati: *No, si, ya sabía yo que no tendría una vuelta tranquila. Cloe, por tu padre, da señales de vida, que me veo mañana con todo el Cuerpo Nacional de Policía entrando en tromba a por Kike.*

Gabi: *Esta ha estado todo el fin de semana echando polvos mágicos, y se ha olvidado que existimos, os lo digo yo.*

Cloe: *Mira que sois chismosos los tres, madre mía de mi vida. Estoy viva, no me ha descuartizado ni nada por el estilo. Anoche cenamos, bebimos, bailamos y me dejó en casa. Esta mañana se presentó con churros en mi casa, me invitó a comer en su apartamento y aquí seguimos, vamos a cenar, y me lleva a casa. ¿Contentos con el parte*

Gabi-Lucía-Pati: *¿Y cuántos polvos han caído?*

Cloe: *En serio, cuando hacéis eso de mandar los tres el mismo mensaje, dais miedo.*

Lucía: *No te desvíes de la pregunta y contesta, petarda.*

Cloe: *Ninguno.*

Gabi: *No mientas, que le digo al Padre Marcos que te ponga una penitencia de veinte Padres Nuestros.*

Cloe: *¿Serás brujo? Vale, uno, pero buenísimo, tanto, que nos hemos quedado dormidos todo el día, no hemos comido y vamos a cenar directamente, ¿contentos?*

Pati: *Joder con el abogado, sí que te tenía ganas, sí.*

Cloe: *Pues cuando os cuente de lo que me he enterado hoy, os quedáis muertos.*

Lucía: *No se te ocurra irte sin contarnos el chisme, hija de la gran China.*

Cloe: *Sigo con él, voy a ayudarle a preparar la cena, ya mañana, o pasado, os cuento, ¿vale? Venga, besitos.*

Dejé el móvil de nuevo en el bolso y siguió sonando, pero no le hice caso. Me reí y fui a ayudar a Kike, que me recibió con un abrazo y un beso en la frente.

—Huy, eso es un beso muy de padre, ¿eh? —reí.

—Es una muestra de cariño, mujer —sonrió.

—Ya, lo sé. Venga, dime, ¿qué hago?

—Pela unas patatas pequeñas que hay en ese armario, para poder asarlas enteras.

—Oído cocina —contesté, y fui hacia dónde me había dicho.

Mientras preparábamos la cena estuvimos hablando del primo de Alberto, ese nuevo abogado que íbamos a tener en el bufete.

?
Ninguno le conocíamos, pero Alberto les había contado a Kike y los otros abogados que era un hombre sencillo, formal y muy bueno como abogado. Se encargaba sobre todo de casos en los que había víctimas por asesinato, fuera cual fuera el modo en que habían muerto.

—Bueno, nosotros no es que hayamos tenido muchos casos de esos, ¿verdad?

—Hace algunos años sí que tuvimos tres casos, creo que fueron, y la verdad es que son bastante duros. Desconfía de todo el mundo, y a veces es quien menos te esperas.

—Como en las pelis, vaya.

—Sí —sonrió—, algo así.

Mientras él descorchaba una botella de vino blanco, yo fui a poner la mesa. En cuando el pescado estuvo listo, se me hizo la boca agua cuando me llegó el olor.

—Madre mía, creo que he engordado solo por lo bien que huele —dije, sentándome a la mesa.

—Pues espera a probarlo, seguro que quieres que te vuelva a invitar a cenar otro día.

—Eso seguro, no tengo la menor duda. Aunque, si es a comer, mucho mejor, que así no tienes que llevarme después a casa.

—¿Quién te ha dicho que vaya a llevarte a casa después de cenar? Es más, esta noche, te quedas conmigo.

—¿Qué dices? No puedo quedarme, no tengo ropa para ponerme mañana.

—Bueno, te llevo temprano a casa para que te dé tiempo a ducharte y vestiste de abogada —me hizo un guiño, y llevo un pedazo de pescado a mi boca.

Cuando lo probé, cerré los ojos y creo que hasta acabé gimiendo.

—Por favor, está buenísimo, y mira que a mí el pescado no es que me guste mucho.

—Pues me alegro de que este sí te guste.

Cenamos, después nos sentamos en el sofá a ver una película, pero entre besos y caricias apenas nos enteramos de nada.

Acabamos de nuevo en la cama, entregándonos al deseo que ambos sentíamos en ese momento, dejándonos llevar por todo aquello que nos hacíamos sentir el uno al otro.

Kike era tierno y fogoso a partes iguales, me colmaba de besos y caricias, se preocupaba en todo momento porque estuviera bien.

3 Me hacía disfrutar, sabiendo en todo momento dónde y cómo tocar, qué hacer y cómo hacerlo.

Aquello podía ser una locura, tal vez acabara mal y esa buena relación de amigos y compañeros de trabajo que teníamos se fuera al traste, pero hasta que llegara ese momento, iba a disfrutar de lo que me ofrecía, de su compañía y esos momentos de charlas, risas y complicidad que tanto me gustaba compartir con él.

Que fuera lo que tuviera que ser, y si nos iba mal, pues ya cruzaríamos ese puente.

Un pasito a la vez, despacio y sin prisa, que la vida estaba para vivirla.

Capítulo 15



Los días iban pasando y Kike no dejaba pasar la oportunidad de sorprenderme con un café de buenos días que dejaba en mi despacho.

Después de ese primer fin de semana, y que me quedara el domingo a dormir con él, me pidió que volviera a hacerlo, pero estábamos a jueves y aún no había ido a pasar la noche con él.

Sí que habíamos comido juntos, incluso fuimos a cenar, pero, por muy loca que estuviera y que me dejara llevar, me ponía esos límites que no quería traspasar.

Era jueves, y la tarde anterior se marchó para un juicio que tenía el lunes siguiente en Valencia con uno de nuestros clientes más importantes, así que pasaría allí el fin de semana.

Podría haberse ido el sábado, o el domingo, pero tenía que hablar unas cosas con ellos y concretar bien las declaraciones de todos los testigos, por lo que yo había planeado una noche de viernes con mis amigos.

—Buenos días, Cloe. Alberto no vendrá hoy, tiene toda la mañana de juicios, y su primo está aquí —dijo Sofía, cuando me vio entrar.

—¿Ya está aquí? Creí que vendría el próximo lunes y lo recibiría mi padre.

—Pues se ha adelantado —se encogió de hombros.

—Vale, pues... voy a hablar con él.

—Está en tu despacho, le dije que te esperara ahí.

—Bien, bien. Que no nos moleste nadie, ¿de acuerdo?

—Claro.

Genial, el nuevo abogado del bufete se había presentado por sorpresa, sin que estuviera mi padre, y el día que Alberto estaba más liado que todas las cosas.

Abrí la puerta de mi despacho y vi un hombre alto, de pelo castaño, mirando por la ventana, con las manos en los bolsillos del pantalón. Desde luego, el tío desprendía un aura de poder que era impresionante.

—Buenos días, soy Cloe Hidalgo, tú debes ser el primo de Alberto, el socio de mi padre —dije, dejando las cosas en la mesa.

Cuando se dio la vuelta, y nuestras miradas se cruzaron, vi que se había sorprendido tanto como yo, o puede que más.

¿Qué posibilidades existían de que el surfero del demonio fuera el primo de Alberto, y mi nuevo compañero de trabajo? Joder, lo mío era mala suerte.

—¿Así que tú eres Cloe, hija de Fernando, la abogada que está teniendo tantos casos ganados en el bufete? —preguntó, con una media sonrisa y sin dejar de mirarme.

—Si eso es lo que te ha dicho Alberto, está en lo cierto. ¿Tú eres su primo el que dejó Madrid? Porque te vi en Tarifa hace unos días.

—Sí, allí tenía que resolver algunos asuntos, pero ya está todo arreglado. Terminé de instalarme hace un par de días en un apartamento aquí en la ciudad, por eso decidí venir hoy.

—Mal día, mi padre que era quien iba a recibirte, está de vacaciones, y tu primo, en los juzgados.

—Bueno, si no tienes que salir corriendo por una urgencia de tus mellizas, puedes ponerme al día —arqueó la ceja, sin dejar de sonreír.

—Si te han informado de todo, sabes de sobra que esas niñas no eran mis hijas, y mucho menos mellizas, sino mi hermana pequeña, y una amiga suya.

—Sabía que había algo raro aquel día. Tu novio, si es que lo es, no parecía muy cariñoso contigo.

—Es que no es mi novio, sino mi mejor amigo, y créeme, tú le gustaste más de lo que pueda gustarle yo.

—Algo noté —se encogió de hombros.

—Mira qué bien, tienes buen ojo para cazar las mentiras.

—Soy abogado, te lo recuerdo, por si se te había olvidado.

—Vale, mira, para que nos llevemos bien...

—No tenemos por qué llevarnos mal —contestó, no dejándome acabar la frase.

—Como decía, para que nos llevemos bien, vamos a intentar no tirarnos pullitas de “soy abogado, por si se te había olvidado” —sí, lo entrecomillé, porque el surfero ya me estaba tocando la moral, y no hacía falta mucho para que a mí me saliera la mala leche por todo el cuerpo.

—Ok, entendido, nada de pullitas. Una cosa, ¿cuántos años tienes?

—¿Eso importa para saber que soy una profesional en lo mío?

—No, pero tengo curiosidad.

—Veintiocho, ¿satisfecha su curiosidad, señor...?

—Soler, David Soler. Y sí, satisfecha —sonrió de nuevo, y yo acabé volteando los ojos.

—Ven, te llevaré a tu despacho y te presentaré al resto de abogados.

—Genial. Tú primero, por favor —contestó, dándome paso cuando estábamos en la puerta.

—A Sofía ya la conoces, es nuestra secretaria —dije, llegando a su mesa.

—Sí, una mujer encantadora.

—Cloe, te ha llamado tu padre al móvil, pero dice que lo tienes apagado.

—Vaya, me debí quedar sin batería en el camino. Luego lo llamo. ¿Puedes avisar al resto y que vayan a la sala de reuniones?

—Claro, ahora mismo —contestó, descolgando el teléfono para empezar a llamar a los chicos.

—Gracias, bonita.

David y yo seguimos por el pasillo, le mostré dónde estaba la sala de descanso, en la que nos preparábamos el café y demás, y continuamos hasta su despacho, ese que habíamos habilitado junto al de Alberto, que, para desgracia mía, estaba también al lado del mío.

—Y esta es la sala de juntas —comenté, abriendo la puerta, donde ya estaba el resto de abogados sentados y revisando sus carpetas—. Buenos días, chicos. Él es David Soler, primo de Alberto, y nuestro nuevo fichaje, como bien sabéis.

—Me siento ahora mismo como un futbolista. Lástima que no me hayan pagado los mismos millones que a ellos por estar aquí —dijo, haciendo reír a todos.

—Pues podrías haberte ido a cualquier otro bufete, me consta que eres muy bueno en lo que haces, así que, si no te encuentras cómodo aquí, ya sabes dónde está la puerta —contesté, de lo más enfadada—. Falta Kike, que está fuera por un juicio. Ellos son Diana, Carmela, Felipe, Manuel, Mireia, Carlos y Susana —señalé uno a uno a los miembros del bufete, que sonreían o le saludaban con la mano—. Podrás contar con todos para lo que necesites, te ayudarán en tus casos sin problema.

—Bien, es bueno saber que contamos con gente dispuesta a ayudar. En el otro bufete había mucho trepa, no hacían más que pisarse unos a otros.

—¿Por eso lo dejaste? —preguntó Carlos.

—Digamos que eso ayudó, pero la verdad es que me he divorciado y quise dejar todo atrás.

Me quedé mirándolo con un poco de sorpresa, parecía joven como para estar divorciado, aunque tenía alguna que otra canita perdida en el cabello. ¿Cuántos años podría tener? ¿Los mismos que Kike, tal vez?

Uf, y a mí, ¿eso qué narices me importaba?

Nos despedimos de los chicos y volvíamos a nuestros despachos cuando Sofía me dijo que tenía una llamada urgente de Gerardo, el mejor amigo de mi padre y Alberto.

—Pásamela, por favor.

Entré en mi despacho y, cuando me senté, vi que David me había seguido. Volteé los ojos mientras cogía el teléfono y saludé a Gerardo.

—Buenos días, bonita. ¿Está por ahí tu padre? Tengo un problema y es de los gordos.

é—Pues está de vacaciones, se fue unos días con Ana.

—Y ¿Alberto?

—Hoy está de juicios. ¿Qué pasa? Te noto muy nervioso.

o

—Ay, niña, que han metido a mi hijo en un lío, y necesitamos de vuestros servicios.

—¿A cuál de los dos? —pregunté, porque tanto el mayor como el pequeño, eran buenos chicos y nunca se habían metido en problemas.

—Al Rubén, el pequeño.

o—Vaya, dime, ¿qué es lo que ha ocurrido?

—¿Podemos vernos en una hora en el bufete? No es de buen grado hablar de esto por teléfono.

—Claro, le diré a Sofía que te haga pasar en cuanto llegues.

—Muchas gracias, Cloe, muchas gracias.

Colgué y me quedé un poco descolocada, ¿qué sería tan grave para que ese hombre estuviera más nervioso que nunca?

—¿Qué ocurre? Te ha cambiado la cara —dijo David.

—¿Aún sigues aquí? Por Dios, que ya sabes cuál es tu despacho.

—Sí, pero, tengo una curiosidad más.

—A ver, sorpréndeme con tus curiosidades.

—¿Qué haces esta noche? Me gustaría que cenáramos juntos y me pusieras un poquito al día de las cosas del bufete.

—Mira, para eso está la jornada laboral, que es de ocho a tres, por si tu primo no te lo había dicho. Y, por las tardes, aunque no trabajemos en la oficina, siempre estamos operativos para nuestros clientes, al menos, hasta las

siete de la tarde. Aunque a veces llaman a horas un poquito intempestivas, pero por lo que pagan, estamos más que disponibles para ellos.

—Vale, pero no me has dicho si cenas conmigo esta noche.

—Es que he dado por hecho que, con mi respuesta, suponías que iba a ser un no.

—Pues no acepto un no, así que, dime hora y lugar para vernos.

—A ver, David, vamos a dejar clara una cosa, ¿de acuerdo? Vamos a ser como mi padre y tu primo, socios de bufete, porque la hija de Alberto, que es mi mejor amiga también, no quiere saber nada de juzgados, abogados ni nada por el estilo, así que, como deduzco que no tiene más familia que tú, serás su heredero, como yo de mi padre por lo que te pido que llevemos esto tan solo al plano laboral. Nunca me lío con compañeros —dije, mirando mi agenda para anotar la visita de Gerardo.

—No es lo que he oído cuando llegué, al parecer, tienes algo con ese tal Kike, que no está ahora mismo en la ciudad.

—No es algo que te incumba.

—Pero no mientas, porque sí que tienes algo con un compañero de trabajo. Además, lo nuestro será solo una cena de trabajo.

—Mira, dentro de una hora vendrá uno de nuestros clientes, es el mejor amigo de tu primo y mi padre, y su hijo pequeño está en algún lío que no me ha contado aún, ¿quieres estar presente cuando me cuente todo? Puedo asignarte ese caso a ti, ya que el resto tiene un par de casos o tres cada uno ahora mismo.

—Vale, me parece bien.

—Genial, pues ves a familiarizarte con tu despacho, el ordenador, la Tablet y toda la tecnología, no sea que vaya a ser demasiado moderna para ti —dije, sin mirarle.

—¿Me estás llamando viejo? Porque solo tengo doce años más que tú.

—Me alegro de que no seas Matusalén, ahora, vete.

—Me ha tocado una socia dura de pelar, todo un reto —lo miré arqueando la ceja y él me hizo un guiño—. Me gusta.

Y se fue así, como si nada, como si no acabara de decir que yo era un reto para él.

Pero, ¿en qué sentido era un reto? ¿Por qué había dicho eso?

Y, lo más importante para mí, ¿por qué había estado nerviosa durante todo el tiempo que le tenía cerca?

Dios mío, no me podía creer que iba a trabajar, codo con codo, con el surfero del demonio que me había hecho sentir algo que nunca antes había experimentado.

Igual que ahora, que ni siquiera podía creerme que hubiera sido capaz de hablar y sacar ese genio que mi padre decía que tenía muy escondido.

,

¿Por qué la vida me volvía a poner de nuevo a este hombre en el camino?

Le mandé un mensaje a Gabi, solo a él, no en el grupo, y cuando le dije quién era el primo de Alberto y, por ende, familia de Lucía, se quedó de piedra. Normal, si es que ni yo misma me lo podía creer.

¿Sería esto una casualidad del destino, o una mala jugarreta que me ponía como un nuevo reto?

Porque sí, David iba a ser un gran reto para mí también, eso de trabajar y no ponerme nerviosa delante de él, lo iba a tener muy, pero que muy difícil.

Y se fue así, como si nada, como si no acabara de decir que yo era un reto para él.

Pero, ¿en qué sentido era un reto? ¿Por qué había dicho eso?

Y, lo más importante para mí, ¿por qué había estado nerviosa durante todo el tiempo que le tenía cerca?

Dios mío, no me podía creer que iba a trabajar, codo con codo, con el surfero del demonio que me había hecho sentir algo que nunca antes había experimentado.

Igual que ahora, que ni siquiera podía creerme que hubiera sido capaz de hablar y sacar ese genio que mi padre decía que tenía muy escondido.

¿Por qué la vida me volvía a poner de nuevo a este hombre en el camino?

Le mandé un mensaje a Gabi, solo a él, no en el grupo, y cuando le dije quién era el primo de Alberto y, por ende, familia de Lucía, se quedó de piedra. Normal, si es que ni yo misma me lo podía creer.

¿Sería esto una casualidad del destino, o una mala jugarreta que me ponía como un nuevo reto?

Porque sí, David iba a ser un gran reto para mí también, eso de trabajar y no ponerme nerviosa delante de él, lo iba a tener muy, pero que muy difícil.

Capítulo 16



Justo una hora después de hablar con Gerardo, tal como me había dicho, estaba entrando en mi despacho.

—Buenos días, Cloe. Gracias por atenderme.

—No hay nada que agradecer, por favor, siéntate. Voy a avisar a un compañero, enseguida vuelvo.

Él asintió, salió y tras dar dos golpecitos en la puerta del despacho de David, abrí y le vi revisando algo en el ordenador.

—David, Gerardo ya está aquí. Vamos.

—Claro —cogió su móvil, se levantó y vino hasta a mí— ¿Está muy nervioso?

—Demasiado, y nunca le había visto así.

—Vale, vamos a tratar el asunto con calma, si es un problema que tiene su hijo, nos debe ver tranquilos a nosotros, ¿de acuerdo? —me dijo, y yo asentí.

Podría haberme enfadado, pero siendo sincera conmigo misma, ese hombre tenía cuarenta años, quince menos que mi padre y trece menos que su primo, por lo que llevaba una más que dilatada carrera como abogado, y yo, por muy buena que fuera en lo que hacía, no dejaba de ser una principiante a su lado.

—Gerardo, este es David Soler, primo de Alberto.

—Vaya, me alegra conocer a otro Soler —contestó sonriente.

—El placer es mutuo, Gerardo. Cloe me ha dicho que eres buen amigo de su padre y mi primo.

—Así es, estudiamos en el mismo instituto, solo que ellos se decantaron por la carrera de Derecho, mientras yo hice la de Medicina.

—Siempre es bueno contar con un médico entre las amistades.

—Eso es cierto, muchacho.

—Me has dicho por teléfono que Rubén está un lío, ¿qué le ha pasado?

—Llegó anoche de un viaje con algunos compañeros de la universidad, en el aeropuerto les paró la policía, por lo visto los perros empezaron a ponerse nerviosos y, con la que él llevaba, fue peor. Le preguntaron si era suya, dijo que sí, se la registraron y encontraron droga en un doble fondo.

—Dios mío, Gerardo.

—No me avisó hasta poco antes de que te llamara, se lo llevaron detenido a pesar de que les dijo que no era su maleta, ni su equipaje. Buscaron una maleta igual, ya que una de sus compañeras creyó haber visto a alguien cerca de ellos mientras compraban café, y no lo encontraron. Ni siquiera sé si estarán buscando en las cámaras de seguridad.

—¿Seguro que no es suya? —preguntó David, y yo lo miré de lo más furiosa.

—No, no lo es. Mi hijo no se involucraría en algo así jamás. Estamos convencidos de que le dieron el cambiaso cuando vieron a la policía, o es que querían meter a mi hijo en problemas. Estoy desesperado, Cloe, de verdad que sí.

—Tranquilo, ahora mismo nos hacemos cargo del caso. Te saco el papel de siempre y vamos a ver a Rubén. Tenemos que tranquilizarle a él también —dije, frotándole la espalda.

² David asintió y, mientras yo preparaba todo el documento, él hablaba con Gerardo, sacando la máxima información que pudiera en relación a lo que le había pasado a su hijo.

No íbamos a perder tiempo, puesto que yo conocía bien a Rubén, era estudiante de medicina, tenía veintidós años y era un buen chico, igual que su hermano mayor, Gonzalo, que tenía mi edad y trabajaba en la clínica con Gerardo.

Sabía que había algo en ese asunto, como bien había dicho él, seguramente se tratase de un cambiaso de última hora, cualquiera que pasara por allí con una maleta igual que la suya y que no quisiera que le pillaran en el control aleatorio, o que hubiera visto a los policías con los perros y temiera que le descubrieran.

Podrían ser infinidad de motivos los que llevaran a una persona a hacer algo así, y la mala suerte quiso que le tocara a un buen chico como era Rubén.

Gerardo nos firmó el papel que nos daba autoridad para actuar en nombre de su hijo y velar por sus intereses como nuestro defendido, le dijimos que estaríamos en contacto y que iríamos de inmediato a ver a Rubén puesto que donde lo tenían detenido estaban a la espera de recibir a sus abogados.

Recogimos nuestras cosas y salimos del bufete camino del aparcamiento donde yo tenía mi coche.

—Mejor vamos en el mío, soy más de conducir, no me gusta ir de copiloto —dijo David, una vez estábamos juntos al suyo.

—Como quieras, pero no te conoces la ciudad todavía.

—Claro que me la conozco, me crié aquí —sonrió.

a—Ah, y te fuiste a Madrid por trabajo, ¿o fue por amor?

—Lo segundo, el trabajo vino después.

—Mira qué bien. Bueno, pues ya sabes dónde está Rubén, así que, adelante.

Mientras sonreía y negaba, David puso la dirección en el GPS para que nos llevara por las calles donde
b encontraríamos menos tráfico a esas horas y una vez llegamos al destino, nos identificamos y nos llevaron hasta una sala en la que pudimos hablar con Rubén.

El pobre estaba nervioso, se notaba que había llorado y nos contó todo.

—Cuando me preguntaron si era mi maleta dije que sí, porque creía que lo era, pero al abrirla, vi que no era mi ropa, incluso mis amigos confirmaron eso, pero no nos creían. No sé quién pudo hacer el cambio, pero os juro que esa no era mi maleta.

—Vale, tranquilo, vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para que te suelten. Por el momento piden una fianza para dejarte libre, lo hemos hablado con tu padre y vamos a depositar nosotros el dinero ahora mismo para llevarte a casa, eso sí, te van a tener muy vigilado.

—Me da igual, no pienso salir ni por el pan, te lo juro Cloe. Esto va a manchar mi expediente, no conseguiré
l acabar la carrera.

—Ey, que estás hablado con la mejor abogada de Sevilla, chiquillo.

—Y con el mejor de Madrid —dijo David, haciéndonos reír a los dos.

o

—Tengo miedo, esa es la verdad, porque no entiendo cómo no me di cuenta de que me cambiaban la maleta, de verdad que no.

—No pasa nada, y ámate que tu padre te tiene que ver fuerte, ¿de acuerdo?

) —Gracias Cloe, de verdad, muchas gracias.

Fuimos a hablar con los policías al cargo del caso, les dijimos lo de la fianza, hice una transferencia que llegara en el momento, y pudimos llevarnos a Rubén a casa.

De ahí David y yo regresamos al juzgado, había que hablar con el juez que llevaba el caso y pedir una orden para poder tener acceso a las cámaras de seguridad del aeropuerto.

—Bueno, pues ahora a esperar —dije, una vez que colgué.

—Te invito a comer mientras —David me hizo un guiño y no tuve más remedio que aceptar.

En el fondo, quería llevarme bien con ese hombre, no tenía más opción ya que íbamos a ser compañeros de trabajo.

o

—Ey, que estás hablado con la mejor abogada de Sevilla, chiquillo.

—Y con el mejor de Madrid —dijo David, haciéndonos reír a los dos.

—Tengo miedo, esa es la verdad, porque no entiendo cómo no me di cuenta de que me cambiaban la maleta, de verdad que no.

—No pasa nada, y ámate que tu padre te tiene que ver fuerte, ¿de acuerdo?

—Gracias Cloe, de verdad, muchas gracias.

Fuimos a hablar con los policías al cargo del caso, les dijimos lo de la fianza, hice una transferencia que llegara en el momento, y pudimos llevarnos a Rubén a casa.

De ahí David y yo regresamos al juzgado, había que hablar con el juez que llevaba el caso y pedir una orden para poder tener acceso a las cámaras de seguridad del aeropuerto.

—Bueno, pues ahora a esperar —dije, una vez que colgué.

—Te invito a comer mientras —David me hizo un guiño y no tuve más remedio que aceptar.

En el fondo, quería llevarme bien con ese hombre, no tenía más opción ya que íbamos a ser compañeros de trabajo.

Capítulo 17



Acabamos yendo al restaurante del final de la calle, allí nos conocían bien y, aunque no tuviéramos reserva, nos daban mesa sin problemas.

David pidió una botella de vino y, para cuando nos dejaron la carta, yo ya sabía lo que iba a pedir, siempre me decantaba por lo mismo.

—Veo platos que me llaman mucho la atención —dijo, echando un vistazo a la carta.

—Si admites una sugerencia —contesté—, pide raviolis al pesto, están buenísimos.

—Acepto, viniendo de ti, sé que me gustarán.

Pedimos una ensalada para compartir, además de unos entrantes y la pasta. Recordé entonces que no había llamado a mi padre en todo el día, y me disculpé para hacerlo en ese momento.

—Hola, cariño, ¿qué tal el día?

—Hola, papá. Siento llamar a estas horas, pero ha sido una mañana de lo más ajetreada.

Le comenté que David ya se había incorporado, que le había presentado al resto de abogados y lo del caso del hijo de Gerardo, se quedó de lo más impactado, ya que conocía muy bien a ambos hijos, y él sabía que ninguno haría nada que pudiera arruinar no solo sus futuros, sino también la reputación de su padre.

Me recordó que regresaban al día siguiente por la tarde y que mi hermana estaba deseando verme, así que me pidió que fuera a esperarlos en casa, le dije que así lo haría y volví a la mesa.

—Te he servido más vino —comentó David cuando me senté.

—Mientras no me hayas puesto algo para drogarme, todo está bien.

—Desde luego, no sé qué concepto tienes de mí.

—Hombre, no me asegura nadie que no hayas venido al bufete de tu primo, para quitarme autoridad y hacerte con el puesto de socio antes de tiempo.

—No me conoces, no puedes saber si es eso lo que intento —contestó enfadado.

—Un consejo, David —dije, cogiendo mi copa y terminándomela casi de un trago—. Aprende a saber cuándo estoy de broma, o capaz de que te dé un infarto, y eres muy joven para eso.

—Vale, ya veo que tienes un humor de lo más peculiar.

—No sabes tú cuánto...

Comimos mientras me hablaba de su ex, por lo visto se había cansado de estar casada con un abogado y lo dejó por un político de brillante carrera, vamos, que esa quería más dinero para sus caprichitos.

—¿Tenéis hijos? —pregunté, mientras cogía un poco de ensalada.

—No, esa es mi pena. Ella no quería tenerlos, fue modelo durante años y decía que quería seguir manteniendo su esbelta figura.

—Hay que ver, la tontería que puede llegar a tener una persona. A ver, que yo respeto a quien no quiera tener hijos, de verdad, pero esa respuesta, perdona que te diga, pero me parece un poquito egoísta por su parte.

—Mi madre decía lo mismo.

—Me llevaría bien con ella, estoy segura —contesté.

,

—Cuando quieras te la presento.

—Vale, pero le dices que soy tu nueva novia, a ver qué opina de que su hijo del alma esté con una jovencita de mi edad.

—Pues estará encantada, porque no soportaba a mi ex.

—Yo tampoco, y eso que no la conozco —me encogí de hombros y David se echó a reír.

La verdad es que después de toda una mañana tratando al surfero del demonio, hasta me estaba empezando a caer bien, cosa que agradecía porque no me gustaría que mi padre y Alberto, vieran que nos llevábamos mal.

i —¿Qué hacías en Tarifa, aparte de surfear? —pregunté.

—Solucionar la venta de nuestra casa de verano. La compré al año de casarnos, a modo de regalo para ella, pero cuando se acaba el amor, no quieres tener ni un solo recuerdo de la otra persona.

—Vaya. ¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Nos casamos a los veinticinco, y nos separamos el año pasado. El divorcio llegó oficialmente hace un par de meses.

—Catorce años —dije, cogiendo mi copa.

—Sí. Ella era mi novia desde el instituto, la pareja perfecta, decían nuestros conocidos, y así nos veía yo también. Hasta que, de la noche a la mañana, un domingo me dijo que se iba, que me dejaba porque ya no sentía nada. Catorce años casados y otros ocho de novios. Veintidós años que se fueron a la basura.

—Como canta Pablo Alborán, ¿quién diría que en un día mueren años?

—Sí —sonrió, mirando por la ventana.

—¿Aún la quieres?

—Durante los primeros meses —contestó—, incluso pensé que volveríamos, pero cuando me llegaron los papeles del divorcio, fui consciente de que no había vuelta atrás. En ese momento comencé a hacerme a la idea de que lo nuestro había acabado definitivamente.

—Pues, lo siento.

—Tranquila, está todo controlado.

i

—¿Alguna novia desde entonces?

—Solo compañeras de cama, y no siempre.

—Ah, pues... —Saqué la tarjeta de Miranda, esa que a saber por qué aún seguía llevando yo en el monedero, que parecía que fuera su relaciones públicas, y se la entregué— Si alguna vez quieres sexo sin compromiso y no

quieres buscar en una discoteca, en esta dirección puedes encontrarlo. Miranda es amiga mía, y de Lucía, pero no se lo digas a nuestros padres, ¿eh?

—Vaya, así que mi primita pequeña y su mejor amiga, van a este lugar a tener sexo, interesante.

—Yo no he dicho que vayamos —me hice la tonta.

—Pero yo sé que vais. Y no lo niegues.

—Ni una palabra a tu primo o a mi padre, o te hago la vida imposible en el bufete —le señalé con el dedo.

—Vale, con una condición.

—A ver, a mí chantajes, los justos, guaperas.

—Ven conmigo el sábado por la noche, no creo que haya nadie mejor que tú para enseñarme el lugar y presentarme a la dueña.

—No soy la relaciones públicas, ¿sabes?

—Pero lo conoces bien, a Miranda también, y me sentiré un poquito más tranquilo, si me acompañas.

Me lo pensé unos instantes, hacía tiempo que no iba por allí, desde la última noche que pasé con Miguel, por lo que ir suponía remover tantas cosas que...

—Bueno, vale, voy para que lo conozcas y nada más.

—Ya veremos...

—¿Qué significa eso, si puede saberse?

—Nada, solo, que ya veremos.

La sonrisilla que tenía no me daba buena espina, algo estaba tramando ese hombre, de eso no me quedaba duda.

Terminamos de comer y tomar café, y fue cuando recibimos la llamada del juez diciendo que nos llegaría a la mañana siguiente la notificación para poder pedir permiso en el aeropuerto para visualizar las grabaciones.

Nos despedimos y me marché a casa, había sido un día de lo más intenso, y quería descansar.

Nos despedimos y me marché a casa, había sido un día de lo más intenso, y quería descansar.

Capítulo 18



Tal como había dicho el juez, esa mañana de viernes teníamos la orden en el bufete para poder hablar con el personal de seguridad del aeropuerto.

Acababa de llegar y no perdí el tiempo, en cuanto Sofía me lo entregó, salí de nuevo y fui flechada para allá.

No habían pasado ni cinco minutos, cuando David me estaba llamando.

—Dime.

—¿Se puede saber por qué no me has dicho que ibas al aeropuerto?

—¿Y yo qué sabía dónde estabas?

—En mi despacho, esperándote.

—Ni que fuera adivina, no me jodas. Te dejo, que voy conduciendo.

—Nos vemos allí.

Colgó sin darme opción a decirle más, pero sabía que estaba un poquito enfadado. A ver, tenía que entender que llevaba mucho tiempo trabajando sola, era la primera vez que compartía un caso con otro abogado, así que era normal que me hubiera olvidado de él.

Cuando llegué al aeropuerto, recibí un mensaje de David diciéndome que le esperara en la entrada, que no se me ocurriera ir sola a ver a los de seguridad.

Mal empezaba, si ya me quería dar órdenes como si él fuera mi jefe. Era mayor que yo, sí, pero que no se pasara ni un poquito.

No iba a esperarlo, eso lo tenía más que claro, así que entré y fui directa a buscar a alguien de seguridad que me llevara a la zona donde tenían el centro de operaciones.

Cuando al fin lo encontré, me llevó hasta la sala donde, tras identificarme como abogada y enseñarle la orden que tenía del juez, me metieron en un pequeño cuarto para que pudiera ver las grabaciones.

Encontré el momento justo en el que Rubén había dicho que pararon a comprar café y ahí estaba la maleta que dejó descuidada apenas un par de minutos, suficientes para que alguien que se cubría, sabiendo que había cámaras en ese punto, con una maleta igual a la suya, hiciera el cambio.

Fue apenas un instante, pero cuando se giró se le podía ver la cara.

Paré la imagen y miré bien, pero yo no iba a poder reconocer a nadie, así que, después de ver por dónde había venido y el recorrido que había hecho esa persona antes y después de hacer el cambio, pedí que me hicieran una copia de todas las grabaciones de las cámaras que lo habían ido captando, y salí de allí con mis copias y una amplia sonrisa. Esa que se me borró de la cara en cuanto vi a David esperándome fuera.

—¿Por qué cojones no me has hecho caso? Tenías que esperarme en la entrada.

—No tenía que hacer eso, no eres mi jefe, que te quede claro.

—Cloe —dijo, cogiéndome de la mano cuando pasé por su lado para marcharme, y aquello fue como si me dieran una descarga.

Sentí un escalofrío que hizo que se me erizara todo el cuerpo.

Una vez le escuché decir a Manuela que eso fue lo que sintió cuando la tocó su marido por primera vez, antes de que fueran novios incluso. Ella decía que pocas veces en la vida alguien siente algo así con otra persona y que, cuando se da el caso, es porque sus almas se han reconocido como propias.

Me quité esa absurda idea de la cabeza, solo me faltaba que el surfero del demonio fuera ese hombre que estaba predestinado a ser mi media naranja, vamos, lo que me faltaba.

Si habíamos empezado con no muy bien pie, que dijéramos.

—¿No vas a soltarme? —pregunté, después de unos segundos que se me estaban haciendo eternos.

—Ahora somos un equipo, no vayas por libre, que este caso es de los dos.

—¿Y si no quiero?

—Tú me diste el caso.

—Te lo puedo quitar.

—No lo harías, sabes que puedo ayudarte. Has tenido que buscar sobre mí y los casos que he ganado —dijo, con una sonrisa.

Y era cierto, la tarde anterior la había pasado mirando todas las noticias en las que aparecía ese maldito hombre de ojos claros, no es que fuera bueno en su trabajo, es que era buenísimo.

—Vale, no volveré a ignorarte. Somos un equipo, está bien, pero, ¿puedes soltarme ya, por favor?

Miró su mano, que aún seguía sosteniendo la mía, y la soltó.

—Lo siento.

—¿Tomamos un café y hablamos de esto? —pregunté, agitando la tarjeta de memoria que siempre llevaba en el bolso donde me habían hecho copias de todas las grabaciones de las cámaras, tal como les había pedido.

—¿Qué es eso?

—Pruebas para librar a nuestro cliente de la cárcel, por ejemplo. Anda, vamos a la cafetería de nuestro bufete.

Regresamos a nuestra zona de trabajo y tal como le había dicho, en la cafetería le conté todo lo que había visto en las grabaciones.

En cuanto subimos al bufete, se las enseñé en el ordenador y, como yo pensaba, nos sería imposible averiguar quién era ese chico.

Si Rubén o alguno de sus amigos lo conocía, o si solo era alguien que pasaba por allí.

—Puede que tenga la solución —dije, mientras mirábamos esa cara en la pantalla.

—A ver, ilústrame, señorita Hidalgo.

—La poli tiene esos programas de reconocimiento facial, ¿verdad?

—Ajá —arqueó la ceja.

—Pues conozco a algunos polis, así que esta noche les pediré ayuda.

—Les pediremos —contestó, cruzándose de brazos.

—No, no, yo me encargo, que es una de mis mejores amigas.

¿—Me parece bien, así me la presentas.

—¿No me voy a deshacer de ti esta noche?

—No.

—Pero te voy a ver mañana.

—¿Y? Esta noche es por trabajo, mañana será por placer —se encogió de hombros.

—A ver si te crees que mañana me voy a enrollar contigo.

—Todo se andará —me hizo un guiño y se levantó para irse—. Voy a llamar a Gerardo, si te parece bien, para decirle lo que has averiguado, así los dejamos un poco más tranquilos.

—Claro, sí. Yo voy a ir preparando la denuncia que vamos a poner en la comisaría, por robo de la maleta y cambio de la misma, para que puedan ir esta tarde.

—Le diré que pase por aquí en... —miró su reloj, se quedó pensativo y volvió a hablar— ¿un par de horas?

—Genial.

—Bien, pues luego nos vemos.

Una vez me quedé sola, pensé en lo que había dado a entender David con eso de que nos veríamos la noche siguiente.

Más le valía no ir con según qué intenciones, porque yo no estaba pensando en acostarme con él.

Preparé todo, me tomé un café, y cuando Gerardo y Rubén llegaron, ya tenía redactada la denuncia que debían

poner esa misma tarde.

La acompañaba de algunas fotos que había sacado de esas grabaciones, y además llevaban un escrito firmado por mí y por David, corroborando que esas eran las grabaciones de las cámaras de seguridad del aeropuerto que se usarían como prueba y se presentarían ante el juez.

Ahora solo me quedaba poder conseguir que Pati me hiciera el favor del siglo, esperaba que así fuera, porque de lo contrario, no daríamos nunca con el verdadero dueño de esa droga.

Recogí mis cosas, y estaba a punto de marcharme, cuando David entró en mi despacho.

—¿A qué hora y dónde te recojo para cenar?

—¿Disculpa?

—Cenar, esta noche, y después tomar algo con esa amiga poli tuya y que nos ayude con el reconocimiento facial de ese chico.

—O sea, que me invitas a cenar también.

—Claro, soy todo un caballero.

—Tú no querrás ganar puntos conmigo, ¿verdad?

—Tal vez. Venga, dime sitio y hora.

—Dios mío —me llevé la mano a la frente—. Mira, me lo pienso de aquí a esta tarde, y después te mando un mensaje.

—Lo esperaré con ansia, señorita Hidalgo.

—Pues espero que lo haga sentado y bien cómodo, señor Soler.

Salí mientras le escuchaba reír a carcajadas, y aquello, lejos de molestarme, me hizo sonreír.

Porque ese hombre me ponía nerviosa, sí, y mucho, pero también me gustaba esa complicidad que teníamos en tan poco tiempo. No sabía explicarlo, pero era como si le conociera de toda la vida, igual que con Kike.

—Mierda, Kike —dije, entrando en el ascensor, y es que había recibido algunos mensajes suyos desde el día

anterior y aún no le había contestado.

¿Dónde había tenido yo la cabeza? Fácil de responder, en el surfero del demonio, además de en el trabajo.

anterior y aún no le había contestado.

¿Dónde había tenido yo la cabeza? Fácil de responder, en el surfero del demonio, además de en el trabajo.

Capítulo 19



Si digo que David me había enviado más de diez mensajes preguntando a qué hora y dónde me recogía, no exagero.

Y yo que no le contestaba, ahí, haciéndome la dura un poquito, que para algo era la jefa.

Bueno, en realidad no lo era, pero vaya que lo sería en unos añitos.

Hablé con Kike de camino a casa, me dijo que estaba bien y que ya tenía todo el juicio bien planteado, incluso dijo que echaba de menos el llevarme esos cafés por las mañanas.

Yo le conté que teníamos un caso nuevo, que David ya se había incorporado y que había resultado ser un buen fichaje.

¿Le dije que yo también le echaba de menos? Pues no, y no es porque no lo hiciera, que, en el fondo lo hacía, sino porque no me había salido el decírselo, ni tampoco vi el momento de hacerlo.

Después de comer fui a casa de mi padre, esperé a que llegaran y cuando lo hicieron, Ana se me tiró encima comiéndome a besos.

Decía que se lo había pasado súper bien en ese viaje, que traía un montón de fotos con todos los personajes Disney que se encontraban durante el recorrido y en las atracciones, y hasta me había comprado una muñeca de trapo de Rapunzel.

Desde luego, ¿cómo no iba a querer a mi hermana?

Más tarde estaba delante del armario, en ropa interior, recién maquillada y peinada, mirando qué ponerme esa noche para salir con Gabi y las chicas.

Quedaron en que vendrían a recogerme y cuando sonó el telefonillo, sonreí al ver que, como siempre, se

adelantaban para pillarme por sorpresa y acabar decidiendo por mí el modelito de esa noche.

Abrí sin preguntar, como de costumbre y dejé la puerta entre abierta para que entraran, una vez que escuché que les cerraban, les dije que estaba en la habitación.

—No sabía que ibas a recibirme en ropa interior. Bonito trasero, por cierto —dijo David, a mi espalda.

—¿Qué demonios...? —Me giré, tapándome como pude con un abrigo que cogí del armario.

—Hola a ti también —sonrió.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido dónde vivo? ¿Me has estado espiando?

—No, mujer, solo llamé a Sofía, desde el teléfono de una cafetería, le dije que había quedado en recogerte en tu casa para cenar y hablar del caso, que me había quedado sin batería en el móvil y no me acordaba de tu dirección. Es una secretaria muy eficiente, me gusta.

—¡Serás idiota! ¡No vuelvas a mentirle para conseguir información sobre mí!

—No me respondías y este caso es de los dos. Y, por cierto, ¿por qué abres la puerta sin preguntar antes quién es? Cualquiera día te dan un susto.

—Porque creí que eran mis amigos, que están a punto de llegar.

—Mejor, así haces las presentaciones aquí y nos vamos todos juntos a cenar.

—David, si no te he contestado, deberías haberte dado por enterado de que no iba a salir contigo, ¿no te parece?

—Soy muy persuasivo y cuando algo me gusta, hago lo que sea por conseguirlo —me hizo un guiño y se sentó en la cama.

—¿Se puede saber qué haces?

—Sentarme a esperar. ¿Qué vas a ponerte? Las faldas de tubo que llevas al bufete te quedan bien —contestó, apoyándose en la cama con ambos codos.

—Ponte cómodo, no te cortes, ¿eh? —lo señalé.

—Por supuesto, voy a disfrutar de las vistas —sonrió.

—Estaba siendo irónica. ¿Podrías irte a esperar al salón, al menos?

a

—Va a ser que no.

—Madre mía —murmuré.

Me giré, sin quitarme el abrigo, para coger la ropa. Me decanté por un pantalón de lino negro, y una camisa sin mangas en color rosa.

—Va a ser un poco complicado que te vistas, si no te quitas esto —susurró en mi oído, y acabé dando un saltito por el susto.

—Qué quieres, ¿provocarme un infarto?

Me ignoró, no contestó, y se limitó a quitarme el abrigo, dejándolo caer al suelo.

Tragué con fuerza, porque me estaba poniendo aún más nerviosa de lo que ya me encontraba.

Sentía su cuerpo pegado al mío, podía notar su respiración en el cuello, cerré los ojos y me estremecí por completo cuando me acarició el brazo, despacio, subiendo hasta el hombro.

—Me gusta ese vestido rojo —abrí los ojos y fui directa a mirar el que decía, sabía muy bien cuál era, porque era uno que me encantaba y con el que había salido alguna noche con las chicas— ¿Te lo pondrás mañana para mí?

—David, ¿qué intentas hacer?

—Nada, ¿por qué? —Se inclinó y me rozó el cuello con la punta de la nariz, aquello no podía estar pasando, tenía que ser un sueño. Ya debería haberme despertado, por Dios.

—Me pones nerviosa, quita, por favor. Deja que me vista.

—Puedes vestirte, no te lo estoy impidiendo.

—¡Ay, por favor! —protesté, girándome, y al ver el brillo de sus ojos azules, supe que estaba perdida.

Había deseo en ellos, eso era innegable. Sin duda, a David le gustaba lo que tenía delante y esa era yo, nada menos. Yo, con un conjunto de ropa interior de encaje negro, para más señas.

—¿Te han dicho alguna vez que eres preciosa, y muy sexy? Tienes un cuerpo hecho para el pecado, Cloe —dijo, con un tono de voz ronca y de esos que hace que una mujer se estremezca de pies a cabeza.

—No me pongas más nerviosa —le pedí, volviendo a tragar con fuera—. Tengo que vestirme, espérame en el salón, por favor.

—Si crees que me voy a mover de aquí, estás muy equivocada.

Y no se movió, no, ahí parado se quedó a mi espalda mientras me vestía.

En mi vida lo había hecho tan nerviosa, y tan despacio. ¿En el fondo me gustaba saber que estaba ahí, observándome? Lo que me faltaba, que ahora tuviera una de esas filias o como se llamen, y que me fuera a excitar sabiendo que un hombre se estaba excitando al ver cómo me vestía.

Un momento, ¿David se estaría excitando? Me giré y vi que no dejaba de contemplarme, de arriba abajo, como si me acariciara con la mirada.

—Dime que esto no te está excitando, por favor, porque me muero de la vergüenza —dije.

—¿A ti no te excita saber que te observo?

—No me contestes con otra pregunta, que yo pregunté primero.

—Me gusta mirarte, sí, y me excita también, pero tranquila, que no me voy a ir con la tienda de campaña puesta —me hizo un guiño y me besó la punta de la nariz.

Por el amor de Dios, ¿qué pretendía ese hombre conmigo? Aparte de volverme loca, claro, porque por el camino que llevaba, lo iba a conseguir sin lugar a dudas.

—Estás preciosa, pero mañana quiero verte con ese vestido.

—Pues espera sentado, campeón, porque iré en vaqueros —le hice una burla sacándole la lengua, y me aparté para salir de la habitación.

En ese momento llamaron al telefonillo y esta vez sí, sabía que eran Gabi y las chicas.

Pero no abrí, directamente cogí mis cosas y me dispuse a salir de casa.

—Más vale que salgas, o te quedas aquí encerrado.

—¿Serías capaz? —preguntó, arqueando la ceja.

—No me quieras poner a prueba, anda.

Salimos de mi apartamento y, una vez en la calle, la cara de Gabi al ver al surfero, fue un poema, pero no digamos la de Lucía, que se encontraba allí con su primo.

—¡David! —gritó ella, colgándose a su cuello— ¿Qué haces aquí?

—Recoger a nuestra amiga Cloe, ceno con vosotros —contestó, dándole un beso en la frente cuando la dejó de nuevo en el suelo.

—No me habías dicho nada, petarda —protestó mi amiga.

—Se ha presentado por sorpresa —dije, volteando los ojos.

—Él es David, el primo de mi padre, que como sabéis, se incorporaba al bufete de Cloe. Ella es Pati, y él...

—Gabriel —respondió David, antes de que Lucía dijera su nombre—. Ya nos conocemos. Encantado de verte de nuevo.

—¿Os conocíais? No me digas que siempre has sido gay, David, y que lo de tu matrimonio era una tapadera, porque me da algo.

—No, mujer —rio él, pasándole el brazo por los hombros a Lucía—. Nos conocimos en Tarifa hace algunos días, y este par se hizo pasar por un joven matrimonio, padres de dos mellizas preciosas.

—Espera, ¿qué? —Lucía se echó a reír, pero con ganas, hasta que quedó doblada en mitad de la calle— ¿Estos dos casados? Dime que no te lo creíste, porque a Gabi se le nota muchísimo cuando se queda mirando a un tío bueno, y tú lo estás, primito.

a

—No, no me lo creí, algo raro veía, la verdad.

—¿Ves? Te dije que no se había tragado que éramos matrimonio —dijo Gabi, dándome un leve manotazo en el hombro.

—Porque se te iban los ojos a su pecho todo el tiempo, loco.

—Vaya dos, ya empiezan —protestó Pati.

—Son como Zipi y Zape, parecen hermanos más que amigos —contestó Lucía.

—Bueno, ¿nos vamos? Porque no creo que vayamos a cenar aquí en la puerta de mi edificio, ¿no? —me quejé, cruzándome de brazos.

—Tú vienes conmigo en el coche, así vamos hablando del trabajo —David me pasó el brazo por los hombros y yo me quedé paralizada, mientras los demás nos miraban con esas sonrisitas de quien lo sabe todo.

Desde luego, este hombre no tenía remedio.

Quedamos en vernos en la plaza, cenaríamos en el restaurante de siempre, así que para allá que fuimos David y yo en su coche.

Una vez llegamos, se sentó a mi lado, con Lucía a su izquierda, y pasamos la cena charlando de él y los motivos que le habían llevado a regresar a su Sevilla natal.

Cuando estábamos con los postres, le comenté a Pati lo del caso que teníamos entre manos, le pregunté si ella podría ayudarnos con eso del reconocimiento facial, por si el chico que había dado el cambiao en el aeropuerto era un delincuente habitual y dijo que no había problema, que hablaría con los policías que llevaban todo el asunto y haría cuanto estuviera en su mano.

De allí fuimos directos al local de Raúl, donde no faltaron ni las copas, ni los bailes.

David no se despegaba de mí, me cogía por la cintura constantemente y bailaba moviendo las caderas mientras yo sostenía con una mano en mi vientre.

Llegó un punto de la noche en el que me encontraba tan a gusto con él, que acabé recostando la cabeza en su pecho.

Estuvimos bailando así hasta que comenzó a sonar la canción *Clandestino*, de Shakira y Maluma. David me giró, llevó mis brazos alrededor de su cuello y me agarró por las caderas para bailar mirándome a los ojos.

“Lo nuestro es ilegal y no te voy a negar que yo pago la condena por besarte...”

En ese punto de la canción, David me hizo un guiño y supe que no era yo la única que en ese momento tenía gana de besarle.

¿Por qué me pasaba eso? Estaba hecha un lío, se suponía que yo estaba con Kike en ese momento, ¿verdad?

No era una relación como tal, éramos más como amigos con derecho, pero...

David se inclinó, quedó apenas a unos centímetros de mis labios, estaba a punto de besarme y yo, yo me aparté y cogí a Lucía de la mano para llevármela al cuarto de baño.

o —¿Qué pasa? —preguntó cuando cerró la puerta.

—Que me voy a volver loca.

—Le gustas a mi primo —sonrió.

o

—Vale, o sea, que no es cosa mía solamente. Tu primo quiere algo conmigo.

—Sí, quiere tema —me hizo un guiño—. Lleva toda la noche haciéndote ojitos, y cómo te ha cogido para bailar, madre mía.

—Mañana vamos a la casa de Miranda.

o

—¿Cómo dices?

Le conté lo que habíamos hablado, que le di la tarjeta en confianza, y ella empezó a reírse.

o

—Pues que te diviertas mañana, porque de esa casa, sales con un par de orgasmos en el cuerpo, guapa.

—No seas tonta, que no va a pasar nada.

—No, ni ná. Le gustas, y él a ti, no lo niegues.

—Estoy con Kike.

—Estás con nadie, que eso es un rollete y ya. Ni que llevarais años juntos, por Dios. Mira, te ataste tres años a Miguel sin ser nada serio, así que, no se te ocurra hacer lo mismo con Kike.

o

—No me voy a acostar con otro tío, estando con alguien.

—Pues díselo, mañana lo llamas y le dices: mira, Kike, corazón, que me voy a dar un revolcón con un pedazo de morenito que quita el sentío.

—Estás fatal.

—Ya, pero tengo razón. A ti mañana el abogado de ahí fuera, te pone mirando a Cuenca, y lo sabes.

—Qué fina.

—Para finuras estoy yo a estas horas y con un par de copas de más. Anda, vamos para afuera, y dale un beso a mi primo, que te lo lleva pidiendo desde el primer baile.

Volteé los ojos y salí detrás de mi amiga. Cuando volvimos con ellos, David me cogió por la cintura preguntándome si estaba bien, le dije que sí, pero le pedí que me llevara a casa, que estaba algo cansada.

Asintió, nos despedimos de mis amigos y me llevó a casa.

No hablamos en todo el camino y cuando llegamos a mi calle, nos despedimos con un hasta mañana y nada más.

¿Qué iba a hacer al día siguiente? ¿Y si anulaba lo de ir con él a casa de Miranda? Sería lo mejor, pero... no podía obviar que desde que lo vi por primera vez en Tarifa, ese hombre me había llamado la atención y alguna vez había pensado en él.

Ahora estaba segura de que la noche que creí verlo en el local, sí que le había visto.

Me puse una camiseta para dormir, me metí en la cama y, cerrando los ojos esperé a ver quién era el hombre que llegaba a mi mente.

—Maldita sea —murmuré, poniéndome bocabajo y tapándome con la almohada.

¿Tenía que ser él quien lo hiciera? Precisamente él, ese surfero del demonio que había llegado a mi vida para darme un vuelco por completo.

Es que no me lo podía creer.

—Estás fatal.

—Ya, pero tengo razón. A ti mañana el abogado de ahí fuera, te pone mirando a Cuenca, y lo sabes.

—Qué fina.

—Para finuras estoy yo a estas horas y con un par de copas de más. Anda, vamos para afuera, y dale un beso a mi primo, que te lo lleva pidiendo desde el primer baile.

Volteé los ojos y salí detrás de mi amiga. Cuando volvimos con ellos, David me cogió por la cintura preguntándome si estaba bien, le dije que sí, pero le pedí que me llevara a casa, que estaba algo cansada.

Asintió, nos despedimos de mis amigos y me llevó a casa.

No hablamos en todo el camino y cuando llegamos a mi calle, nos despedimos con un hasta mañana y nada más.

¿Qué iba a hacer al día siguiente? ¿Y si anulaba lo de ir con él a casa de Miranda? Sería lo mejor, pero... no podía obviar que desde que lo vi por primera vez en Tarifa, ese hombre me había llamado la atención y alguna vez había pensado en él.

Ahora estaba segura de que la noche que creí verlo en el local, sí que le había visto.

Me puse una camiseta para dormir, me metí en la cama y, cerrando los ojos esperé a ver quién era el hombre que llegaba a mi mente.

—Maldita sea —murmuré, poniéndome bocabajo y tapándome con la almohada.

¿Tenía que ser él quien lo hiciera? Precisamente él, ese surfero del demonio que había llegado a mi vida para darle un vuelco por completo.

Es que no me lo podía creer.

Capítulo 20



Después de un viernes noche en el que sentí todo aquello que no esperaba, llegaba el sábado y tenía que volver a ver a David.

Estaba a solo veinte minutos de que llegara a recogerme, y llevaba el mismo tiempo delante del armario, intentando decidir qué ponerme.

Los ojos se me iban constantemente al vestido que a él le había gustado, y claro que podría ponérmelo, me encantaba y me sentaba muy bien.

Pero, si le daba el gusto a él, ¿qué pensaría?

No quería que creyera que haría todo lo que me pidiera, yo siempre había sido una mujer libre e independiente, pero ese vestido...

De perdidos al río, como solía decirse. Acabé decantándome por él.

Rojo, entallado, a la altura de las rodillas, de escote en v y espalda al aire, tirantes finos, con la falda cruzada de modo que la parte derecha quedaba sobre la izquierda, con una leve apertura en pico hacia arriba, dejando ver un poco más de pierna.

Sandalias de tacón negras, bolso y complementos a juego.

Me dejé el cabello suelto, revisé que tuviera bien el maquillaje y fui hacia la puerta.

Interiormente ya me había decidido por el vestido, prueba de ello era que, cuando me maquillé, elegí mi barra de labios roja favorita.

Estaba nerviosa, y es que así me había pasado toda la noche anterior, cuando tenía a David tan cerca, bailando conmigo. El modo en que me tocaba, cada roce me hacía presagiar que podría intentar besarme, y al llegar el

momento en que estaba segura que iba a hacerlo, no tuve el valor de dejar que ocurriera.

Me llegó un mensaje de que ya estaba esperándome en la puerta, respiré hondo y bajé a darle el encuentro.

Llevaba un traje negro y camisa blanca con los primeros botones abiertos. Estaba apoyado en el coche, con las manos en los bolsillos del pantalón y los pies cruzados. Sexy, poderoso, elegante, desenfadado. Así lucía en ese instante.

—Buenas noches, estás impresionante. Sabía que ese vestido te sentaría bien —dijo, sonriendo, al tiempo que me rodeaba por la cintura.

—Gracias —contesté, muerta de vergüenza y tratando de no sonrojarme.

—¿Lista?

—Claro.

Una vez en el coche, estuvo conduciendo hasta el centro de la ciudad, acabamos en un restaurante del que había oído hablar muy bien, pero aún no había tenido la oportunidad de ir, más que nada, porque era bastante nuevo y era casi imposible que te dieran una mesa.

—¿Cómo has conseguido reserva en tan poco tiempo? —pregunté, cuando nos sentamos.

—El dueño es amigo de un viejo amigo mío, así que he tenido suerte.

—Vaya, así que, tienes contactos en la ciudad.

—Claro, no eres tú la única que los tiene —me hizo un guiño.

David pidió vino blanco cuando nos dejaron las cartas, eché un vistazo y me decidí por el pescado, quería tomar algo ligero, más que nada porque estaba tan nerviosa, que tenía el estómago prácticamente cerrado.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Bien —contesté, sin dejar de mirar la carta, no tenía valor para mirarlo a él.

—Estás nerviosa —no lo preguntaba, sencillamente estaba confirmando algo que los dos sabíamos—. No tienes que estarlo, Cloe —dijo, cogiéndome la mano por encima de la mesa.

—No lo estoy —la retiré, como si acabara de quemarme.

—Claro, y yo soy virgen.

—¿En serio? —Lo miré sorprendida.

—Me encanta esa chispa de inocente que tienes, mezclada con ironía, además de pícara.

—Pues, sí que tengo cosas, sí.

—Eres una mujer increíble, aunque no te lo creas.

—Gracias.

—Cloe, esto no es de solo unos días, te lo aseguro.

—¿A qué te refieres con esto, exactamente?

—Que me atraigas —no dejaba de mirarme, y yo cada vez me sentía las mejillas más calientes, vamos, que estaba yo con unos colores, que ni los de Heidi—. Me llamaste la atención en Tarifa, y si hubieras estado sola aquel día, te aseguro que me habría acercado para hablarte, habríamos cenado, nos habríamos conocido un poco más, y te habría invitado a vernos de nuevo. Pero no pude, porque no volvimos a coincidir aquel día, y tú estabas con Gabi.

—¿Sabías quién era? —pregunté, temiendo que la respuesta sería un sí.

—Claro que lo sabía. Iba a trabajar contigo y quería estar seguro que eras tan buena como tu padre y mi primo me habían dicho. Cuando te vi en Tarifa, me reí porque no podía ser verdad que el destino te hubiera puesto en mi camino antes de tiempo. Al ver que no me reconociste en ese momento, supe que no habías buscado nada sobre mí, así que, os seguí el juego.

—¿Por qué no me dijiste quién eras?

—Porque quería sorprenderte cuando me vieras. Por eso me presenté antes de tiempo. Yo ya sabía que tu padre estaba de vacaciones, y que mi primo no aparecería por allí.

—A ver si lo estoy entendiendo bien. ¿Me conoces desde hace tiempo, sabes muchas cosas sobre mí, y me has estado mintiendo desde que nos vimos en mi despacho?

—Mujer, dicho así, eso último suena feo.

—Responde, David, o me voy.

—Sí, pero no te he mentado, simplemente, omití algunas cosas.

—Ah, mira, me quedo más tranquila —contesté, con ironía, cogiendo mi copa de vino.

—Te olvidas de una cosa.

—A ver, de qué.

—Me gustas, Cloe, me gustas mucho. Y hacía tiempo que no me gustaba tanto una mujer.

Aquello me hizo tragar con fuerza, y es que me lo dijo mirándome a los ojos, y había tanta verdad en ellos, que esa confesión no hizo otra cosa que ponerme aún más nerviosa.

Me bebí la copa de un trago, necesitaba pasar el nudo que tenía en la garganta.

Ese hombre se acababa de abrir en canal, cosa normal, porque con cuarenta años no iba andarse con chiquitas.

Y yo me debatía entre hacer caso a Lucía, y dejarme llevar, o no. Porque no estaba sola en este momento de mi vida, vale que no había nada serio entre Kike y yo, y que, como le había dicho desde el principio, si la cosa entre nosotros no salía bien, es que no podríamos tener algo serio.

No sabía qué hacer, no dejaba de pensar y me estaba entrando dolor de cabeza.

—No pienses, Cloe, solo haz lo que te apetezca. No tienes pareja, yo tampoco, somos libres si queremos pasar una noche juntos.

Me quedé mirándolo sin decir nada, y sabía que tenía razón. Kike no era mi pareja, no habíamos tenido más que algunos encuentros, por muy a gusto que estuviera con él, no me hacía sentir todo eso que David había ocasionado en mi cuerpo desde el primer momento en que le vi, antes de saber quién era.

Asentí, seguimos cenando y procuré no pensar en nada.

No sabía si sería capaz de dejarme llevar, no estaba segura de si estaría haciendo lo correcto si así fuera.

Pero ya había pasado suficiente tiempo pensando en los demás, antes que en mí.

Ahora yo era mi prioridad, tenía que pensar en mí y vivir mi vida.

Ese era mi objetivo.

a

o

Ahora yo era mi prioridad, tenía que pensar en mí y vivir mi vida.

Ese era mi objetivo.

Capítulo 21



Después de la cena fuimos directos a la casa de Miranda.

Si era sincera, no esperaba regresar allí, o sí, pero lo habría hecho con mis amigos, no con un hombre al que iba a mostrarle el mundo en el que había estado metida varios años.

Cuando aparcó el coche, me cogió la mano para besarla.

—¿Estás segura de esto, Cloe? —preguntó— Porque si no quieres, no entramos.

—Solo voy a enseñarte las instalaciones, para cuando tú quieras venir aquí —contesté, muy segura, abriendo la puerta.

—Si vuelvo aquí, será porque tú no quieras estar conmigo, no porque yo deseé hacerlo —dijo, antes de que saliera del coche.

Respiré hondo, existía una muy alta probabilidad de que me encontrara aquí con Miguel, pero eso ya no me importaba, él era mi pasado, y no iba a dejar que me condicionara en nada.

Entramos en la casa y, tras ponernos el antifaz para que nadie nos reconociera, miré alrededor hasta que di con Miranda.

—Buenas noches —saludé, ella se giró, dejando de hablar con la persona a la que atendía, y al verme, se despidió de él para darme un abrazo.

—No creí que volverías por aquí en un tiempo, pero me alegro de ello.

—He venido a enseñarle todo esto a un amigo —sonreí—. Miranda, él es David.

—Encantada, David, bienvenido a mi casa.

—Un placer. Cloe me ha dicho que sueles dar fiestas a menudo.

—Cada fin de semana, sí —sonrió, haciéndole un guiño.

—¿Cloe? —me sobresalté al escuchar la voz de Miguel a mi espalda, algo que no pasó inadvertido para David, pues no tardó en acercarse y rodearme la cintura.

—Hola, Miguel —dije, girándome, y lo encontré con la mujer con la que había estado viéndose en ese lugar los últimos meses.

—Me alegra verte, y veo que vienes acompañada.

—Sí, él es... un buen amigo que quería conocer el lugar.

—Me parece que es algo más que un amigo —comentó la acompañante de Miguel—, no hay más que ver cómo te sostiene, su mirada, y el modo en que te protege.

—Tú qué eres, ¿psicóloga? —pregunté, porque no tenía yo el cuerpo para tonterías.

—Pues sí, y muy buena. Este hombre quiere algo más que ser tu amigo.

Tragué con fuerza, muerta de vergüenza, porque no esperaba que fuera psicóloga, vamos, que yo creí que me estaba tomando el pelo, pero no era el caso.

—Venid, chicos, vamos a tomar una copa —nos pidió Miranda a David y a mí.

Nos despedimos de Miguel y la psicóloga con un simple gesto y seguimos a Miranda hasta una de las salas de bar.

—Desde que Elsa está con Miguel, viene a mi casa con el ego muy subido —se quejó Miranda.

—Ya veo, ya.

—Hacia años que lo quería para ella, pero él solo tenía ojos para ti.

—¿Estuviste con ese tío? —preguntó David.

—Sí, nos vimos aquí durante tres años.

—No me da buena espina, te miraba...

—David, para, por favor —le pedí, dando un sorbo a mi copa—. No hagas que me arrepienta de haber venido.

—Cloe, pequeña, solo digo que ese hombre puede traerte problemas.

—Ya cruzaré ese puente, si es que llega el momento.

Tras la copa, llevé a David a conocer toda la casa. La parte que más le gustó, la del jacuzzi, que era una zona totalmente privada, en una sala donde podían estar dos personas sin que nadie los molestara.

Quería quedarse ahí, pero en ese momento entraba una pareja y salimos para darles esa privacidad que necesitaban.

Acabamos en la piscina, que estaba vacía, y él le pidió a Miranda que no dejara que viniera nadie, quería tener ese momento a solas conmigo.

Sirvió un par de copas, me entregó una y nos sentamos a contemplar la noche.

—¿Vas a entrar con alguien a una de las habitaciones? —pregunté, después de unos minutos de silencio y de tomar un sorbo de mi copa.

—No.

—Entonces, podemos irnos cuando acabemos.

—No quiero marcharme aún, aquí estamos muy bien los dos, ¿no te parece? Estamos solos, no nos va a molestar nadie, hace una bonita noche...

David se sentó a mi lado y noté que me apartaba el cabello para dejar un beso en mi hombro.

Cerré los ojos cuando sentí que seguía con sus labios dejando varios más hasta llegar a mi cuello.

Me estremecí y no pude evitar que se me escapara un gemido cuando noté la mano en el hombro, retirando el tirante del vestido.

—David...

—Dime, preciosa.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero tenerte —contestó, cogiéndome la barbilla para que lo mirara, me quitó el antifaz, él ya no lo llevaba y entonces, me besó.

Y todas esas mariposas que la gente dice que siente en el estómago cuando está con la persona que le gusta, esa que será la correcta, la definitiva en su vida, esas, eran las que revoloteaban en mi interior en ese preciso instante.

David me quitó la copa, dejó ambas en el suelo, y me pidió que me pusiera de pie, delante de él.

Me colocó entre sus piernas y comenzó a bajar la cremallera del vestido muy despacio, cuando lo hizo, noté que me besaba la espalda antes de levantarse.

; Sujetó los tirantes con dos dedos, los deslizó por mis hombros, y dejó caer el vestido al suelo. Se pegó a mí, llevó una mano sobre mi vientre y comenzó a besarme el cuello.

De nuevo sostuvo mi barbilla con dos dedos para hacer que lo mirara, nos quedamos en silencio, observándonos unos instantes, hasta que volvió a besarme.

Bajó la mano que tenía en mi vientre lentamente, hasta que noté que la metía por mi braguita.

Hizo que separara un poco más las piernas con un leve toque de su pie en el mío, y fue cuando comenzó a tocarme en ese punto que, por mucho que yo tratara de negarlo, lo esperaba y deseaba desde la noche anterior.

Jugeteaba con mi clítoris muy despacio, acariciándolo y pellizcándolo de manera alterna.

Con la mano libre, retiró la tela del sujetador de uno de mis pechos y lo masajeó, me tocaba el pezón con la palma de la mano para estimularlo y, con esa fricción, consiguió que se me pusiera tan erecto, que acabó dando un tirón en él, al mismo tiempo que me penetraba con un dedo.

Gemí, y cuando sentí que se movía, rozándome con su abultada entrepierna en la parte baja de mi espalda, comencé a moverme yo de atrás adelante, para sentir aún más profundo ese dedo con el que jugaba.

Hizo que me corriera en apenas unos minutos, me besó y comenzó a desnudarse delante de mí. Le ayudé, invadido en ese momento por el deseo, por la enorme excitación que sentía tras lo que él había provocado en mi cuerpo.

Cuando se quedó completamente desnudo, me quitó la ropa interior y, cogiéndome en brazos, fue hasta la piscina,

donde entramos y comenzamos a besarnos de nuevo.

Sentía sus manos por todo mi cuerpo, tocaba y acariciaba a su antojo, volvió a darme un nuevo orgasmo con sus dedos jugando en mi sexo, y después me sentó en el borde de la piscina.

—Recuéstate, apoya los pies, y abre bien las piernas —me pidió, sin dejar de mirarme a los ojos.

Hice lo que me pedía y cuando noté su lengua pasando por todo mi sexo, lamiendo rápido y haciendo que me estremeciera, grité por el placer que estaba provocándome.

A su más que juguetona lengua le siguieron las manos, esas que no dejaron de tocarme el clítoris y penetrarme.

Sentí un dedo en mi trasero, me contraje de inmediato porque nunca me habían tocado ahí, David lo notó y, dejándome un beso en el muslo, me pidió que lo mirara.

—Nunca lo has hecho por ahí, ¿verdad? —preguntó, y yo negué— Tranquila, que no hay prisa. Tan solo voy a tocar, estimular un poco, para que veas que esa parte puede llegar a ser muy placentera también.

Volvió a su cometido, que no era otro que darme placer y hacer que me atravesara un nuevo orgasmo mientras lamía y me penetraba, al tiempo que tocaba esa parte tan desconocida para mí.

Cuando llegué a ese clímax tan necesario para mí en ese momento, David se incorporó y me penetró sin darme tiempo a que me recompusiera.

e

Con una certera estocada, entró en lo más hondo de mi ser, agarrándose a mis caderas mientras me penetraba una y otra vez. Menos mal que el suelo que rodeaba la piscina era de madera, si no, iba a terminar con la espalda bonita.

Cerré los ojos, le rodeé la cintura con las piernas y dejé que me llevara de nuevo a ese punto al que mi cuerpo quería llegar.

Ambos fuimos alcanzados por el orgasmo al mismo tiempo, mirándonos a los ojos, y cuando acabamos, David se dejó caer sobre mí para besarme.

—Esta es la primera de muchas noches juntos, Cloe, no lo olvides —susurró, con la frente a poyada en la mía.

a

Me abrazó, y tras unos minutos ahí en silencio, nos vestimos y salimos para tomar algo en el bar.

Mientras hablábamos con Miranda volví a ver a Miguel, me miró de un modo que me resultó extraño, pero no le

di importancia.

Lo nuestro había terminado días atrás, pero realmente ya se había acabado por su parte mucho antes, desde el momento en que eligió otra compañera de cama y no me lo contó.

David me llevó a casa poco después, nos despedimos con un beso y la promesa de volver a vernos.

Claro que nos veríamos, él era abogado en mi bufete, sería imposible que no nos viéramos más.

di importancia.

Lo nuestro había terminado días atrás, pero realmente ya se había acabado por su parte mucho antes, desde el momento en que eligió otra compañera de cama y no me lo contó.

David me llevó a casa poco después, nos despedimos con un beso y la promesa de volver a vernos.

Claro que nos veríamos, él era abogado en mi bufete, sería imposible que no nos viéramos más.

Capítulo 22



Pasé el domingo en casa, sin salir ni hablar con nadie.

Había recibido mensajes de Kike que me preguntaba cómo estaba yendo mi fin de semana, y no le contesté.

Debería haberle dicho que teníamos que hablar, pero no quería que se pasara el día pensando en qué iba a decirle, porque tenía que estar bien para el juicio.

David también me escribió, quería verme esa tarde, comer conmigo, tomar café, pero le dije que iba a dedicar todo el día a hacer cosas en casa. Menuda excusa más mala, pero es que ni siquiera me atrevía a mirarlo a la cara.

Nos habíamos acostado, algo que, sin duda alguna, no había entrado en mis planes, ni en ese momento, ni en ningún otro.

Cuando llegué el lunes a la oficina, lo primero que encontré fue a David esperándome en el aparcamiento con un par de cafés. Aquello me sacó una sonrisa porque era algo que no esperaba, la verdad.

Nos lo tomamos en el ascensor, no dejó de decirme lo guapa que estaba, e insistió en invitarme a comer, pero me negué desde el principio, necesitaba mi tiempo para asimilar que había habido algo más que charlas de trabajo entre nosotros.

Esa mañana me llamó Gerardo para decirme que la policía les había pedido que fueran a corroborar de nuevo todo lo que contaba Rubén en su denuncia, así que los acompañamos David y yo.

Por la tarde hablé con Pati, había conseguido que los policías que llevaban el caso del cambiazco de la maleta le dieran vía libre para entrar en él, su superior también estuvo de acuerdo con la idea y se había puesto manos a la obra para intentar dar con el chico que en realidad era dueño de la maleta en la que iba la droga.

Fui a ver a mi hermana, pasamos un par de horas viendo una de sus pelis de dibujos favorita, y me quedé a cenar con ellos.

Veía a mi padre y Manuela mucho más animados, sonrientes y hasta felices. Tal vez ese viaje a la ciudad del amor los había acercado un poquito más.

Ojalá así fuera, me haría mucha ilusión que, después de diez años, mi padre se abriera de nuevo al amor, puesto que en ese tiempo ni siquiera le había conocido una novia temporal o había hablado de alguna amiga con derecho a roce.

Y llegó el martes, entré en el despacho y me encontré una rosa roja junto a un café, y una nota.

“Buenos días, preciosa. Tengo la sensación de que hoy será un gran día. Te invito a comer, y no acepto un no por respuesta. Entiendo que necesitabas tiempo, pero creo que ya podemos hablar de lo que pasó. Me preguntaste qué quería, y te dije que tenerte a ti. No mentía, te quiero tener en mi vida, Cloe”

Dejé la nota en la mesa, me tomé el café y empecé a revisar el correo, recibí a mi padre que tenía algunas preguntas sobre el caso del hijo de Gerardo, le puse a corriente de todo y llamó a su buen amigo para quedar y tomar un café, quería tranquilizarlo y hacerle ver que todo estaría bien.

⁰—¿Un café, preciosa? —preguntó David, entrando en mi despacho.

—Sí, gracias —contesté, sin mirarlo, puesto que estaba junto al archivador en el que tenía todos mis casos.

Estaba ordenándolos, a pesar de tenerlos más que perfectamente colocados, pero así eran mis nervios, tenía que mantenerme ocupada, y es que sabía que, en algún momento de la mañana, David aparecería para insistir en que fuera a comer con él.

—¿Estás bien? —preguntó, abrazándome por detrás, y en ese momento sentí que sí, que lo estaba, que ese era el lugar en el que debía estar porque era donde mejor y más cómoda me encontraba.

—Ajá.

¹—Vas a comer conmigo, ¿a qué sí? —susurró, dándome un beso en la mejilla.

—Lo sigo pensando.

—Ya deberías saber qué vas a aceptar —comenzó a mecernos a los dos, cerré los ojos y me dejé llevar, como si bailáramos al son de una música que solo David pudiera escuchar.

—Sigo sin saber qué es lo que quieres de mí.

r—Ya te lo dije, tenerte. No he podido sacarte de mi cabeza desde que te vi en la playa.

—Pero ya me conocías de antes.

—Solo por fotos.

—Aun así, jugaste con ventaja.

—Dime una cosa.

r

—A ver, pregunta.

—¿Te gustó pasar la noche del viernes conmigo? ¿Estuviste cómoda? ¿Y la del sábado?

—Sí, a todas.

—¿Te sientes bien cuando pasamos tiempo juntos?

—Sí, la verdad es que sí.

—Entonces, dime a qué le tienes miedo.

—No tengo miedo, es solo que...

—Cloe —David me giró para que le mirara—. Si es por la edad, no tengas miedo, y si es por lo que pueda decir tu padre, no creo que se vaya a meter en esto.

—No es por eso, David, de verdad. Pero, entiéndeme, he pasado los últimos años manteniendo una especie de relación con un hombre, con el que únicamente había sexo. Yo eso de salir de cena o copas, era siempre con mis amigos.

—Pues ya es hora de que eso cambie, ¿no crees? Permítete vivir, Cloe, el experimentar.

—Hay otro hombre, ya lo sabes.

—El sábado no te acordaste de él.

—Claro que lo hice —contesté, y él arqueó la ceja—. Al principio, ¿de acuerdo? No mientas me estabas... ya sabes.

—Saboreando y haciendo que te excitaras como nunca —susurró, con esa voz que incitaba a pecar, y los labios muy cerca de los míos.

—Eso —contesté, y me besó.

Me pegó a él, le rodeé el cuello y se me olvidó todo en ese instante.

Olvidé dónde estaba, quiénes había en el bufete y que pudieran encontrarnos en esa situación tan comprometida.

Todo, me olvidé de todo, como si no me importara que nos vieran.

—¿Cloe? —me aparté de David en cuanto escuché esa voz.

—Kike...

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quién es él? —Señaló a David, que no dudó un momento en abrazarme por la cintura.

—Él... es...

—Cloe, hija, ¿has visto a...? Oh, David, aquí estás. Estaba buscándote para hablar del caso de mi amigo —dijo mi padre al verle— ¡Hombre, Kike! ¿Qué tal ayer en el juicio, muchacho?

¹ —Bien, Fernando, muy bien —contestó, sin dejar de mirarme.

Y se hizo el silencio en el despacho. Mi padre nos miraba a todos, sin entender nada, pero la tensión en ese momento era de lo más intensa.

Kike me miraba con la ceja arqueada, preguntando sin hablar por qué me estaba besando con el que, ahora había descubierto, era David Soler, primo de Alberto.

Por su parte, David no me soltaba, pero me sostenía de tal modo que mi padre no pudiera verlo, no quería que él también hiciera preguntas.

—Ven, David, hablemos en mi despacho, dejemos a este par que creo que tienen ganas de verse después de unos días separados.

Miré a mi padre y vi que me hacía un guiño. ¿Qué sabía él al respecto?

—Cloe, hija, no me mires con esa cara de sorpresa, que no es ningún secreto en este bufete que Kike y tú, lleváis un tiempo juntos. Me alegro, chicos, de verdad, pero ya hablaremos de ello.

Muerta, así me acababa de quedar. ¿Le habían ido con el cotilleo a mi padre? ¿Y él se alegraba? Y ahora, ¿cómo le decía yo que no había más que algo de sexo entre nosotros?

David me miró, frunció el ceño y me di cuenta de que sabía lo que yo estaba pensando. Que no podíamos seguir viéndonos fuera del bufete, que lo nuestro no había durado más que un par de noches de calentón y sexo.

—Olvida eso que estás pensando —susurró, mientras mi padre hablaba con Kike en el pasillo—. No voy a dejarte marchar, Cloe, voy a tenerte, te lo aseguro.

Salió del despacho, se marchó con mi padre y Kike cerró la puerta antes de venir hasta donde yo estaba, parada y sin mover un solo músculo, tan solo pestañeaba.

—Dime a qué ha venido ese beso, por favor.

—Yo... yo no....

—Cloe, sé que dijimos que, si esto no funcionaba, no habría malos rollos entre nosotros, pero quisiera que me dieras la oportunidad de seguir conociéndonos. Hace mucho que debería haber intentado que tuviéramos algo, fui un idiota.

—No, Kike, no lo fuiste. No creíste que fuera el momento, eso es todo.

—¿Y ahora lo es? Porque ese beso me dice que no ha sido el primero. ¿Os habéis acostado?

—Sí —contesté, pensando que era mejor contar la verdad, que ocultarlo y decirle cualquier mentira.

—¿Ya os conocíais?

—No, bueno, lo vi una vez, pero antes de saber quién era, aunque eso no viene a cuento, al menos por el momento.

—Dime que estamos bien, Cloe —me pidió, cogiéndome por las mejillas y mirándome a los ojos.

No contesté, no podía, así que hice lo único que sabía que a él le iba a dar entender que todo seguía como había comenzado entre nosotros.

Me puse de puntillas y lo besé.

Sí, lo besé, pero sin sentir nada, sin que las mariposas revolotearan en mi estómago, sin que aquello me hiciera estremecer y desear que me tocara.

Kike me abrazó, yo dejé que lo hiciera, pero en ese instante comprendí que, mi mente, mi cuerpo y, sobre todo, mi corazón, ya pertenecían a David Soler.

No contesté, no podía, así que hice lo único que sabía que a él le iba a dar entender que todo seguía como había comenzado entre nosotros.

Me puse de puntillas y lo besé.

Sí, lo besé, pero sin sentir nada, sin que las mariposas revolotearan en mi estómago, sin que aquello me hiciera estremecer y desear que me tocara.

Kike me abrazó, yo dejé que lo hiciera, pero en ese instante comprendí que, mi mente, mi cuerpo y, sobre todo, mi corazón, ya pertenecían a David Soler.

Continuara...



Continuara...



RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro

RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro